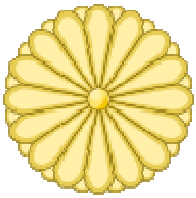
VIAJES AL JAPÓN

SANTIAGO DE OSSORNO

VIAJES AL JAPÓN

EL ORIGEN DEL SOL



Madrid / Tsujido

© Santiago de Ossorno
http://ossorno.es/
Autoedición 2016, 2017, 2019, 2023
© Xilografías de Katsushika Hokusai

Dedico con mucho cariño este libro a nuestro querido y recordado hijo Pablo Ignacio, tan ingenioso, imprevisible, imaginativo, divertido, decidido, valiente, cabezota y con ese punto caótico y rebelde que siempre luce a flor de piel para ponernos los pelos de punta, que un buen día metió todo eso en una maleta pequeña y sin más puso rumbo a Japón en busca del sol naciente, con el paternal deseo de que la vida lo trate bien en aquél lejano país y la confianza puesta en que algún día no tan lejano lo conseguirá y podrá disfrutarla como se merece. Él sabe que cuando quiera volver a su tierra, aquí lo estaremos esperando.

Hago extensiva la dedicatoria a su maravillosa familia compuesta por Yukiko, Misato y Kaori que le sirve de motivación, acicate y soporte en su búsqueda de la felicidad.

También a Lola por traerlo al mundo.

Treinta y seis vistas del monte Fuji es una serie de xilografías (impresión en madera) creadas por el artista japonés Katsushika Hokusai (1760–1849), las cuales fueron realizadas entre 1831 y 1833.

La serie retrata al monte Fuji visto desde diversas perspectivas, en distintas estaciones del año y condiciones climáticas. Originalmente constaba de treinta y seis xilografías, pero debido a su gran aceptación popular se incluyeron diez más en una segunda publicación.

Cada capítulo se ilustra con una de ellas, siendo mi particular y rendido homenaje de reconocimiento y admiración hacia el maravilloso arte de Hokusai.

Al actualizar el libro con nuevos viajes, he tenido que incluir otras ilustraciones sacadas de aquí y de allá, por lo que no podría citar a sus autores ni aunque quisiera.

ÍNDICE TEMÁTICO

PRIMER VIAJE

PRÓLOGO 7
INTRODUCCIÓN 15
VOLANDO VOY 17
LA LLEGADA 20
EL OFURO 24
FUERA ZAPATOS 27
LA MASCARILLA 30
LOS CUENTOS INFANTILES 33
¡A DORMIR! 36
EL CHACACHÁ DEL TREN 39
LAS COLAS 43
LAS FOTOS 46
EN EL RESTAURANTE 48
LAS BICICLETAS 53
LOS TEMPLOS 56
LAS COMPRAS 61
LAST MINUTE 64
DANDO UNA VUELTA 66
REVERENCIAS 69

EL TATAMI 72
LAS SUPERSTICIONES 75
LOS PERROS 78
CRÍA CUERVOS..... 80
FUJISAN 83
CATÁSTROFES NATURALES..... 85
MONEY, MONEY 88
MANOS LÍMPIAS 91
¡QUE LLUEVA, QUE LLUEVA! 93
DISRITMIA CIRCADIANA..... 96
FRASES COMODIN..... 99
MÁQUINAS EXPENDEDORAS 102
VIAJA SEGURO..... 105
COLEGIALES..... 107
COMIDA CASERA 110
LOS PALILLOS 113
TABI 116
LA PODA ARBÓREA 119
SHOJI..... 121
¡MÁS MADERA! 123
TECNOLOGÍA..... 125

SEGUNDO VIAJE

VOLANDO VENGO 129
LAS ESTACIONES DE TREN 132
LAS CUATRO Y MEDIA 136
ORIGAMI 138
SAKURA / HANAMI 141
LIMPIEZA DE BAJOS 144
ASCENSORES 148
ESCRITURA 151
EL TIEMPO 154
BAJO CONTROL 157
LA PAPELERA 159
HANKO 161
USAGI CHAN 164
DOLCE VITA 166
OBENTO 168
EN EL HOTEL 171

TERCER VIAJE

POR EL CAMINO... 177
BOLSOS Y BOLSAS 181

LA FREGONA 184
PARQUE DE LA BELLOTA 187
COUNTRY MUSIC 190
RESTAURANTES, FORMAS Y MODOS 193
SHINKANSEN 197
COSAS POR HACER 200
TARJETA SIM 204
PARQUE JURÁSICO 207
MASCOTAS 211
ESTRENO CICLISTA 213
PRIMARIA 216
VISITA AL OFTALMÓLOGO 219
NINOMIYA 223
VER LA TELE 225
RECICLANDO 230
DESPEDIDA 233

SOBRE EL AUTOR 237

PRÓLOGO

Este ensayo es el resultado final de ordenar y desarrollar las notas que escribía a diario mientras permanecimos de visita en el lejano Japón; lo he escrito pacientemente, con la doble intención de poder revivir en el futuro, cuando la memoria se debilite y difumine los recuerdos, las bonitas experiencias que hemos tenido la suerte de vivir y com-

partirla con nuestro entorno de confianza, esperando que tarde en llegar tan temido momento.

El motivo de los viajes ha sido exclusivamente personal, un buen día nuestro hijo Pablo Ignacio y su familia decidieron irse a vivir allí tras llegar a la conclusión de que para ellos resultaba lo más conveniente; en diciembre de 2014 iniciaron el largo vuelo de ida hacia una nueva vida tras pasar algunos años en Madrid, donde nacieron sus dos preciosas hijas de las que pudimos disfrutar poco tiempo ejerciendo de abuelos lo mejor que sabíamos.

Se fueron dejando una pena enorme en nuestros corazones y la mejor forma que tuvimos de calmarla fue visitándolos de vez en cuando; entre tanto nos vemos por videoconferencia cuando se tercia, lo cual no es en absoluto comparable con el contacto físico y la convivencia diaria, pero menos da una piedra.

De momento hemos viajado tres veces, gracias a lo cual hemos adquirido soltura e independencia suficientes como para afrontar por nosotros mismos los quehaceres del día a día; en el primer viaje experimentamos un choque cultural enorme, fueron muchos cambios de golpe, hecho agravado porque con la edad se pierden facultades y cuesta lo suyo adaptarse a otras formas de vivir; en el segundo, aunque el reajuste fue menos costoso, tuvimos que seguir esforzándonos porque siguen siendo muchos cambios; el tercero lo afrontamos con autoconfianza y la mejor disposición, incluso diría que con inesperada suficiencia, debe ser cierto que la experiencia es un grado.

Nuestra vocación viajera seguirá vigente mientras no se vaya a la porra el Pacto de Toledo y económicamente nos

lo podamos permitir, porque quieras que no viajar tan lejos de casa supone un gasto importante cuando se depende exclusivamente de una pensión pública.

De momento hemos aprendido a manejarnos con soltura, asunto no tan sencillo como a priori pudiera parecer; hemos viajado en transporte público, dormido en hoteles, comprado en tiendas y supermercados, comido en restaurantes, visitado templos y monumentos y convivido con la gente sin demasiados problemas (salvando el lógico del idioma, menos mal que nuestro inglés de andar por casa nos ha echado una mano cuando ha hecho falta), incluso me atreví a ir solo al médico, lo cual ha sido una experiencia inolvidable para ambas partes, y ya no nos sentimos tan fuera de sitio como al principio.

De antemano advierto que nadie que lea el libro llegará a conocer a fondo este país —dudo que ellos mismos lleguen alguna vez a conocerse nunca a fondo aunque lo intenten—, pero confío en saber transmitir con ironía y buen humor, a pesar de los errores que pueda cometer porque escribir es un arte casi tan complicado como llegar a entender la personalidad y peculiar idiosincrasia japonesa. Al escribirlo solo pretendo hacerle pasar un rato entretenido al lector y despertar las ganas de visitarlo a quién no lo haya hecho todavía.

Reconozco que no es lo mismo visitar Japón como un turista convencional, con un paquete cerrado de viaje y la ayuda de un guía local que se encargue de hacerte la vida más sencilla, que integrarte por las buenas en la cotidianidad de sus habitantes como si fueras uno más.

Sin la rigidez ni el acelere de un viaje organizado ni sus condicionantes económicos, se pueden apreciar y valorar matices y circunstancias concretas que de otra forma podrían pasarnos inadvertidos.

Aunque haya intentado enlazarlos de forma lógica, el orden de los capítulos es totalmente aleatorio; he ido seleccionando temas entre mis notas para desarrollarlos en las semanas posteriores a cada viaje según me venían los recuerdos y lo permitiera mi grado de inspiración, que no siempre aparece cuando se la necesita; ante las dudas me bastaba con preguntarle a Lola, porque ella no necesita tomar notas para recordar la experiencia con todo lujo de detalles.

Aprovechando que el río Tsurumi pasa por Yokohama (como el Pisuerga por Valladolid) he utilizado cada nueva edición para corregir lo que no me gustaba de las anteriores, en una búsqueda constante para eliminar los errores. mejorar literariamente los relatos o enfocarlos desde una óptica distinta, porque el espíritu perfeccionista que me caracteriza nunca desaprovecha la oportunidad de ponerme a prueba.

Siquiera cronológicamente, el libro está ordenado por viajes, lo cual me permitirá seguir incorporando los que vengan en el futuro porque es nuestra aspiración seguir aprendiendo cosas nuevas todas las veces que sean necesarias. Además ver crecer a las niñas es una de nuestras prioridades vitales y si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

Acabemos este largo y entiendo que necesario preámbulo, no vaya a ser que te aburras antes de empezar, para que puedas ponerte a leer la verdadera chicha del libro.

No olvides que lo que vas a leer es mi punto de vista personal como autor y su interpretación está condicionada por múltiples factores de todo tipo que han podido alterar mí de por sí dudoso juicio (de momento me han quitado dos muelas del juicio y voy notando su falta) a la hora de describir las situaciones vividas y opinar sobre las virtudes (muchas) y defectos (da igual, los que sean) del insondable y hermético carácter japonés.

Mi criterio, como he dicho personal e intransferible, no tiene porqué parecerse a ninguna realidad ni tampoco lo pretende, cualquiera que haya tenido una experiencia similar a la nuestra probablemente la contaría de otra manera, pero para gustos ya están los colores y los ensayos están pensados para permitir la plena libertad creativa.

Si estás preparado para empezar. ponte cómodo y ven conmigo a adentrarte en los inescrutables misterios del país del Sol Naciente, Japón para los amigos.

PRIMER VIAJE

Enero de 2016

INTRODUCCIÓN

La gran ola de Kanagawa

Pongámonos en situación, por fin hemos decidido visitar Japón, acabamos de comprar los billetes de avión y estamos en nuestro piso de Madrid a mediados de enero de 2016; el cosquilleo y los nervios previos a tan anhelado viaje empiezan a aparecer, como es norma de obligado cumplimiento en nosotros cuando estamos a punto de embarcarnos en cualquier aventura y esta lo es.

Quedando menos de veinticuatro horas para iniciarlo decido que tal vez podría escribir un cuaderno de viaje al estilo de los grandes exploradores de siglos pasados, pero sin apuntes al natural porque el dibujo no es lo mío; oye, si se me diera bien, lo mismo a la vuelta podría publicar un ensayo relatando la experiencia.

Siguiendo el repentino impulso me dispongo a cumplirlo, meto en la mochila un pequeño cuaderno que rotulo primorosamente como «Viajes al 日本, El origen del sol», aprendiendo de paso a escribir mis dos primeros kanjis.

A continuación recurro a internet para curiosear sobre la marcha lo que nos espera a nuestra llegada, cómo serán los japoneses, los trámites aduaneros, la moneda, la comida, los horarios, las costumbres, los cerezos, el clima... en fin, a última hora intentas resolver a toda prisa las múltiples dudas que te asaltan para intentar relajar la incertidumbre.

En nuestro horizonte temporal se abrían dos semanas largas de estancia, a bote pronto pueden parecer pocos días pero siendo el estreno preferimos ser prudentes, ya habrá tiempo y ocasión de volver más adelante.

Cada noche, antes de desmayarme en el futón —al principio un incómodo potro de tortura nocturna—, si no me quedaba dormido antes en cualquier otro sitio por culpa del cansancio y el *jet lag*, dedicaba los últimos minutos de consciencia y discernimiento a comentar por escrito las vivencias del día.

Me costaba mantenerme despierto pero tenía que intentarlo, si no lo hacía así sabía que el miedo a olvidar la mitad de las cosas acabaría convirtiéndose en realidad y necesitaba documentar los contenidos para editar el libro que quería publicar a nuestra vuelta.

VOLANDO VOY

Viento del sur, cielo claro

¿Viajar a Japón?, creo que nunca se nos hubiera ocurrido hacerlo salvo que alguna circunstancia especial nos obligase, como así ha acabado ocurriendo.

Que Tokio está bastante lejos de Madrid (10.768 kms en avión) es algo que, incluyendo a los japoneses de la isla más recóndita del archipiélago, todo el mundo sabe sin necesidad de tener que comprobarlo, por algo sería que en el colegio situásemos a Japón en el Lejano Oriente.

Pero las circunstancias mandan y se vuelven ineludibles cuando son de tipo familiar; en noviembre 2015 nos tiramos de cabeza a la piscina sin mirar previamente si tenía agua suficiente y reservamos los billetes de avión para viajar en enero de 2016.

Volamos con Lufthansa hasta la alemana Frankfurt, dónde tras una corta escala abordamos un gigantesco avión de dos pisos que nos llevó en un pispas hasta nuestro destino final, el aeropuerto internacional de Haneda.

Durante la escala germana hicimos efímera amistad con una joven y agradable monja africana que profesaba su vocación religiosa en Méjico; iba camino de su tierra natal (Zambia) para visitar a su añorada familia, «dicen ustedes largo viaje, pues yo hace veinticuatro horas que salí de América, todavía estoy en Europa y cuando llegue a África habrán pasado otras tantas», pero, claro, ella es monja y se sobreentiende que la paciencia y la resistencia al sufrimiento la traen de fábrica.

Volviendo al vuelo, decir en un pispas sería quedarse algo cortos, porque once horas encajados en una estrecha e incómoda butaca de tortura de la clase turista son demasiadas horas, incluso para quienes posean fe divina y espíritu de sacrificio; como nosotros no somos monjas, tuvimos que aprender sobre la marcha a sufrir en silencio las ineludibles molestias del viaje.

Una vez en tierra nipona los trámites de entrada fueron sencillos; no es necesario tener un visado previo de turista, basta con rellenar los dos formularios de inmigración que te entregan durante el vuelo: y tú de quién eres, adónde vas, para qué vienes, cuánto dinero traes, del Ma-

drid o del Atleti, dónde vas a vivir, con quién, cuando piensas irte... en fin, el intenso interrogatorio policial de costumbre, nada nuevo bajo el sol.

La espera en la cola fue corta, los eficientes agentes de inmigración de la JSS tomaron nuestras huellas dactilares, fotografiaron primeros planos de nuestros cansados caretos y pegaron una vistosa, colorida y brillante pegatina en los pasaportes respectivos.

Tras una concisa bienvenida, con ensayada reverencia protocolaria policial incluida, muy del lacónico gusto nipón, disponíamos desde ese momento de tres meses, noventa días con sus noches, de estancia legal antes de tener que largarnos con la música a otra parte.

Así que ya ves, toda la vida pensando que Japón estaba en las quimbambas —que realmente lo está, para qué vamos a engañarnos— y resulta que tras unas cuantas horas de vuelo y superados los obligados trámites aduaneros, estábamos en condiciones de pasarnos por las cintas a recoger el equipaje y continuar con nuestra pequeña gran aventura.

Nihon e yōkoso!

(Bienvenidos a Japón)

LA LLEGADA

Tormenta debajo de la cumbre

Recogidas nuestras maletas y con el cansancio acumulado haciéndose notar, por fin accedimos a la sala de espera de llegadas; todavía algo aturdidos por el descoloque mental, no veíamos por ninguna parte a las circunstancias que habían motivado el viaje.

—Dijeron que vendrían a buscarnos, ¿no?

—Sí, pero a lo mejor les ha surgido un inconveniente de última hora, yo que sé, las niñas, el trabajo, los trenes, un terremoto, un tsunami, un misil de Kim Jong-un…

—Anda calla, calla, pesimista. Mira. Ahí están.

Derretida la emoción del reencuentro por una andanada cálida e interminable de sonoros besos y abrazos apretados, estamos en condiciones de seguir viajando porque esto no ha hecho más que empezar, ahora toca coger el metro hasta Yokohama y un tren de cercanías para llegar a nuestro destino final, la casa de Pablo y Yukiko en Tsujido que será nuestra residencia oficial durante la visita.

Franqueado el torno de entrada de la estación de metro del aeropuerto nos quedamos mirando fijamente a un robot con lucecitas intermitentes de colores que a su vez nos miraba a nosotros y nos saludaba en una especie de japonés cibernético; el invento con ruedas tenía una cara (por llamar de alguna forma a lo que gracias a la pareidolia parecía ser su rostro) simpática y, como yo no me callo ni debajo del agua, acto seguido inicié animada conversación con él para corresponder a su saludo y que no pudiera decir que los extranjeros somos unos ciezos; no hubo manera de entendernos pero nos alegró la llegada, ¡como todo sea así...!

Para moverte con cierta soltura por Japón hay que saber utilizar el transporte ferroviario en todas sus modalidades; si vienes con idea de hacer mucho turismo interior lo mejor es valorar la compra del Japan Rail Pass que te permitirá un ahorro importante en el gasto final de traslados, aparte de comodidad, pero hay que obtenerlo en el país de origen antes del viaje.

Durante la estancia acabamos viajando en metro, tren de cercanías, tren costero, de montaña, de cremallera... nos faltó probar el mundialmente famoso tren bala (*shinkansen*), aunque lo cierto es que en general los trenes circu-

lan siempre a toda pastilla, «balines» los llamaba muy acertadamente Lola, siempre tan mordaz.

Como no nos interesaba tener el Rail Pass, compramos al llegar la tarjeta prepago SUICA por quinientos yenes del ala que funciona como un monedero electrónico; la cargamos con mil quinientos yenes y según se fueran gastando iríamos recargando el saldo.

Hay otra tarjeta parecida que sirve para lo mismo llamada PASMO, pero su nombre nos tiraba para atrás por sus connotaciones de asombro y sorpresa exagerada, ¡vaya nombrecito le han puesto a la pobre!

Si la devuelves al salir de Japón te abonarán el saldo restante, incluso los quinientos yenes del depósito, pero nosotros las guardamos para poder utilizarlas en futuras ocasiones porque no caducan.

El viaje con las niñas y el equipaje hasta su casa se nos hace corto —comparado con las dieciséis horas previas cualquier duración nos parece corta— aunque algo pesado por el trajín y cansancio acumulado que, a esta hora de la mañana, ya estaba ocasionando estragos en nuestra resistencia física.

Hacemos trasbordo en Yokohama —la segunda ciudad en importancia tras Tokio— y una vez en la Tokaido Main Line tan solo tres estaciones (Fujisawa, Totsuka, Ófuna) y novecientos cincuenta y dos yenes más tarde, llegamos a Tsujido, nuestra base central de operaciones.

Según nos cuentan, el andén de la estación de Tsujido es el más largo de Japón, de ahí la importancia de situarse bien en ellos para evitar carreras cuando llega el tren y para minimizar los traslados a pie por las estaciones si-

tuándote lo más cerca posible de tu salida; llevar guías locales ayuda (yo diría que mucho).

Al llegar fuimos directos a la cola de un ascensor que nos subirá a la parte superior de la estación y luego a la cola de otro ascensor que nos bajará al nivel de calle; tras una animada caminata de apenas setecientos metros, mirándolo todo con ojos de turista novato que visita por primera vez Japón —el choque visual de los primeros momentos es realmente impactante— por fin llegamos al hogar dulce hogar de nuestros anfitriones.

Durante el paseo tuvimos que poner máximo cuidado para no ser atropellados porque abundan los coches eléctricos y apenas hacen ruido, circulan por la izquierda a la inglesa y, salvo contadas excepciones, los conductores no respetan los pasos de cebra, los peatones no son una prioridad para nadie salvo que cruces con decisión ordenando parar a los que se acercan.

Entre esto, de por sí un peligro los primeros días mientras asimilas las normas locales y miras hacia el lado correcto a la hora de cruzar las calles, el aturdimiento, el cansancio del viaje y la enorme cantidad de ciclistas pedaleando por aceras y asfalto, nuestra llegada bien podría haber terminado en la sala de urgencias del hospital más cercano de no ir protegidos por los nuestros.

Mañana será otro día.

EL OFURO

Bajo el puente Mannen en Fukagawa

Al llegar de cualquier viaje lo normal es visitar al señor Roca, al menos es lo que hacemos nosotros, aunque podría ser debido a poderosas y urgentes razones derivadas de la avanzada edad que vamos teniendo; bien, pues en este país ese señor se apellida Toto, lo cual nos provocó una primera sonrisita irónica al saberlo porque así es como llamamos en casa al... bueno, a esa peculiaridad anatómica distintiva que tienen las chicas.

El cuarto de baño tradicional completo se compone de tres estancias independientes y consecutivas, si la distribución interna de la casa lo permite.

La primera es un cuarto pequeño habilitado para hacer *osiko* (pis) y *unchi* (caca) utilizando el inevitable lenguaje infantil local; nosotros lo llamaríamos retrete y los más finolis aseo o inodoro (que, si lo piensas bien, resultaría un oxímoron después de utilizarlo).

En la segunda estancia comparten espacio útil el lavabo/tocador y la lavadora, práctica configuración que permite utilizar los servicios oportunos a dos o más personas distintas a la vez sin molestarse entre ellas ni tener que hacer cola.

La última y, quizá la más importante, es el *ofuro*, la habitación estrella destinada al aseo completo de cuerpo entero, tiene un espacio generoso para la ducha y una bañera no muy grande aunque bastante profunda.

La temperatura del agua se regula electrónicamente por medio de un termostato parlante que hay en la pared, se selecciona la temperatura deseada —por ejemplo 41º centígrados— y la domótica se encarga del resto, no hay que andar ajustando manualmente los grifos de agua fría y caliente para que salga a gusto del consumidor.

Primero hay que tomar una buena ducha —la bañera tiene una tapa para protegerla de las salpicaduras—, lavarse el pelo, enjabonarse y aclararse a conciencia; solo cuando estés completamente limpio y aclarado podrás meterte en la bañera.

El agua ya estará a la temperatura programada, una voz que no entiendes te avisará cuando la bañera esté lista, da

igual lo que diga porque no es entendible por los forasteros, pero cuando parlotea se supone que ya está lista y podrás disfrutar de unos minutos de relax, siempre que seas capaz de meterte en la pila sin necesidad de tener habilidades de contorsionista.

A mí se me quedaban siempre fuera del pilón media pierna y uno de los brazos debido a mi tamaño no estándar para el país y a mi nula flexibilidad articulada; lo intentaba sin mucho éxito para que el agua me llegase hasta el cuello mientras pensaba «como no venga luego alguien a desencajarme, aquí me quedo hasta mañana».

Pero ¡ojito! hay que dejar el agua tan limpia como estaba antes de meterte, porque el resto de la familia se irá metiendo por riguroso turno de baño en esa misma agua, cuya temperatura se mantendrá inalterable durante el tiempo que haga falta.

Una vez que la familia al completo haya pasado por el *ofuro* se acoplará una goma que une la bañera con la lavadora de la habitación anexa cual cordón umbilical y se aprovechará su límpido contenido para hacer la colada.

Dicho de esta manera y a ojos occidentales puede parecernos un poco raro, pero dónde fueres…

FUERA ZAPATOS

Sundai, Edo

Una curiosa costumbre que nos ha llamado mucho la atención y hemos tenido que cumplir a rajatabla a diario es la de quitarse los zapatos antes de entrar en las casas y en algunos lugares públicos.

En la entrada existía un zaguán con un armarito para quitarte y dejar los zapatos de calle y cambiarlos por unas zapatillas de andar por casa con las que transitar libre de impurezas por el resto de la vivienda.

Cuando llegamos, Yukiko nos tenía preparadas un par de babuchas a cada uno; las mías eran iguales que las de Pablo, por lo que seguramente algunos días nos pondríamos la del otro, donde hay confianza…

Al cabo del día entrarás y saldrás de casa unas cuantas veces y en todas sin excepción hay que repetir el protocolo, no hay excusas: te sientas en el escalón, te quitas las zapatillas y te calzas los zapatos de paseo (molesto proceso a ciertas edades ya que, por falta de espacio libre, puedes tener que hacerlo a la pata coja en plan flamenco) o viceversa.

Sales para hacer a la compra, te quitas las zapatillas y te pones los zapatos, vuelves de la compra, te quitas los zapatos y te pones las zapatillas y así siempre, procurando no confundirte de calzado en cada situación que lo requiera porque no hay pretextos que valgan y las situaciones que te hacen a salir a la calle varias veces en veinticuatro horas son infinitas.

Para salidas de proximidad, como sacar la basura o recoger el correo del buzón que quedan cerca de la casa, disponen de unos zuecos multiusuario tipo «crocs» para facilitar las maniobras de intercambio.

Me acuerdo de que un día, cuando ya estábamos todos fuera preparados para irnos de excursión, me dijo Lola «Santi, se me han olvidado las gafas de sol, anda, porfa, entra a por ellas, están en la repisa de la ventana de la habitación».

En cualquier otro lugar del mundo el favor hubiera sido pequeño, pero en este me obligaba a quitarme los guantes, los zapatos (de cordones para complicarlo más), po-

nerme las zapatillas de Pablo, subir a la habitación, buscar las gafas, cogerlas, bajar las escaleras, quitarme las zapatillas, calzarme de nuevo los zapatos de calle, atármelos, ponerme los guantes... mucho trabajo y una pérdida de tiempo tener que hacer todo eso mientras el grupo familiar te está esperando en la calle impaciente porque tardas mucho en salir y tiritando del frío espantoso que hace fuera.

Dejo que la fértil imaginación del lector español medio adivine si el caso referido cumplí o no con la estricta normativa doméstica a la hora de recuperar las gafas de sol.

En sucesivas visitas las cosas se han puesto bastante más serias, no se han permitido excepciones porque se nos supone un grado de conocimiento previo que anula por completo nuestra presunción de inocencia.

¡Qué presión!

LA MASCARILLA

La costa de siete leguas en Kamakura

Todavía en suelo germano empezamos a ver japoneses con mascarilla quirúrgica, subieron con ellas puestas al avión y con ellas viajaron hasta Haneda sin quitárselas excepto para comer, beber y cepillarse los dientes, quiero suponer.

A nosotros no nos extrañó tanto como al resto de viajeros porque conocíamos la afición, nos habían dicho «se

las ponen cuando están constipados para no contagiar a los demás», mira tú que considerados, pensamos, pero o millones de japoneses están siempre constipados o por fuerza tiene que haber alguna otra razón.

En el aeropuerto, en los trenes, por la calle, en los templos, en el parque, en las tiendas, en bicicleta, en… en todas partes la gente lleva mascarilla, hasta el punto de que empezamos a vernos raros nosotros mismos a cara descubierta, «mira que si pillamos algo», pensábamos recordando lo de Fukushima.

Un día me probé una de puertas adentro y no me convenció nada, resulta bastante molesta porque tira de las orejas y me pellizca los pelos de la perilla y del bigote.

Además, con ella puesta es más complicado hablar y entender lo que dicen, entre que hablan en japonés, en voz bajita, que no gesticulan y sin poder leer los movimientos labiales, no hay dios que se entere de nada.

Hasta el tercer viaje no supimos la verdadera razón o el porqué de esta curiosa costumbre de taparse la nariz y la boca en cuanto se pone un pie fuera de casa —tras haberse cambiado de calzado, naturalmente.

También hemos comprobado que además de por las mascarillas tienen auténtica pasión por los gorros; durante la visita al Gran Buda de Kamakura, Tomohiro, hermano de Yukiko, me preguntaba extrañado por qué los españoles no nos cubríamos con una gorra la cabeza, yo le dije que en verano y en la playa sí que lo hacemos pero que con catorce grados y cielo grisáceo no hay español que se tape la cabeza (salvo los vascos con su chapela).

La razón de llevar siempre gorro es más creíble que la de la mascarilla, dicen que es para protegerse del sol; les gusta que su calorcito temple el ambiente pero tienen auténtico pánico a las enfermedades cutáneas que pudiera provocarles una exposición prolongada a los rayos cósmicos solares.

De todas formas, para vivir en el origen del sol a mí me parecen un poco exagerados, pero si es verdad que tienen la esperanza de vida más alta de nuestro planeta por algo será. Por si acaso, voy a comprarme un gorro de lana y no me lo pienso quitar ni para dormir.

Lo anterior sirve también para los guantes, el objetivo es no dejar ni un solo centímetro de piel a la vista y sin la debida protección solar.

El caso es que con la mascarilla tapándoles la cara, el gorro calado hasta las cejas y los guantes, no sabes si son pacíficos ciudadanos o guerreros ninja en uniforme de combate.

LOS CUENTOS INFANTILES

Senju, Provincia de Musashi

Por si no lo sabéis, los cuentos infantiles —y en general cualquier libro— los editan al revés que nosotros; es decir, se empiezan a leer por la última página y se van pasando las hojas de izquierda a derecha hasta llegar a la primera que realmente será la última, todo muy bíblico.

Lo aprendí a coscorrones, una tarde vino mi nieta mayor con un cuento ilustrado en la mano sobre «papás noeles»

para que se lo leyera, petición que me alegró mucho porque íbamos a poder estrechar nuestros lazos afectivos gracias a la literatura infantil.

Abrí el cuentecito por la (para mí) primera página y aunque allí debía poner «Fin» yo no pude entenderlo, podría poner lo que quisiera, aunque la imagen se correspondía con el clásico final de todo cuento infantil que se precie, del tipo «y fueron felices y comieron perdices».

Intentando entender lo que ocurría avancé rápidamente varias páginas tratando de adivinar de qué iba el cuento, pero era como estar rebobinando una cinta de casete y no le pillaba el sentido.

La pobre niña me miraba extrañada viendo que no sabía ni por dónde empezar, ¡menudo abuelo! debió pensar desilusionada, menos mal que entonces llegó su padre en mi socorro y me confesó el truco; me costó un poco seguir la trama pero al final pude contárselo.

Esa misma noche, creo que fue la primera que pasamos allí, la acompañé al futón para contarle de viva voz alguno de nuestros cuentos —mi especialidad es una versión de Caperucita Roja contado a mi bola que siempre ha causado sensación entre la infancia familiar— mientras le entraba el dulce sueño.

Lo pasé fatal porque quise contárselo al revés para demostrarle mi interés por las tradiciones locales y acabé haciéndome un lío con el cazador, el lobo rojo, la cesta, Caperucita feroz, su madre, el bosque, la abuela…

Cuando abrí un ojo —al tumbarme junto a ella en el futón el cansancio hizo mella en mí y me quedé medio frito— la niña se había marchado corriendo decepcionada

del dormitorio en busca de su padre para contarle lo raro que le parecía su abuelo español.

No recuerdo mucho más de aquella infausta noche porque debí quedarme profundamente dormido antes de que la pobre Caperucita se adentrase en el bosque ¿o sería cuando ya estaba saliendo?

El caso es que a mí sí me hizo efecto el cuento.

¡A DORMIR!

Paso de Inume, Kōshū

Estábamos advertidos de antemano y no nos pilló de sorpresa, «ya sabéis que aquí no hay camas, tendréis que dormir en futones».

El futón (*shikibuton*), para quién no lo sepa, es el lecho tradicional japonés; se trata de un colchón de unos cinco centímetros de alto, relleno generalmente de algodón, que se puede plegar en tres partes para poder ser retirado

tras su uso (conviene orearlos diariamente al sol o al aire libre) y guardarlo en un armario cuando no se necesita, permitiendo dar usos alternativos a las habitaciones durante el resto del día.

Se acompaña de una sábana bajera, de un edredón (*kakebuton*) y una almohada (*makura*), en alguna parte he leído que estas se rellenan con judías, trigo negro o abalorios de plástico pero no quise comprobarlo no fuera que se desparramase su contenido por el suelo.

Los futones están pensados para colocarlos sobre suelos de tatami, sin duda más confortable que el suelo de madera de la habitación, por lo que la dureza extrema del somier estaba garantizada, ni rastro del efecto rebote.

A priori era uno de los temas que más nos preocupaba, acostumbrados a las modernas comodidades occidentales creíamos que dormir se convertiría en una especie de tortura oriental; nada más lejos de la realidad porque al final, aunque requiere paciencia, te acabas acostumbrando, además cuando uno está muy cansado duerme sobre una piedra si es necesario.

El problema —para nosotros, claro— estriba en desplegar y recoger el conjunto antes y después de cada uso; al estar sobre el suelo hay que agacharse a base de bien para recoger futón, sábana, edredón y almohada, y algunos ya no estamos para según qué contorsiones.

Sorprende ver como los naturales, independientemente de su condición, sexo y edad, son capaces de ponerse en cuclillas descansando las nalgas sobre los calcañares, mientras ponen o quitan sin esfuerzo aparente el ajuar de dormir, tienen tanta agilidad que en esa posición son ca-

paces de hacer cualquier cosa que se les ocurra; todo lo contrario que nosotros que por falta de hábito perdemos la debida flexibilidad corporal a partir de los dieciséis, cuando no antes.

No ocultaré que tras pasar las primeras noches descansando sobre el futón empezaron a molestarme las caderas por efecto de dormir de lado, por lo que tuve que intentar dormir boca arriba, lo malo del asunto es que no lo conseguí ni una sola noche y todavía sigo con las molestias.

Tampoco ocultaré que cuando llegamos a nuestro domicilio fiscal lo segundo que hicimos (porque lo primero fue visitar al señor Roca para hacer *osiko* y darle orientales recuerdos de su pariente el señor Toto) fue tumbarnos a la bartola en el tálamo conyugal y dormir plácidamente como marmotas en parada invernal durante horas y horas.

Debería apuntarme a clases de yoga.

EL CHACACHÁ DEL TREN

Vista desde el Fuji de un campo en la Provincia de Owari

Ni tan solo una vez hemos utilizado coche, todos los traslados han sido en tren que junto con la bicicleta y el coche de San Fernando son los medios de transporte más populares y usados en Japón.

Como ya he comentado, nada más llegar compramos la tarjeta SUICA y recargamos los primeros yenes, al final del viaje habíamos invertido más de diez mil (al cambio, menos de cien euros) cada uno, pero sacándole partido al

gasto de bolsillo porque el tren se usa intensivamente y a diario.

En las estaciones es imprescindible fijarse y procurar entender muy bien los numerosos letreros e indicaciones existentes, porque al menor despiste que cometas puedes acabar en las quimbambas.

Para entendernos mejor es como si hubiera varias «RENFE» y cada una de ellas tuviera sus propias líneas y vías más los tramos que pueda compartir con el resto, aunque la tarjeta es común para casi todas las compañías.

Al acceder a una estación pasas la SUICA por un lector que te muestra el saldo disponible; a la salida vuelves a pasarla por otro lector que te mostrará el importe del trayecto y el saldo restante; si no tiene suficiente, antes de salir tendrás que comprar la diferencia en los cajeros de ajuste de tarifas.

Una vez dentro de la estación procura no liarte intentando leer los kanjis, no están pensados para nosotros, no pierdas el tiempo mirándolos con cara de haba a ver si los entiendes por inspiración divina porque casi todo está traducido al inglés, lo cual facilita bastante la orientación; a poco inglés que sepas, siempre será más sencillo que intentar descifrar un kanji por tu cuenta.

Busca tu pasillo, localiza tu andén, colócate en la cola correcta aguardando pacientemente hasta que llegue el tren, habla bajito y cruza los dedos para no confundirte.

Los andenes tienen pintados en el suelo números y líneas de colores que señalan con gran precisión dónde se abrirán las puertas y a que vagón del convoy accederás; el aviso de llegada de los trenes incluye el número de vago-

nes del convoy, si por ejemplo indican que el siguiente tren trae diez vagones ponte en alguna cola del uno al diez o verás pasar el convoy de largo y tendrás que esprintar por la estación para no perderlo.

Algunas líneas son de color verde porque en ellas paran los Green Car, vagones de dos pisos con asientos individuales, más cómodos pero con reserva previa, por lo que necesitas obtener un tique que puedes comprar en máquinas especiales situadas en el mismo andén.

Cuando llegue el convoy que no te asuste ni sorprenda su entrada vertiginosa, pensarás que viene demasiado deprisa y pasará de largo, pero si tiene que parar acabará deteniéndose frente a ti en el punto exacto.

Los vagones tienen bancos laterales corridos y la gente literalmente se tira sobre los asientos libres; aunque te parezca raro no respetan demasiado las normas de urbanidad occidentales, así que si quieres ir sentado —si el trayecto es largo te conviene hacerlo— no lo dudes y lucha a brazo partido por el tuyo.

En los trenes —en general en cualquier lugar público— no se oye una palabra más alta que la otra; los pasajeros viajan en silencio, tecleando frenéticamente en sus móviles, semiocultos bajo gorros y mascarillas y con tendencia a quedarse dormidos a las primeras de cambio; está permitido apoyar la cabeza en el hombro del vecino para aprovechar el trayecto echando una cabezadita sin pedirle opinión, situación impensable para nosotros.

Puede que siendo extranjero se lo pensaran dos veces, porque sobre los míos no se durmió nadie que no fueran

mis dos nietas ya que, tarde o temprano, siempre acaban cerrando los ojos con el traqueteo del tren.

En los vagones hay asientos reservados para ancianos, mamás embarazadas, adultos con niños, discapacitados, etc. pero es habitual que no se respete la prioridad, el primero que llega se sienta y al poco se queda dormido sobre el hombro del vecino.

La verdad es que a mí me han cedido varias veces el asiento en cuanto me veían aparecer con el carrito y las niñas, de modo que no puedo generalizar. Entre ciento veintiséis millones de japoneses era de esperar que también hubiera gente de civilizada educación.

En algunos vagones y líneas de tren hay aseos por si te entran unas prisas, pero no esperes encontrar un *ofuro* completo como el de tu casa, tan solo lo básico.

Otra curiosidad de gran ayuda para nosotros los «gaijines» (guiris para entendernos) es que en los trenes la información visual y sonora es constante, se ve que como la gente va en silencio les ponen grabaciones de voz para entretenerlos durante el trayecto y puede que por eso mismo se acaben durmiendo.

Las pantallas indican la situación actual del tren, parada anterior y próxima; por los altavoces anuncian en japonés «Tsugi no eki wa Fujisawadesu, Fujisawadesu» (obviamente esto lo acabo de consultar en Google) y a continuación repiten en inglés «Next station is Fujisawa, Fujisawa».

Cualquiera sabe por qué, pero el nombre de las estaciones siempre lo repiten dos veces, debe ser para que se despiertan y que no se pasen de parada.

LAS COLAS

Subiendo el Fuji

Es el moderno terror urbano hecho realidad, un auténtico martirio para los que tengan prisa y los impacientes; las colas son consustanciales con el ser japonés y hay que aprender a tener mucha paciencia y urbanidad porque se respetan, aunque con algunas raras excepciones.

Para usar el ascensor, tren, baño público, tirarte por un tobogán, comprar el pan nuestro de cada día, cruzar la calle, pedir mesa... la lista sería interminable, acabamos an-

tes diciendo que cualquier actividad tiene su correspondiente cola.

Ejemplo de colas multitudinarias (aunque se haya convertido en una atracción turística más) son las que se forman en el laberíntico paso de cebra de Shibuya en Tokio para cruzar la plaza; nosotros las hicimos varias veces de forma alegre y voluntaria porque resultaba divertido moverse de forma coordinada con tantos peatones.

A veces se nos olvidaba guardarla, menos mal que estábamos siempre atentos para no meter la pata, como el día en que Lola se saltó olímpicamente la cola en una tienda; aunque todas la miraron nadie protestó, pero en cuanto echó un vistazo a su alrededor y se percató del patinazo, reculó marcha atrás haciendo múltiples reverencias hasta ocupar el último lugar de la fila.

En los comercios las colas están marcadas en el suelo para que no haya dudas, a la hora de pagar solo hay que fijarse bien, ponerse en la fila detrás del último, seguir la flecha y esperar hasta que te toque.

Pablo básicamente las odia, sobre todo cuando las niñas piden *osiko* de repente; ante situaciones imprevistas en las que hay que actuar con urgencia, encontrarse con una larga cola de usuarios esperando su turno provoca que se lo lleven los demonios.

No saben aquello de «paso, paso, que mañana me caso con un payaso...».

A mí las colas tampoco me gustan demasiado pero mi tolerancia —el estar de visita permite mantener cierta relajación cívica— era grande comparada con la suya; el pobre era ver una cola y ya no quería ni pararse, le entra-

ba una tembladera generalizada que solo se aliviaba con la huida despavorida del lugar «¡colas no, colas no!» se le oía gritar mientras desaparecía por el horizonte a la velocidad del rayo.

Obviamente tendrá que acostumbrarse a guardarlas o vacunarse si no quiere acabar en «shienposuerosu» (el Ciempozuelos local para entendernos) porque sin colas ni alocadas multitudes dispuestas a ponerse los últimos en la primera que vean esto no sería Japón, inimaginable.

Comparada con cualquier calle comercial japonesa, por pequeña y recóndita que esta sea, la Puerta del Sol de Madrid durante las uvas de Nochevieja parecería un desierto.

LAS FOTOS

Distrito del placer en Senju

Tienen bien ganada fama de fotógrafos, me acuerdo del anuncio televisivo de «*imital, imital*» que tanto nos hacía sonreír de jóvenes, sacaban una foto de lo que fuera y al volver a su tierra lo copiaban y mejoraban; ¿leyenda urbana, publicidad, imaginación, envidia...?, supongo que de todo un poco.

Con su admitida obsesión por la fotografía es como si durante los viajes vieran el mundo con un solo ojo mirando a través del objetivo de la cámara y el otro cerrado, pero en este apartado les ha salido un duro competidor.

Hablo de mí, por supuesto. Antes del viaje me había propuesto ser comedido y controlar la adición, pero he vuelto con un arsenal de casi mil fotografías y cincuenta piezas de tomas en vídeo, esto me lo cuentan hace años cuando los carretes eran ASA-100 de treinta y seis fotos y no hubiera podido ni imaginarlo.

Además de las mías la familia ha contribuido con las suyas y, a pesar de todo, me he quedado con las ganas de sacar otras mil. Te saltan tantos detalles fotogénicos a la vista que no puedes parar de apretar el obturador; al final hay que echar el freno para poder beber, comer, charlar… y disfrutar del paisaje y el paisanaje con los dos ojos bien abiertos a la vez.

No siempre he llevado la cámara de fotos a cuestas, pero también a estas les ha salido un duro competidor llamado *smartphone* que siempre llevamos en el bolsillo o en la mano; para capturar los detalles que te van saliendo al paso en el día a día son una herramienta útil, pero sigo prefiriendo la cámara convencional.

Precisamente ando ahora detrás de comprar una nueva cámara porque a la antigua le han gustado tanto aquellos parajes se ha quedado a vivir en Japón.

EN EL RESTAURANTE

Ejiri en la Provincia de Suruga.

Aunque por economía general básica lo previsto era comer en casa y preparar comida casera para las excursiones, salir a comer fuera de vez en cuando también entraba en nuestros planes iniciales.

El primer restaurante al que fuimos se llama Ishigamaya y está en el centro comercial Terrace Mall; no es una traducción, se llama así aunque parezca extraño, la «ameri-

canización» cultural y gastronómica también ha conseguido conquistar al Japón milenario. Es global.

Como es natural tuvimos que esperar cola, pero hoy estábamos de suerte y no había casi nadie, probablemente por ser lunes. Hay que esperar a que el encargado de recepción te busque una mesa libre, no puedes pasar y sentarte dónde quieras si no lo autoriza el encargado.

Al entrar se escucha el saludo tradicional de bienvenida o «Irasshaimase», recitado coral y mecánicamente por todos los empleados del local al unísono nada más vernos entrar por la puerta.

No eran ni las seis de la tarde y ya íbamos a cenar, la camarera nos acomodó en una mesa amplia cerca de la entrada porque íbamos con las niñas y enseguida reapareció con grandes vasos de agua con hielo; aunque en la calle haga un frío de tres pares, el vaso de agua helada te lo van a servir dónde quiera que vayas, cortesía de la casa.

La camarera se acuclilló junto a la mesa y Yukiko se encargó de la comanda pues aunque la carta estaba en inglés y mostraba fotografías de los platos, la camarera no lo hablaba o le daba corte practicarlo. Decidimos cenar hamburguesas a ver que tal, resultaron ser muy buenas y el servicio muy atento y profesional.

De pronto ¡sorpresa!, a los dos minutos de encargar la comanda nos traen la cuenta, «lo mismo piensan que vamos a hacer un *sinpa*, como somos *gaijines*...», pero no era por eso, es otra de las costumbres locales que te sorprenden; te llevan la cuenta al principio para que compruebes que la comanda es correcta, no te preocupes que ya pagarás a la salida.

Más sorpresas, el IVA es del 8% que comparado con nuestro 21% resulta una alegría porque pensábamos invitar; no se deja propina porque según parece los ofende, oye si es una costumbre pues se respeta y punto.

La cerveza es buena en general, si no hablas japonés fluido lo mejor es que pidas una Asahi, Yebisu o Sapporo y te dejes de probaturas; la hamburguesa viene sobre un plato de barro que mantiene el calor y llega con algo que parece un reloj de arena; «será la pimienta, digo yo» pero no, es un reloj de arena y te aconsejan que no empieces a comerte la carne hasta que hayan pasado dos minutos, además lo pone en el reloj «2 sato», está claro ¿no?

Si no me llegan a avisar a tiempo seguro que acabo echando la arena del reloj sobre la carne pensando que era algún condimento especial de su grastronomía.

El segundo restaurante se llamaba Bowls y está en Kamakura, ahora tocaba comer y todavía no habían dado ni las doce de la mañana, justo ese día habíamos dormido más de la cuenta y a las diez aún estábamos desayunando, pero si hay que comer ahora, se come y punto.

Grandes vasos de agua helada sobre la mesa y esta vez comida local con sus palillos; lo de los palillos (*ohashi*) merece capítulo aparte y lo tendrá, pero la verdad es que no resulta muy difícil salvo para los que sufrimos de artrosis en las manos y no pasa nada por intentarlo.

Incluso nos atrevimos con una sopa de miso y tofu —cuajada de leche de soja—; a falta de cuchara esperamos a ver como se la tomaban los demás comensales y solo entonces los imitamos; lo que aquí está mal visto allí es norma obligada, coges la taza y sorbes directamente del

borde sin preocuparte por no hacer ruido mientras intentas pescar tropezones con los palillos, dónde fueres…

Otro día comimos en Leone Marciano de Yokohama, un buen restaurante italiano donde trabaja Pablo que ese día nos invitaba; durante un par de horas las normas en la mesa fueron más occidentales que orientales, todo estaba buenísimo y nos trataron de maravilla.

La segunda semana los padres de Yukiko nos invitaron a una comida tradicional japonesa en Chigasaki, su ciudad de residencia.

Sirvieron todos los platos a la vez, los conté y a cada comensal nos pusieron dieciséis piezas (siete adultos a dieciséis piezas cada uno… calcula lo que había allí) entre platos, tazas, cuencos, recipientes con y sin tapadera, vasos…; la mesa se fue quedando más pequeña por momentos y el cerebro empezó a emitir señales confusas; en cada pieza había algún alimento pero aparte del arroz blanco, sustituto nacional del pan, el atún o el salmón lo demás no teníamos mucha idea de lo que podría ser; eso sí, todo estaba rico, rico y nos comimos hasta las migas (más bien granos de arroz al no haber pan).

Con tanta vajilla sobre la mesa, la conversación (que debe ser monosilábica, monocorde, contenida y baja de tono) y el desvelo por usar bien los palillos, la comida se nos pasó en un santiamén, creo que no duró ni media hora; a mí tanto me daba porque como muy deprisa, nueve años de internado dan un plus y me ha quedado la costumbre de tragar como los pavos; estábamos avisados por Pablo «no os preocupéis, dentro de un par de horas volveréis a tener ganas de comer».

Tras la rápida comida nos invitaron a su casa a tomar el té (amplia variedad para elegir) con unas galletas artesanas riquísimas que las venden envueltas una a una; Japón tiene una gran afición por la repostería en general y debo reconocer que es de alta calidad.

También estuvimos en algunos bares dónde el protocolo es más internacional que japonés, en estos fuimos directos al grano y nada de palillos ni ceremonial: té con tarta de manzana en Tokio, té con torta de maíz en Tsujido, té con dulces variados en St. Marc Café de Yokohama... ¡dios!, esta gente parece británica, se pasan todo el santo día bebiendo té.

Por cierto, por las noches después de cenar también bebíamos té de cebada a cascoporro. Al parecer no se llevan los chupitos.

A partir del quinto o sexto día dejé de beberlo porque es diurético y me obligaba a levantarme un par de veces cada noche para hacer *osiko*.

A esas horas no hay que hacer cola, pero qué peligro pasaba al tener que bajar por las empinadas escaleras de la casa a oscuras, procurando armar poco alboroto para no despertar a los demás, más de una vez estuve a punto de rodar escaleras abajo o salir despedido por la ventana intermedia pero por suerte pude evitarlo en el último momento.

LAS BICICLETAS

Croquis de la tienda Mitsui en Suruga en Edo.

Nunca verás a tanta gente trasladándose en bicicleta en ninguna otra parte del mundo, como no sea en China, Vietnam o similar, pero como no he viajado a esos países no puedo comparar su parque ciclista con el japonés.

Para los trayectos cortos es el medio de transporte familiar por excelencia; delante de cada casa las verás aparcadas esperando la hora de salir a la compra, llevar los niños al colegio, ir al parque, a la estación, de paseo...

Quien dice delante de la casa podría decir en cualquier otro sitio, cerca de las estaciones de tren, en centros comerciales, tiendas, oficinas... hay una extensa red de aparcamientos para las bicis, debe ser un negocio bastante rentable para quienes tengan un terrenito baldío bien situado.

Existen abonos mensuales para abaratar el gasto, pedalean desde casa hasta el aparcamiento, cogen el tren para ir a trabajar y a la vuelta recuperan la bicicleta para llegar a casa, ya que el coche —al menos en nuestra zona— se utiliza poco o casi nada en las distancias cortas.

Los hay modestos, en los que se pueden aparcar como mucho veinte o treinta bicicletas unas encima de otras si hace falta, de tamaño medio con un piso o dos y enormes aparcamientos de hasta cuatro pisos repletos de vehículos de dos ruedas.

El centro comercial Terrace Mall está rodeado de plazas de pago por horas en superficie para bicicletas y encontrar un hueco libre es una odisea en hora punta.

Nos quedamos patidifusos viendo a varios miembros de la misma unidad familiar encima de una sola bicicleta y desplazándose a motor gallego, es decir a pedales; las más modernas ya son eléctricas por razones entendibles.

Estas bicicletas llevan asientos de seguridad para los niños por normativa vial, un soporte triangular trasero abatible para aparcarlas y un sistema antirrobo, pues en contra de lo que se pueda pensar en Japón también existen los amigos de lo ajeno.

Circulan casi por cualquier sitio, tanto por aceras —milagrosamente no chocan con nadie, pero ya digo que es

puro milagro— como por la calle, mezcladas con los coches, alternando acera-asfalto a conveniencia y sin utilizar nunca el timbre; en general se pasan por el forro algunas normas de tráfico, sobre todo las relacionadas con los peatones a los que no respetan demasiado, pero sin llegar a atropellarlos porque tienen una habilidad innata para esquivarlos, nunca he visto a nadie chocar, caerse ni atropellar al personal; solo respetan los semáforos ante los que paran si está en rojo y tanto unos como otros hacen cola para cruzar ordenadamente la calle como cualquier hijo de vecino.

Ojo pues con ellas porque aquí las bicicletas no son solamente para el verano.

LOS TEMPLOS

Sala Sazai - Templo de los quinientos Rakan

Hay más templos que setas en otoño, son muy antiguos y puede que a simple vista te parezcan todos iguales, pero no es así; para distinguir a los unos (budistas) de los otros (sintoístas) tendríamos que recurrir a entendidos en la materia pero, como no hay ninguno a mano, intentaré explicarlo por mi cuenta.

Una forma rápida de distinguirlos es por la terminación de sus nombres, aunque haya excepciones los que acaban en «ji» son budistas y los que acaban en «gu» o «ja» sintoístas.

Hemos visitado algunos, dos en Kamakura (el Tsurugaoka Hachimangu y el Engakuji) y Asakusa (llamado Senso-ji), que es el templo más grande y visitado de Tokio. A sus complicados nombres y terminaciones se acaba uno acostumbrando, no todo va a ser tan sencillo como decir la catedral de Burgos o la Almudena.

En los budistas se venera a Buda, como lo oyes, en cualquiera de sus variantes temporales, y en los sintoístas a los *kamis* o dioses que no tienen representación porque son espíritus de la naturaleza.

Los sintoístas suelen tener un *torii* o arco tradicional japonés de madera decorada en color rojo que marca la entrada a la zona considerada sagrada.

A la entrada de los templos budistas suele haber dos enormes guardianes (*shitenno*, uno a cada lado de la entrada) con pinta de estar muy cabreados cuya misión es proteger al templo de cualquier mal; en alguna parte he leído que son cuatro, uno por cada punto cardinal; en los sintoístas la función de guardia la desarrollan animales como el zorro (*kitsune*) que, aparte de ser un espíritu del bosque, tiene mucha capacidad de trabajo e inteligencia.

A la hora de purificarse cada religión utiliza su propio sistema, los budistas ponen grandes quemadores de incienso mientras que los sintoístas son partidarios de poner fuentes de agua y con cazos de madera proceden a mojarse las manos y la cara antes de pasar bajo el *torii*.

No es buena idea confundir estas fuentes con el *ofuro* de tu casa, se trata de darte un remojón puramente testimonial para purificar el espíritu, no el pilón del pueblo para darte un baño relajante delante de todo el mundo.

En general, los templos disponen de grandes zonas ajardinadas en contraste con la endémica escasez de suelo en el resto del país, se ve que el espacio urbano no era un problema nacional cuando ordenaron construirlos los emperadores de hace cientos o miles de años.

A los occidentales nos choca bastante ver el símbolo de la esvástica adornando algunos monumentos, pero no son lo que parece, forma parte de su cultura milenaria tradicional y no están prohibidas.

Algunas características arquitectónicas y ornamentales pueden ser comunes en ambas religiones porque son sincretistas, es decir que conviven en armonía y mezclan los conceptos a gusto del consumidor.

Solo así puede darse credibilidad a una encuesta reciente que asegura que hay más creyentes que habitantes.

Un claro ejemplo de mezcla religiosa son las tablillas de madera (*ema*) que son utilizadas para pedir deseos, en ellas escriben (a veces con mucho arte) lo que anhelen conseguir —en Kamakura los estudiantes menos preparados lo hacían para pedir aprobar los exámenes—, o las tiras de papel (*mikuji*) que te vaticinan aleatoriamente la fortuna por unos pocos yenes y, según la que elijas, oscilará entre una suerte excelente o tirando a mala; cuando se termina el espacio disponible para colgarlas, los monjes las queman junto con las tiras de papel para liberar si-

tio; dudo que los deseos se cumplan, pero allá cada cual con sus creencias, en eso se parecen a nosotros.

Nos ha llamado la atención ver fieles que se sitúan delante del altar dedicado a Buda y le tiran monedas con fuerza y tino; para evitar que le den en un ojo y lo dejen tuerto, arriesgándose a que uno de los *shitenno* se enfade de verdad, los monjes han colocado tupidas redes que las van cazando en pleno vuelo dejándolas caer en un cepillo descomunal situado debajo, de donde serán recolectadas y contadas posteriormente por el encargado de hacerlo.

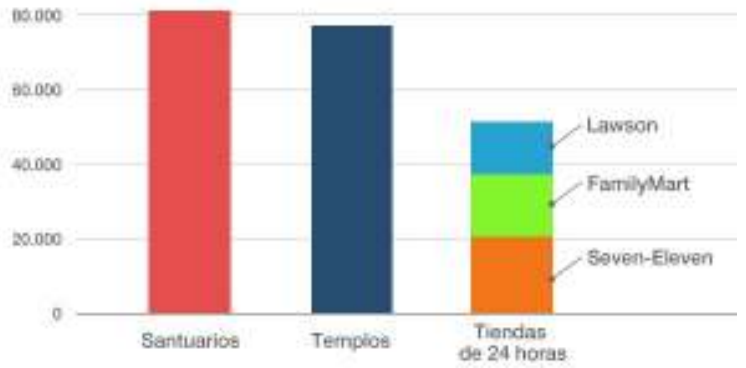
Tras el lanzamiento —hay que ver lo fuertes que están algunas viejecitas, que momentos antes parecían a punto de desfallecer, y la excelente puntería que tienen— dan tres palmadas rítmicas como si hubieran encestado un triple a lo Sergio Llull sobre la bocina (mandarinas) mientras susurran oraciones que, sintiéndolo mucho, soy incapaz de reproducir.

En la antesala o espacio libre delante de los templos suele haber instalado un mercadillo para que el gentío pueda comprar las tablillas, las tiras de la suerte, otros artículos variados relacionados con la religión y la fortuna, y un helado o recuerdos de la visita; el comercio sagrado es una fuente inagotable de financiación universal del que todas las religiones intentan sacar partido para atender los gastos de mantenimiento, no es una característica única de los tempos japoneses.

Sería erróneo afirmar por mi parte aquello de que visto un templo vistos todos, tan parecidos como son en sus jardines, edificios, árboles, estatuas, peces de colores, arcos de entrada, largas colas, el márquetin... porque cada

uno tiene su encanto y oferta particular que lo hace distintivo del resto; si por una improbable casualidad, no cuento a mi nuera porque es probable que pueda llegar a hacerlo, algún japonés de buena voluntad leyera este capítulo dedicado a los templos, le pido humildemente por favor que perdone mi atrevimiento e ignorancia.

Para hacerse una idea de la dificultad de verlos todos bastará consultar esta gráfica, aunque se ve que la hegemonía comercial empieza a cambiar de bando.



LAS COMPRAS

Puesta de sol a través del puente Ryōgoku desde la orilla del río Sumida, en Onmayagashi

Salir de compras en Japón puede llegar a resultar divertido, jamás pensé que podría decir algo parecido, aunque dependerá bastante del tipo de compra que se quiera hacer; comprábamos la comida diaria en Spatio, el supermercado del barrio, y en las tiendas del centro comercial Terrace Mall, al principio es un shock, cuesta entender lo que estás comprando y el etiquetado de productos en kanji no ayuda.

Aprovechando recursos acumulados en tu cerebro entenderás los contados carteles en inglés que indican si lo que está debajo del producto es carne (*niku*), pescado (*sakana*) o lácteos (*nyūseihin*), sin entrar en detalles técnicos; claro que ir a comprar con Pablo o Yukiko es garantía de éxito porque te van explicando lo que es cada cosa y así cualquiera, los pobres deben acabar agotados teniendo que ayudarnos hasta para elegir un simple yogur... ¿simple, digo? ¡Ja! (no es un templo, sino risa).

A la hora de pagar la cajera recitará del tirón el protocolo de atención que tenga aprendido, pones cara como de entenderla, sonríes y miras de reojo como va pasando los productos por el escáner mientras su ayudante los va colocando en una cesta; al acabar miras el importe en la pantalla, apoquinas lo que toque, agradeces el servicio «arigato gozaimasu» y llevas la cesta a unas mesas que hay antes de la salida para embolsar la compra; nadie te pregunta —y si lo hacen no me he enterado— cuantas bolsas quieres, pero en la cesta están justo las que necesitas, ni una más ni una menos, fiabilidad japonesa por encima de todo.

Si la compra fuera de accesorios, ropa o similares no hay mayor problema porque son tiendas al estilo occidental, por algo están en el *mall*, pero si te entran dudas la cosa cambia a peor, tendrás suerte si el dependiente quiere practicar contigo su fluido inglés colegial, aunque normalmente no querrá hacerlo debido a su timidez y vergüenza, pensando que no lo dominarán como tú.

En una tienda de juguetes nos preguntaron si los queríamos envolver para regalo y al responderles que sí (*hai, hai*) nos derivaron a otro mostrador en el que la solícita

empleada nos aplicó el tercer grado comercial: «qué papel quieren para envolver, qué papel quieren para la dedicatoria, de qué color quieren la tinta…», un cuestionario completo sobre cómo envolver los regalos y nosotros venga a señalar con el dedo que en estos casos es un auxiliar lingüístico de primera.

Terminadas las preguntas nos entregaron una ficha numerada que decía algo así como «vuelvan a recogerlos en quince minutos» y quisimos comprobar si en esto eran tan fiables como los del súper con las bolsas; miré la hora (las 14:33) y nos fuimos a dar una vuelta por las tiendas mientras empaquetaban los regalos; aprovechamos para discutir un poco entre nosotros porque tanta compra ya había dejado de parecerme divertido y estaba deseando volver a casa cuanto antes mejor.

A las 14:48 en punto le dije a Lola «venga, vamos, entremos a recoger los regalos» y a los cinco milisegundos salíamos con ellos primorosamente envueltos; resulta que sí, que eran tan fiables empaquetando regalos en el tiempo comprometido como las cajeras de Spatio calculando a ojo el número de bolsas necesarias.

LAST MINUTE

Casa de Té en Koishikawa.
La mañana después de una nevada

Durante la estancia irás comprando a acumulando recuerdos aquí y allá como solemos hacer los turistas; pero llegada la hora de volver a casa, cuando en el aeropuerto compruebas que tienes por delante dos horas de espera y cerca hay infinidad de tiendas de recuerdos…

…es el acabose, primero tratarás de gastar como sea los billetes y monedas que te queden en los bolsillos que a es-

tas alturas será poca cosa porque has ido recargando la SUICA, gastando en esto y en aquello... en fin, que andas bastante justito de efectivo pero todavía te quedará algo.

Para esta postrera actividad económica el aeropuerto es capital porque los yenes que tengas deben quedarse en Tokio, en Madrid no te servirán de mucho. Imanes de nevera, camisetas, muñecas en kimono, posters, todo te entra por los ojos... y acabas en la tienda más cercana a la puerta de embarque rebuscando como loco en los bolsillos a la caza del yen perdido.

¡Ojo!, porque empiezas a rebuscar con tanta fruición y ansia consumista que pronto aflorarán los euros celosamente guardados con los que pensabas pagar el taxi de vuelta en Barajas; como aquí no los aceptan y hay que pagar... decides sacar la exhausta VISA de paseo; no sufras y déjate llevar que no es para tanto.

Por una vez agradecerás tener que esperar en la cola —los turistas somos bastante pesados en estas situaciones— deseando que por los altavoces anuncien el embarque inminente de tu vuelo. ¡Uf, qué alivio!

Salvo que haya poca cola, seas hiperactivo o te vuelvas loco, en tan poco tiempo no tendrás tiempo para terminar de arruinarte, salvado por la campana.

Como suele decirse, Dios aprieta pero no ahoga y Buda le echó un cable en todo lo que pudo, porque no hubo retrasos en los vuelos y las compras de último minuto fueron *peccata minuta* en el gasto total del viaje.

DANDO UNA VUELTA

Abajo, Meguro

Como probablemente sabrás, porque se lo he contado a todo el mundo, practico desde hace años la carrera a pie, por lo que en mi equipaje básico no faltaron unas zapatillas de deporte, pantalón corto y camisetas para practicarlo en la prefectura de Kanagawa o dónde toque.

La idea original era haber viajado a finales de febrero y matar dos pájaros de un tiro, porque el último domingo de febrero se celebraba el maratón tokiota y, por casuali-

dad, ese mismo día sería el 32º cumpleaños de Pablo Ignacio; tenía ante mí la excusa perfecta para haberlo preparado y participar, como quién no quiere la cosa, en uno de los seis World Marathon Majors existentes, hubiera sido el tercero de mi lista tras haberlo hecho anteriormente en los maratones de Nueva York y Chicago.

La ocasión la pintaban calva porque participar en el maratón de Tokio, el más alejado de Madrid de los seis, no es algo que puedas hacer todos los años, pero al final no pudo ser por encaje de fechas, otro vez será.

Entre unas cosas y otras solamente salí a correr un par de veces, me hubiera apetecido salir más pero estaba algo vagoneta y hacía un frío de pelotas; la primera vez corrí media hora calle abajo y otra media calle arriba; tuve que hacerlo por la acera porque no podía ir por otro sitio, luchando a brazo partido con peatones (pocos) y ciclistas (muchos), lo importante es que no me perdí y conseguí volver sano y salvo al punto de partida aunque reconozco que llevé la mosca tras la oreja todo el trayecto.

La segunda fui más ambicioso y me propuse llegar hasta el cercano océano Pacífico; gracias a las indicaciones previas de Yukiko y preparándolo concienzudamente sobre plano, llegué sin perderme a la zona de playa; en la Southern Beach de Chigasaki hice unas cuantas fotos para inmortalizar el feliz momento antes de volver a casa por dónde había venido.

Le pedí a un corredor local que me sacase una foto sin darme cuenta de que llevaba la cámara del móvil en modo selfi y el amable hombre se hizo un par de ellas a sí mismo antes de darnos cuenta del error entre risas; más tar-

de al ver aquellas dos fotos pensé «joder Santi, hay que ver la cara de japonés que se te está poniendo y solo llevas aquí unos días».

De nuevo tuve que correr por la acera porque hacerlo por el asfalto era bastante peligroso (*abunai*) debido al intenso tráfico; lo bueno es que la acera es blandita, tiene el pavimento como si fuera el tartán de una pista de atletismo, por lo que incluso daba gusto pisarla.

Como lo hice a media mañana y el sol lucía tímidamente, quizá tendría que haber llevado mascarilla, gorro, guantes, crema de protección... y, para completar un verdadero plan a la japonesa, también tendría que haber consultado la predicción meteorológica y la previsión del *hanami* antes de salir, pero con haber conseguido volver sano y salvo a la casilla de salida ya me doy por contento.

REVERENCIAS

Molino de agua en Onden

En Japón están de moda las reverencias, es una ceremoniosa muestra de respeto y de buena educación social que se pone en práctica en distintas situaciones como saludar, despedirse, disculparse, entrar, salir, pedir la hora, dejar pasar, comprar, pedalear, correr, respirar...

Hay reverencias de todo tipo, desde leves y casi imperceptibles inclinaciones de cabeza hasta profundas contor-

siones corporales que a los seres humanos poco acostumbrados les partiría en dos la columna vertebral.

Resulta extraño que no se arreen cabezazos ni coscorrones a cada momento, tanta gente agachando la cerviz en espacios reducidos me tenían todo el día en vilo «se dan, ya verás como ahora se dan» pero no se daban.

Tengo entendido, tampoco me hagáis mucho caso porque puedo estar equivocado, que el grado de inclinación reverencial es directamente proporcional al respeto que se tenga por la persona receptora del saludo.

Se ve que aquí desconocen nuestro refrán «cuanto más te agachas más se te ve el culo», pues de lo contrario algunos se pasarían el día enseñando el trasero al prójimo y socialmente hablando estaría mal visto.

Incluso entre familiares cercanos se saludan de esta manera, sin apenas tocarse; inclinan un poco la cabeza, musitan «*ko ni chi wa*» y a otra cosa mariposa. Dan la impresión de ser un poco fríos en sus relaciones personales, pero quizá todo se deba a la exigencia protocolaria o a mi natural desconocimiento del proceso y en la intimidad del hogar se dejen llevar por las emociones.

Estábamos advertidos de que aquí (en EE. UU. tampoco) no se estila dar la mano ni abrazarse a la hora del saludo; de besarse mejor ni hablamos, aunque la mascarilla quirúrgica haría de escudo protector y el ósculo no pasaría a mayores.

Aun así se nos olvidó en más de una ocasión y dimos algún que otro sonoro beso a cara descubierta, provocando instantes de pánico y desconcierto en la parte contraria; nuestros efusivos saludos y la naturalidad ibérica generan

incomodidad y mucha tensión al receptor de nuestros afectos, algo que se puede evitar fácilmente con una simple (o compleja, eso depende) reverencia; lo mejor es llevarlas bien entrenadas desde casa, así que si tienes previsto venir por aquí apúntate antes a yoga o pilates un gimnasio y ve practicando por tu cuenta.

No me importa admitir con orgullo y satisfacción que con las nietas nos hemos portado como los abuelos españoles de toda la vida que somos, pasando del todo de las costumbres locales, contra el amor condensado en unos pocos días de tus abuelos no hay protocolo que valga por muy oriental y ancestral que sea; nosotros las hemos cubierto de besos, abrazos, mimos, apretujones y achuchones incluso sin venir a cuento que para algo las dos nacieron en Madrid.

EL TATAMI

Enoshima en la Provincia de Sagami.

El tatami o suelo tradicional japonés está presente en todas las casas, normalmente se coloca en el cuarto principal que por la noche se transformará en dormitorio; son esteras rígidas tejidas con paja y presentan la misma medida en casi todo Japón, 180 x 90 x 5 centímetros.

Los constructores utilizan esta medida de superficie a la hora de calcular las dimensiones de una estancia y en vez de decirte que el salón es grande y que tiene 25 m² te di-

rán que son X tatamis (venga que te ayudo a despejar la incógnita, si un tatami equivale a 1,62 m^2 entonces 25 m^2 serían 15,43 tatamis).

Sin necesidad de haber nacido aquí, a la hora de buscar la máxima comodidad nocturna y el correcto descanso articular, quiero suponer que será mejor dormir sobre un tatami bien mullido y cuidado que sobre el suelo de madera o terrazo de nuestras habitaciones que sin duda serán mucho peor para espaldas no acostumbradas.

El tatami se coloca inicialmente de un lado y al cabo de dos o tres años se le tiene que dar la vuelta porque se estropea con el uso, ahora entiendo mucho mejor que haya que quitarse los zapatos de calle o ir descalzo para andar por casa, de no hacerlo así no ganarían para tatamis.

A los cuatro o cinco años, tras agotar el sistema de vuelta y vuelta, se tiene que retirar el viejo y montar uno nuevo, pero no puede hacerlo uno cualquiera, tiene que cambiarlo una empresa especializada en su montaje porque no es tarea fácil y su configuración final tiene que seguir ciertas reglas fundamentales, lo que voy a contar ahora lo he copiado de Internet:

Se aplican reglas concretas y precisas para calcular el número y dibujo final del tatami, puesto que si no se disponen adecuadamente y siguiendo un estricto protocolo podría atraer mala fortuna y eso suele dar mala suerte.

Son espirituales hasta para poner suelo. En internet he leído que «sus diseños están compuestos por formas puras, materiales nobles y colores sobrios. Buscando anular casi por completo la ornamentación y la ostentación. Lograr una conexión muy fuerte entre el espacio y la perso-

na que va a habitarlo. Se podría decir que la vivienda tradicional japonesa apela a la sensibilidad del ser humano», hay que ver de lo que se entera uno.

En definitiva, antes de instalarlo es necesario plantearse concienzudamente y resolver sobre plano la figura geométrica resultante como si de un sudoku se tratase. No se pueden colocar las esteras al tresbolillo o con libre albedrío porque con ello solo conseguiríamos hacer sufrir innecesariamente a las visitas y cargar de razones a los supersticiosos.

LAS SUPERSTICIONES

Orilla de la Bahía Tago, Ejiri en la Tōkaidō

Hablando de supersticiones solo voy a comentar las que haya podido comprobar personalmente; me consta que hay para todos los gustos, pero para haber estado solamente dos o tres semanas he visto las suficientes, con gusto hubiera agotado la visa (la de turista, la otra sigue catatónica) hasta descubrirlas todas.

La comentada sobre la colocación de los tatamis es una buena muestra, si nosotros a la hora de colocar el parqué

tuviésemos que hacer un doctorado en geometría, acabaríamos volviendo a la arena prensada.

Cerca de casa hay cinco plazas de aparcamiento numeradas como 1, 2, 3, 5 y 6. Pregunté a qué se debía el salto en la serie pensando que se trataría de una prueba psicológica, pero resulta que el número 4 (casi me da repelús escribirlo) representa a la muerte y no quieren verlo ni en la pintura de una plaza de parquin. De ser cierto el malaje, durante mis estudios de bachillerato hubiera fallecido repetidas veces en cada curso porque fui el rey del cuatro. Ya me barruntaba yo en el colegio que algo raro pasaba, no era normal suspender tanto, lo mismo es que sin saberlo tengo alma de *samurai*.

Aunque en esto de la numerología la verdad es que se salva poca gente, nosotros vivimos en el nº 13 de nuestra calle y te aseguro que nunca me ha gustado verlo, cuando llego al portal y lo veo cruzo hasta los dedos de los pies por si acaso, estoy empezando a pensar que podría haber sido un buen japonés.

Antes de entrar en el templo de Tsurugaoka Hachimangu nos acercamos a una caseta de madera desde la que una elegante señorita ataviada con el vestido tradicional nos ofrecía (a cambio de unos yenes) sacar un rollo alargado de papel extraído al azar por el agujero de una cajita.

Cada varita lleva escrito un número y según el que aparezca (seguro que no contendrá cuatros pero si hubiera un trece sería para mí) busca en una estantería numerada y te entrega una tira de papel cebolla llamado «*mikuji*» repleta de kanjis; a primera vista pensamos «esto será al-

go parecido a nuestros horóscopos» y efectivamente era parecido pero no lo mismo; según la traducción el que me había tocado vaticinaba buena suerte y desde entonces sigo esperando en vano que llame a mi puerta. Lo mismo ha ocurrido ya y yo sigo sin enterarme.

En mi probable próximo viaje tengo que dedicarle más tiempo a conocer las creencias supersticiosas e investigar acerca de las existentes porque estoy seguro de que podrían aportarme buenos ratos de entretenimiento.

Pero, a pesar de mi incredulidad, es preferible llevarlo todo bien aprendido, preparado y previsto para no meter la pata en determinadas situaciones por si acaso tuvieran algo de verdad.

LOS PERROS

Yoshida en la Tōkaidō

Aquí se respeta bastante a todos los animales, casi tanto como a las personas, y me parece perfecto, no tengo nada en contra, pero con los perros puede que se les haya ido un poco la mano porque incluso hemos visto pasearlos en carritos de bebé adaptados.

Los visten a la moda, los suben al carrito y ¡hala!, a darse un garbeo por el barrio; los perros, que son tan listos como en todas partes y quizá por eso no hayan entrado to-

davía en peligro de extinción, han sabido percatarse del chollo canino que tienen aquí y no dicen ni mu (lo normal sería guau), sonríen y se dejan hacer.

Observamos incrédulos a varias parejas en edad de procrear que, en vez de a un chiquillo revoltoso, paseaban en carrito un perrito horroroso y le compraban chucherías —nunca mejor dicho— en un puesto callejero. La monda.

Un estudio reciente vaticina que en 2100 Japón habrá perdido dos tercios de su población actual, ¡menos mascotas y más hijos que os vais a quedar en cuadro!

Luego están los perros que pasean como se supone deben pasear los perros, o sea andando; sus dueños son tan respetuosos con el medio ambiente que llevan una botella rellena con una mezcla de agua y vinagre y cuando el can (*inu*) hace *osiko* riegan a modo la meada con un chorrito generoso de la botella, tela marinera, ¿qué no?

En ningún momento vimos «*unchis*» abandonadas a su suerte en la calzada, esperando a que un zapato caritativo o despistado las pise, por lo que deduzco que los perros japoneses no hacen ese tipo de cosas en la calle o que sus dueños las recogen con una aspiradora portátil enseguida, antes de que alguien las pise. De todas formas el problema no sería para tanto porque siempre se descalzan antes de entrar en casa.

Igualito que en mi barrio (o en el tuyo), pero nosotros somos tan prácticos y asumimos tan bien las desgracias que pensamos que pisar una caca da buena suerte.

CRÍA CUERVOS

Nakahara en la Provincia de Sagami

Si eres de los que ha visto, aunque solo haya sido una vez, «Los pájaros» de Alfred Hitchcock, genial película de suspense y terror de los sesenta, quizá sentirás el pánico que sintieron Tippi Hedren o Rod Taylor cuando fueron atacados y perseguidos con saña por gaviotas, cuervos, gorriones y otras aves en pie de guerra.

Su negra y enorme silueta, ya sea durante el vuelo o haciendo plantón sobre una farola o el tejado de una casa cercana, se recorta amenazadora contra el cielo azul a la espera de encontrar una víctima propiciatoria.

Su hábitat preferido para cometer fechorías es la calle, parques y templos y su víctima favorita puede ser cual-

quiera que lleve algo comestible en las manos y a la vista, especialmente sienten una atracción fatal por las meriendas infantiles.

Una vez que eligen al incauto e indefenso niño de turno se lanzan en picado a por él, arrebatándole sin remedio y por la fuerza el bocadillo; son bastante precisos y con suerte no le harán daño, pero nunca se sabe porque se trata de aves corpulentas, dotadas de un pico grueso en punta que asusta y con mal genio por lo general.

Según dicen no es buena idea espantar o amenazar a los cuervos porque tienen una prodigiosa memoria fotográfica, vamos que no olvidan una afrenta ni la cara del agresor el resto de sus vidas, a su manera te dirán «sé dónde vives», y lo que iba a ser un plácido paseo matinal puede acabar convirtiéndose en una pesadilla de película.

Su estridente graznido sirve de alarma, si escuchas «cruac, cruac» (sé que puede sonar al croar de las ranas pero mi dominio de la onomatopeya japonesa brilla por su ausencia) esconde cuanto antes el bocata en la mochila, mantén activa la alarma antiaérea y espera mejor ocasión para zampártelo; si no los oyes venir, despídete de la comida para siempre.

Cuando le preguntamos a Pablo qué era lo que más echaba de menos de España, tras varios años viviendo sin estos sobresaltos, su contestación nos dejó descolocados.

Resulta que lo que más echa de menos es el continuo y alegre gorjear de las golondrinas revoloteando en el cielo madrileño en primavera a la caza de su sustento y, por comparación, lo desagradable que resulta despertarse en

Japón escuchando los molestos graznidos de estas aves oportunistas y omnívoras además de ruidosas.

No quisimos decirle que desde que se marcharon de Madrid las golondrinas ya no han vuelto en nuestro balcón sus nidos a colgar, fueron sustituidas por ruidosas cotorras argentinas hasta el punto de convertirse en una colorida plaga que el ayuntamiento no consigue erradicar por más que lo intentan (o eso dicen); solo ellas han sido capaces de expulsar casi por completo del barrio al resto de las aves que entonces eran habituales en nuestro entorno como gorriones, golondrinas, vencejos, palomas, abubillas, aviones o urracas; bueno, a las palomas y urracas no hay quien las eche, son supervivientes natas.

¡Malditos *karasus (*cuervos en japonés*)*!, si por ellos fuera nos sacarían los ojos.

FUJISAN

Ruta costera de la Provincia de Kazusa

Creo que a lo largo del libro, en gran parte gracias a las ilustraciones de Hokusai que voy poniendo, estoy dejando nítidamente claro que me gusta el monte Fuji, pero el gusto no viene de ahora, siempre me ha llamado la atención su perfecto cono volcánico cubierto de nieve durante gran parte del año; poder contemplar de cerca sus 3.776 metros sobre el nivel del mar ha sido toda una suerte, po-

demos afirmar sin temor a equivocarnos que el Fuji es uno de los iconos más representativos de Japón.

El monte Fuji, ellos lo llaman Fujisan mientras en el resto del mundo decimos Fujiyama, es el símbolo nacional por excelencia, después del Emperador, su seña de identidad más querida y debes asumir que, antes o después, acabarás comprando algún recuerdo relacionado con él porque su icónica imagen es omnipresente.

Nosotros no íbamos a ser menos que otros turistas y nos hemos traído una buena colección de recuerdos en forma de imanes para la colección de la nevera —la tenemos tan sobrecargada que el día menos pensado la puerta caerá por el sobrepeso—, impresiones sobre tela, fotos…

Este volcán es de los que pacientemente cardan la lana, siendo otros los que estallan con violencia de vez en cuando y se llevan la fama; su última erupción ocurrió hace más de trescientos años, así que de momento parece que no exista peligro pero el día que se ponga a estornudar lava y piedras mejor será estar muy lejos.

Las xilografías que ilustran el libro son obra de Katsushika Hokusai y fueron creadas con el pintor ya metido en la setentena; son una maravilla artística que he elegido en homenaje a esta imponente montaña —cuyo pico quisiera coronar (o ver lo más cerca posible) algún día si la salud, el tiempo o la autoridad no lo impiden— y cómo no al autor de las ilustraciones, el magnífico Hokusai.

CATÁSTROFES NATURALES

Puente Nihonbashi en Edo

Nuestros peores temores, nunca desvelados al planificar el viaje, tenían que ver con los fenómenos naturales que en esta tierra suelen ser catastróficos, como terremotos, tifones, maremotos y erupciones volcánicas; de los misiles intercontinentales norcoreanos o de la fuga radioactiva de Fukushima no hablaré por ahora porque sería demasiada adrenalina para el cuerpo.

Los terremotos están a la orden del día, la mayoría son simples temblores fuertes que en cualquier otra parte del mundo sembrarían el caos, mientras que en Japón los viven sin pánico; Pablo nos comentaba que él había visto, horrorizado y en directo, un rascacielos tokiota oscilando por el movimiento telúrico mientras la gente seguía a lo suyo, como si no pasara nada.

Los parques y llanuras de cada sitio se convierten en lugares de reunión en caso necesario, lo avisan en carteles y varios idiomas incluido el portugués —puede parecer raro, pero tengo pruebas— y en las escuelas enseñan a los niños desde pequeños qué deben hacer si a la Tierra le da por convulsionarse.

Por suerte no sufrimos (que sepamos nosotros) ninguno mientras estuvimos por allí, en cambio sacudieron el mar de Alborán y sus efectos se notaron en media España, para que te fíes de la Virgen y no corras.

El maremoto (*tsunami*) es uno de los miedos atávicos más comunes, hay cientos de señales avisando del peligro de los tsunamis y a qué altura sobre el nivel del mar se encuentra cada zona; si se prevé que los efectos de una gran ola van a superar dicha altura, tocará evacuarla a toda prisa sin mirar lo que se deja atrás, lo tienen totalmente asumido y están siempre preparados para cuando llegue el momento, que algún día llegará.

Otro gran peligro de la larga lista son las erupciones volcánicas; el motivo de la presencia tantos volcanes en Japón es principalmente el choque entre las placas Euroasiática, Pacífica, la mini placa de Filipinas y la mini placa de Ojotsk, esto crea una gran actividad sísmica en la zona

y, por tanto, se generan muchos relieves de distintas formas como puedan ser los volcanes.

Por ejemplo, el volcán Sakurajima es uno de los más activos y acumula una gran cantidad de magma en su interior, lo que indica que es muy probable que se encuentre en la antesala de una gran erupción volcánica que podría ocurrir en los próximos años, afectando sobre todo a la ciudad de Kagosima, conocida como el Nápoles de Oriente. Como sabrás, muy próximas a Nápoles están las ciudades de Pompeya y Herculano que fueron arrasadas y sepultadas en lava por el Vesubio en el año 79.

Que en dos semanas de estancia ninguno haya dicho este cráter es mío lo consideramos buena suerte, por no apelar a la mera casualidad, pero el miedo a que se despierte alguno cuando menos falta haga es grande.

Como he dicho antes, a los anteriores se ha sumado ahora el pirado de Kim Jong-un, el peculiar vecino pirotécnico de la cercana Corea del Norte, a quién le ha dado por sobrevolar continuamente las islas con misiles, pero casi mejor no pensarlo porque da un poco de yuyu.

MONEY, MONEY

Ciudad en el río Sumida

Manejarse a diario con los yenes no tiene misterio, es como volver a utilizar nuestras antiguas y en ocasiones añoradas pesetas, a los cinco minutos de trajinar con ellos sabrás manejarlos con soltura y sin hacerte un lío con los billetes ni las monedas.

El yen es una moneda porcentual —así se decía al menos cuando trabajaba en banca—, durante nuestra visita el cambio osciló entre los 120 y 130 yenes por euro.

Entras en el súper y enseguida dejará de sorprenderte que la compra del día te salga por 3.500 del ala, pensarás «pero si no hemos comprado casi nada, hay que ver cómo

han subido los precios de un día para otro»; a continuación, operarás mentalmente para convertirlos a euros y que se te pase el susto inicial, mayor si cabe que el sobrevuelo de los misiles norcoreanos o de los temidos *karasus* porque afecta directamente al bolsillo; antes del viaje entrenamos una sencilla fórmula mental de rápida conversión para abreviar el trámite cambiario.

Si todavía sufres desfase horario, o la noche anterior el futón no te ha dejado pegar ojo impidiéndote ejecutar con presteza el cálculo mental, no te cortes y utiliza la calculadora del móvil que es mucho más rápido y preciso y te saca del paso. Si tienes prisa o no tienes el móvil a mano bastará con que dividas la cantidad por cien y si bien el resultado no será nada preciso al menos te quitas el problema.

Las monedas son de 1, 5, 10, 50, 100 y 500 yenes, lo más evocador para un español de mi quinta es que las de 5 y 50 tienen un agujerito central como tenían los antiguos dos reales, pero no te dejes llevar por la nostalgia y te hagas un cinturón con ellas; yo conservo una de cada valor facial y tengo la colección durmiendo en un cajón a la espera de ver qué puedo hacer con ella. De momento las de agujerito han pasado a integrarse en mis llaveros, quedan bien y sale barato.

Los billetes son de mil, dos mil, cinco mil y diez mil yenes, son de uso común menos en algunas máquinas expendedoras que no admiten los de dos mil por razones que se me escapan pero es una realidad, este tipo de cosas pasan hasta en las mejores familias.

De los billetes no he hecho colección porque los pocos que me quedaban en la cartera me abandonaron casi sin darme cuenta en la tienda *last minute* del aeropuerto.

Si necesitas sacar dinero en efectivo con la tarjeta de crédito los cajeros automáticos que puedo recomendar son los existentes en las tiendas 7-Eleven (como vimos en la gráfica hay casi tantos como templos), en otros cajeros nuestras tarjetas no funcionan y mientras descubres por ti mismo que no vas a poder sacar dinero, la cola que se formará detrás de ti puede alcanzar dimensiones bíblicas.

Mejor dirígete a algún 7-Eleven cercano, tienen un horario generoso (su nombre se debe al horario de apertura original, de siete de la mañana a once de la noche, pero algunas tiendas permanecen abiertas las 24 horas del día) y hay buenas ofertas de los productos que venden, así que aparte de sacar dinero puedes aprovechar la visita para comprarte unos pistachos o una cerveza fresquita a precios razonables.

MANOS LÍMPIAS

Bahía de Noboto

Seguramente se haya publicado algún sesudo estudio de una prestigiosa universidad inglesa o norteamericana en el que se analice pormenorizadamente la pasión japonesa por lavarse las manos varios cientos de veces al día.

Llegas al Terrace Mall y en la puerta, al lado del dispensador de fundas de plástico para los paraguas, verás un dosificador de gel o alcohol desinfectante vaporizado para las manos; por temor a las consecuencias legales no he

hecho la prueba, pero si no te rocías bien las manos antes de entrar puede que suenen las alarmas.

Al llegar a casa lo primero que haces, tras cambiar los zapatos por las babuchas, es ir derechito a lavarte las manos, yo pensaba «pero si me las acabo de desinfectar en el mall...», pues nada, te las vuelves a lavar, no ves que por el camino habrás tocado el carrito de paseo, las bolsas de la compra, monedas, billetes... insensato, ¡corre a lavártelas!

En los trenes verás a muchas personas haciendo equilibrios imposibles para no caerse con los movimientos del vagón con tal de no sujetarse a las barras y asideros, cualquiera sabe quién las habrá tocado antes —deben pensar—, claro que en hora punta el peligro de caída desaparece en gran medida porque las apreturas les permiten dormitar apoyados los unos sobre los otros sin que nadie proteste por el contacto, lo importante es no tocarse con las manos porque luego van al pan, bueno, en este caso al arroz.

Yo, por si acaso, me compré unos guantes de lana en un «3 COINS» (versión local de nuestro antiguo Todo a cien, ahora popularmente llamados chinos), con los que incluso puedo manejar el móvil porque llevan un refuerzo de silicona en la punta de los dedos, tecnología punta aplicada a la vida diaria.

¡QUE LLUEVA, QUE LLUEVA!

El lago de Hakone en Provincia de Salami

Nos encontramos en el paraíso de los paraguas, antes de venir lo descubrimos leyendo algunos blogs de españoles en Japón; alguno comentaba «estás en el país de los paraguas, hay más paraguas que usuarios», lo cual no deja de sorprender porque son 126 millones de usuarios más los turistas que los visitamos, aunque la cifra esté disminuyendo alarmantemente cada año porque las nuevas generaciones prefieren tener perros a niños.

Una de las razones podría deberse a que sean olvidadizos y despistados de forma natural, o sea los japoneses no los paraguas; los dejan en cualquier sitio y luego se olvidan de recogerlo porque ha salido el sol o no saben cuál es el suyo en el inmenso montón, antes que llevarse uno ajeno prefieren irse sin él aunque lleguen a casa hechos una sopa y no solo tengan que quitarse los zapatos sino toda la ropa, yendo directos al *ofuro* aunque todavía no sea la hora del baño.

Hemos visto paraguas con telarañas, aparentemente olvidados y colgados en la entrada de las casas, se ve que no quieren entrar con ellos mojados y los dejan a la intemperie apoyados a cubierto en cualquier sitio para que se sequen antes de darles nuevo uso y poco a poco se van acumulando en las esquinas.

Pablo utiliza la técnica gratuita de llevarse paraguas baratos olvidados en el restaurante por sus dueños, son bonitos, de esos transparentes que te permiten ver por dónde vas, pero Yukiko ha tenido que llamarle a capítulo porque ya tenían demasiados.

A mí me daba pena verlos tan solos y tuve que superar las continuas tentaciones de llevarme alguno como los de Pablo, pero pude resistirlas porque solo llovió un par de días, el primero y el último, como si lo tuvieran programado para no molestarnos.

En la entrada de los lugares públicos, justo al lado del dosificador de gel o vaporizador de alcohol para la limpieza de manos, hay dispensadores de bolsas de plástico para envolver los paraguas mojados, evitando dejarlo todo perdido de agua y que la gente pueda resbalarse.

Resulta curioso que siempre haya bolsas disponibles, aunque llegue el diluvio universal no se acaban nunca y eso que la gente las utiliza constantemente, para lo cual son gratuitas, y no se las llevan a casa como ocurriría en algún país que todos conocemos.

Hace poco fuimos de excursión al madrileño pueblo de Nueva Baztán y vimos uno de esos dispensadores en el Centro de Interpretación de la Oficina de Turismo, lo reconocimos al momento porque las instrucciones todavía estaban escritas en japonés, a pesar de lo cual sabíamos para lo que servían. Obviamente no había bolsas, puede que las quitasen viendo que no llovía para evitar la tentación.

Te parecerá una tontería, pero confieso que nos hizo ilusión comprobar que, aunque solo sea por una vez, les copiemos nosotros a ellos en algo.

DISRITMIA CIRCADIANA

Monte Fuji reflejado en el Lago Kawaguchi, visto desde el Paso Misaka en la Provincia de Kai

Sabíamos que nos afectaría, pero no de qué manera ni cuánto tiempo duraría; entre ambos países tenemos entre siete y ocho horas de diferencia, dependiendo de la época del año, por lo que es importante asumirlo cuanto antes con naturalidad, es algo que tiene que pasar y poco o nada puedes hacer para evitarlo.

Lola, antes de los viajes intercontinentales, siempre me dice que tome melatonina para aliviar un poco los síntomas, pero por ahora no le he hecho caso y así me va.

En el avión piensas que si fueras capaz de dormir, aunque fuera un par de horas, te afectaría menos, pero a la hora de la verdad no puedes pegar ojo; el asiento tiene poco espacio con el de delante, al cabo de una hora empieza a resultar incómodo, te sientes aprisionado y el viaje sigue erre que erre sumándole horas al reloj a toda velocidad.

Los primeros días, a partir de media tarde, nos entraba tanto sueño que podíamos quedarnos dormidos incluso lavándonos las manos o haciendo el intercambio de zapatos; en algunos momentos resultaba totalmente imposible mantener los párpados abiertos y notabas como perdías toda noción del tiempo.

Por contra, a medianoche —cuando digo medianoche estoy hablando de las dos o tres de la madrugada— nos despertábamos de repente y era imposible mantener los ojos cerrados; así ocurrió durante la primera semana, que fue el tiempo que más o menos tardamos en equilibrar adecuadamente los biorritmos. Además, con la edad cada vez nos afectan más los desajustes horarios.

A la vuelta fue bastante parecido, piensas que si fueras capaz de dormirte en el avión, aunque fuera un par de horas, te afectará menos, pero no puedes dormir, recuerdas que el asiento es estrecho, no guarda la distancia de seguridad con el de delante, que al cabo de una hora resulta incómodo y te sientes aprisionado, mientras el vuelo pro-

sigue erre que erre restándole horas al reloj a toda velocidad.

Una vez de vuelta en Madrid, durante varios días a última hora de la tarde —cuando digo de la tarde estoy hablando de las ocho o nueve de la tarde— nos invadía una modorra insuperable y nos quedábamos totalmente dormidos viendo el telediario (ahora que lo pienso, a lo mejor la culpa era de la tele y no de la diferencia horaria) y de madrugada —cuando digo de madrugada estoy hablando de las cuatro o cinco de la madrugada— teníamos los ojos abiertos de par en par como platos; cuesta mucho adaptarse de nuevo a nuestro meridiano de Greenwich, pero al cabo de una semana los biorritmos por fin se equilibraron poniendo punto y final a la disritmia.

Hay quién llevado por la internacionalización del inglés lo llama *jet lag*, que es más corto de decir, más guay y puede que se entienda mejor que viene a ser la misma cosa, pero la definición técnica en medicina es disritmia circadiana.

FRASES COMODIN

Hodogaya en la Tōkaidō

En previsión de la más que posible dificultad idiomática, Lola se compró un librito de bolsillo titulado «Japonés para el viajero», uno de cuyos apartados, el de «frases para el viaje», resulta conveniente consultar a menudo para intentar memorizar algunas y así poderte manejar mínimamente con los nativos; ellos hablan inglés porque lo aprenden en la escuela pero no les apetece practicar con extraños y hay que espabilar.

Al dirigirnos a ellos directamente en inglés, tienen tendencia a pensar que lo hablaremos mejor que ellos al ser *gaijines*, nada más lejos de la realidad, pero si pusiése-

mos interés por ambas partes seguro que tendríamos más posibilidades de entendernos en el día a día.

Expondré aquí unas pocas de uso cotidiano, son frases y palabras ida (un solo uso) en las que no esperas que una respuesta imprevista de tu interlocutor eche por tierra tu recién estrenada vena políglota.

Metidos en una refriega dialéctica no resulta demasiado práctico sacar la guía para intentar mantener una conversación fluida; es más, incluso afirmaría que es imposible salvo que las dos partes dispongan de mucho tiempo libre y tengan la paciencia del santo Job; sin embargo valorarán que seas un «echao p'alante» y te lances sin miedo al *dohyō* como si fueras un luchador de sumo:

Hola: *Kon ni chi wa*

Buenos días: *O ha yo go zai masu*

Buenas noches: *Oyasuminasai*

Por favor: *Ku da sai / Onegai si mas*

Agua: *Mizu*

Cerveza: *Biru (una: i chi, dos: ni, tres: san)*

Gracias*: Arigato go zai masu*

Adiós: *Sayonara (formal)*

Adiós: *Matane (familiar)*

Hasta luego: *Ja ma ta*

¡Genial!: *Su goy*

Si: *Hai*

No: *I e*

Entiendo: *Wa kari mash ta*

No entiendo: *Wa kari ma sen*

Disculpe: *Su mi ma sen (es la number one)*

Lo siento: *Go men na sai*

Peligro, peligroso: *Abunai*

Una utilización certeramente combinada de estas u otras parecidas frases y palabras cortas, acompañadas de muchas sonrisas y un amplio repertorio de reverencias puede sacarte de un apuro en un momento determinado, pero un mucho más.

Obviamente hay muchísimas frases más porque el japonés es un idioma potencialmente rico en protocolo, pero con estas tendrás suficiente para entrar en materia sin necesidad de profundizar en la semántica del lenguaje y te permitirá adivinar la enorme dificultad que presenta dominar esta ancestral lengua para los occidentales; si quisieras adentrarte en su complejidad y aumentar tu vocabulario de emergencia, tendrás que comprarte un libro de bolsillo, estudiarlo y practicar.

Recientemente he visto un vídeo de gestos y manoteos de uso común, sencillos de aprender, que podrían ser de mucha utilidad, tengo que ponerme a ello.

MÁQUINAS EXPENDEDORAS

Río Tama en la Provincia de Musashi

Existen tantas como paraguas, templos, 7-Eleven o todo junto, las verás por todas partes: agua, zumos, refrescos, aperitivos, comida, chicles... admiten monedas y billetes; las más de las veces tendrás serios problemas para elegir lo que te apetece tomar porque está escrito en kanjis, menos mal que tienen fotos del producto y se facilita el proceso porque si no sería imposible, así que no te importe esperar lo que haga falta hasta que lo tengas claro aunque

tras de ti se forme una cola del copón, a ellos no les importa esperar porque están acostumbrados y aunque a lo mejor piensen que estás tardando demasiado en elegir una coca cola no osarán decirte nada.

Tengo entendido que la mayoría de estas modernas máquinas de venta no admiten los billetes de dos mil yenes salvo en la zona de Okinawa porque en su reverso aparece la famosa puerta de Naha y se sienten orgullosos de que aparezca en el billete; pero en el resto del país estos billetes no son de uso común, a pesar de lo cual los que nosotros llevábamos desde Madrid volaron de la cartera sin el menor problema.

Estas máquinas pueden echarte una mano si de pronto te entra mucha sed durante un paseo o excursión, aunque siempre podrás beber agüita de la fuente si tienes la suerte de encontrarla, el agua es de mucha calidad y no tiene nada que envidiar a la del Canal de Isabel II, nosotros no notamos la diferencia.

Suponemos que en una sociedad tan tecnificada habrá máquinas para todo tipo de artículos, pero como no las hemos visto todas no puedo añadir mucho más a lo dicho.

La abundancia de estas máquinas es motivo de interés para algunos, en internet he encontrado un blog (*nekojita* que recomiendo visitar) que lo ha encuadrado en el primer lugar entre las quince razones que te harán pensar que Japón es un país único:

«*Se dice que hay una máquina de bebidas por cada veintitrés japoneses, y con el poco espacio disponible en el país tienen que hacer malabares para colocar tantas. Lo cierto es que encontrarás máquinas expendedoras en*

el lugar más remoto que te plantees. Las hay en el Fuji, entre el espacio de dos casas, debajo de autovías elevadas... no te quedarás sin bebida. He escuchado que el motivo de la existencia de tantas máquinas de refrescos es para abastecer a la población en caso de catástrofe natural, además de poder obtener las bebidas de manera gratuita. ¿Mola Japón o no?

Precisamente han sido las máquinas expendedoras las que me han inspirado para hacer esta entrada. De hecho, parecen ser un reclamo para los turistas».

Hombre Ernesto, querido paisano, para mí no lo son pero lo cierto es que llama la atención que haya tantas, casi como paraguas, templos, 7-Eleven o todo junto.

VIAJA SEGURO

Templo de Asakusa Hongan-ji en la capital oriental

Actualmente, España y Japón no tienen suscrito ningún convenio de atención sanitaria mutua, así que contratar un seguro de viaje que te cubra ante ciertos problemas durante lo que dure tu estancia parece una inversión inteligente (y rentable en caso de que por la razón que sea tuvieras que visitar al médico.

Si tienes la mala suerte de necesitarlo y no estás cubierto por un buen seguro puedes tener un problema importan-

te, especialmente en el plano económico pero no solo en él. Porque la atención médica en Japón es difícil incluso para ellos mismos, o sea que imagínate para *gaijines*.

Antes de viajar a países no incluidos en la lista de la tarjeta sanitaria europea conviene tomar ciertas precauciones; en Estados Unidos, por poner un ejemplo, puede llevarte directamente a la ruina romperte una pierna o tener que ir al dentista por un súbito dolor de muelas, y en Japón me consta que sucede algo parecido.

Afortunadamente por ahora no hemos tenido que utilizarlo, pero siempre viajarás más tranquilo a cualquier parte del mundo sabiendo que estás bien cubierto por un seguro y que si te pasara algo tendrás derecho a la debida atención sin miedo a la factura, al menos sobre el papel, o a que te repatrien cuanto antes para que te atienda la Seguridad Social si la factura puede ser alta.

Con tantas catástrofes naturales como pueden ocurrir en esta parte del mundo y con tanta gente permanentemente constipada, no tener suscrito un seguro de viaje sería tentar demasiado a la suerte, casi un suicidio económico.

COLEGIALES

Isla Tsukuda en la Provincia de Musashi

Se mueven juntos y en grupos numerosos, vestidos con uniformes de otra época, con toques marineros, sombreritos, gorras de colores, enormes mochilas de cuero como de soldados napoleónicos y la consabida mascarilla; los verás circulando por las calles, en los andenes, en los trenes, en bicicletas, camino del colegio o de vuelta a casa.

En comparación con la sobreprotección que damos a nuestros hijos, que los llevamos en coche o andando has-

ta la misma puerta del colegio, sorprende ver que siendo tan pequeños los niños nipones vayan solos al colegio.

Uno de los primeros días vimos a un grupo de seis o siete con sus gorritos blancos como si fueran al campo de excursión, no tendrían más de cinco o seis años y esperaban en el andén a que llegara el tren en silencioso corrillo, apenas sin moverse del sitio.

Mirábamos a nuestro alrededor para ver dónde estaban los profesores o los padres, pero no veíamos a nadie; le preguntamos a Yukiko y nos aclaró que iban solos porque a esas horas sus padres estarían trabajando y no podían acompañarlos; para protegerse se agrupan y mueven en bloque, los mayores cuidando a los pequeños; los japoneses son responsables desde su más tierna infancia.

A ojos occidentales estos grupos son curiosos de ver, la primera idea que te viene a la cabeza es sacarles una foto de recuerdo, pero no parece muy prudente porque podría interpretarse mal (abunda la pederastia y hay cierta tolerancia social con los pedófilos a los que llaman *lobos*) y te meterías en un lío que vete tú a saber cómo acaba, probablemente en alguna comisaría y allí de poco te valdrían las cuatro frases comodín que sepas, las reverencias, los gestos o el seguro médico de viaje.

Gracias a la impunidad que otorga el móvil decidí sacar alguna que otra foto de tapadillo aprovechando algún descuido, a posteriori pienso que no mereció la pena correr el riesgo, pero a veces hay que dejar que la sangre carpetovetónica fluya con libertad por tu vena aventurera.

De momento a Misato la acompañamos a la parada del bus escolar y esperamos hasta que llega y se sube, volve-

mos más tarde al mismo sitio a buscarla, pero en un par de años tendrá que empezar la Primaria, se unirá a su propio grupo escolar y habrá que afrontarlo con la mayor dignidad posible.

¡Cómo pille a un guiri haciéndole una foto...!

COMIDA CASERA

Playa Shichiri en la Provincia de Sagami

En ambos países seguimos la misma pauta alimenticia (desayuno, almuerzo, comida, merienda, cena) pero con horarios muy diferentes; por costumbre los españoles seguimos haciendo de nuestra capa un sayo, ajenos a lo que haga el resto del mundo; en cuanto a gastronomía se refiere, cuando viajamos nos cuesta más habituarnos a los horarios que a los propios alimentos.

Normalmente desayunamos un café con leche y tostadas con mantequilla y mermelada como hacemos en casa, mientras que Yukiko toma arroz blanco y una mezcla a base de algas fermentadas acompañadas de alguna variedad de té; entiendo que hay que acostumbrarse desde pequeños a este tipo de ingestas matinales, es como lo de ir solos al colegio.

La hora de comer es entre las doce y la una, suele consistir en *norimaki* (arroz blanco envuelto en tiras de alga) con *niku* o *sakana* (entonces se llama *sushi*), unas tacitas con salsa de soja o similares para mojar los *norimaki* y ensalada de *kombu* (otro tipo de alga, riquísima), se bebe café, cerveza o agua y de postre algún dulce o fruta; sin duda el arroz es el rey de la cocina, por mí encantado porque soy arrocero de nacimiento. También comíamos macarrones o espaguetis con setas variadas, pollo cocinado de muchas maneras, carne guisada o lentejas, emperador a la plancha, incluso algún día hicimos paella valenciana a petición familiar, en la variedad está el gusto.

Para merendar tomas lo que pilles, en casa café con leche, pastas y galletas; si estás en la calle aprovecha para entrar en alguna cafetería o compra algo ligero, nos pirran las tartaletas de queso, en cuestión de pastelería lo bordan.

La hora de la cena es sobre las seis y media o siete como tarde, suele consistir en sopa de miso con tofu, algún pescado al horno, *norimaki* o arroz blanco sin más; también probamos el típico *sashimi* (pescado crudo) de atún y salmón y nos pareció una delicatessen. Además Pablo se encargaba de comprobar que no tuvieran *anisakis*, un parásito de los peces. De postre, yogur o fruta.

Y antes de acostarnos un par de tazas de té de cebada (*mugi-cha*), algo áspero de beber pero que sienta bien; no espabila como el té negro aunque es bastante diurético y te hace ir a mear más de la cuenta. Y de acompañamiento dulce, pastas o galletas variadas, esas que no falten a cualquier hora.

Es decir, que este apartado del viaje no debería ser un problema para nadie siempre que cocines en casa, todo lo más tener que acostumbrarte a los horarios, a entender las cartas de los restaurantes y a utilizar correctamente los palillos.

Como premio adicional a nuestro esfuerzo de adaptación gastronómica, los dos volvimos con tres o cuatro kilos de menos que siempre viene bien y es de agradecer a pesar de pasarnos el día comiendo y picando.

De vuelta a casa los recuperarás en la primera semana.

LOS PALILLOS

El Fuji desde Kanaya, en la Tōkaidō

Los *hashi* son el equivalente local de nuestros cubiertos; con un par de palillos rectos, de similar longitud y acabados en una punta roma les resulta más que suficiente para comer todo lo que les pongan delante, aparentemente al menos no necesitan cuchara, tenedor ni cuchillo.

Supongo que si la comida tradicional incluyera alimentos tipo cordero al horno, cochinillo segoviano, fabada asturiana o salmorejo cordobés, por nombrar algunos pla-

tos de nuestra rica cocina que necesitan herramientas de precisión para comérselos, los palillos serían de menor utilidad, pero seguro que los servirían en la mesa de tal forma que pudieran utilizarse.

La primera vez intentaron enseñarnos «uno de los palillos se sujeta entre el pulgar, el corazón y el anular y de ahí no se mueve, el otro se maneja con el dedo índice apoyado en las maniobras alimenticias por el corazón», o sea el dedo no el órgano, parecía fácil pero al terminar tuvieron que soltar unas gallinas para que picoteasen el arroz del suelo.

Mientras escribo esto he cogido un par de lápices de dibujo para ir entrenando y no ha habido manera, lo mismo los estoy sujetando mal porque se me caen de las manos; en el próximo viaje me ejercitaré hasta aprender a sostenerlos en condiciones.

Te fijas en el resto de los comensales, comiendo con la destreza milenaria que otorga el uso continuado de los palillos, y te quedas boquiabierto (y con hambre por no acertar a llevarte a la boca siquiera un pequeño trozo de comida); de repente a ojos de los demás vuelves a ser como un bebé al que sus padres dejasen comer solo por primera vez, y te sientes (muy) torpe.

Si encima tienes artrosis en los dedos como es mi caso, el simple acto de alimentarse varias veces al día se convierte en una odisea peor que el constante trasiego de zapatos; eso sí, son tan educados que nadie se reirá de tu poca coordinación dactilar, lo mejor es mirarlos de reojo sin que se den cuenta para ver cómo lo hacen ellos e intentar imitarlos.

Me jugaría algo a que manejar los palillos con esa soltura y naturalidad tiene algo que ver con la genética.

Pero mejor o peor todo se aprende, pronto conseguirás mojar un puñado de arroz en la salsa de soja sin que caiga dentro y se quede allí flotando antes de llevártelo a la boca; desde ese instante ya no habrá *sushi*, *sakana*, *niku*, *sashimi*, *kombu* o sopa de miso con tofu que se te resista.

Pero si a pesar de todo los necesitas para no quedarte con hambre, en casi todos los restaurantes suelen tener a mano un juego de cubiertos occidentales para turistas manazas, lo que ocurre es que el pundonor y la vergüenza torera te prohíben pedirlos.

TABI

Umegawa en la Provincia de Sagami

Por error los he estado llamando «kabashi» que me recordaba el nombre de algún personaje de la alta sociedad saudí, pero he descubierto que en realidad se llaman *tabi*; tras esta sencilla palabra se esconden un par de simples calcetines, o no tanto porque son unos calcetines especiales con el dedo gordo independiente de sus cuatro hermanos de pie y pueden utilizarse con chancletas sin que se te acalambren los cinco.

Para permitirlo llevan una terminación especial dividida en dos compartimentos, uno sirve para alojar al separatista y comodón dedo pulgar y el segundo, más grande, para acoger a los cuatro dedos restantes.

Tras conocerlos me parecen muy prácticos los calcetines *tabi* porque, desde que hemos vuelto, cuando entro en casa siempre me cambio de calzado, se me ha debido quedar pegada la costumbre y no quiero manchar el piso, pero me dejo puestos los calcetines corriendo el riesgo de resbalar en el parqué y romperme la crisma.

Por ejemplo, en el pasado mientras me estaba preparando para tomar una ducha intentaba andar con las chanclas con los calcetines puestos, era un tormento.

Debido a no tener *tabis* la parte delantera de las chanclas se torcía hacia dentro respecto del eje vertical de las piernas, dejando sin apoyo plantar a los talones, por lo que durante el proceso de acercamiento a la ducha iba arrastrando los pies y trastabillando con inseguridad por el pasillo hasta que no me quedaba otra que quitarme los calcetines y dejarme de números circenses antes de estrellarme de cabeza contra el bidé.

Esta población es tan práctica que piensan en todo, claro que como ellos llevan siglos y siglos utilizando *zōri* (antiguas zapatillas hechas de paja de arroz o de otras fibras vegetales, tela, madera lacada, cuero, caucho, etc.), cuya copia occidental modernizada son las chanclas, no tuvieron más remedio que darle vueltas a la cabeza hasta inventar los *tabi* para no pasar frío en los pies y de paso no dejarse el sueldo en hospitales.

No hay de qué preocuparse porque ahora ya podemos comprarlos también aquí, incluso de forma online sin necesidad de tener que viajar hasta el Lejano Oriente, a ver si me acuerdo y me pido unos cuantos antes de que ocurra algo irremediable.

LA PODA ARBÓREA

Paso de Mishima en la Provincia de Kai

Es probable que todos sepamos lo que es un bonsái, lo aprendimos durante el mandato de aquel presidente sevillano del puño y la rosa al que le gustaban con pasión y al que le regalaron tantos que cuando dejó la Moncloa cedió una parte de su colección al Real Jardín Botánico porque no le cabían en su lujoso chalé recién estrenado al dejar el cargo.

Bonsái es una hermosa palabra que hemos adoptado sin problema del japonés y que significa «cultivar en bandeja», no confundir con *banzai* (pronunciado bansai) que es una forma suicida muy japonesa de atacar al enemigo.

Los bonsáis son árboles a los que mantienen a raya gracias a diversas y complejas técnicas de poda que consiguen reducir su crecimiento natural, manteniendo el mismo aspecto que tendrían por naturaleza pero en formato liliputiense.

Entre la enorme cantidad de árboles y arbustos que hemos visto, cedros, olmos, pinos, cerezos... ninguno era un bonsái propiamente dicho, pero la mayoría presenta un tipo de poda especial que en cierto modo los recuerda.

Tener tantos pinos podados de la misma forma, con las ramas cortadas en capas horizontales, seguro que obligará a los meticulosos y concienzudos jardineros nipones a trabajar como cosacos del Volga.

El caso es que los árboles lucen sanos y vistosos gracias a tantos mimos y cuidados, creo que los japoneses tienen un trato tan especial con la madre naturaleza que los rodea que los hace ser únicos, más que por las omnipresentes máquinas expendedoras.

Bien por ellos, nos la ponen en bandeja.

SHOJI

Kajikazawa en la Provincia de Kai

En nuestra tierra se suele escuchar «ten cuidado con lo que dices porque las paredes oyen», bueno pues en Japón además de oír las paredes se mueven, solo que las llaman *shoji*, seguramente para despistarnos.

No puedo explicarlo mejor, las hemos visto en multitud de películas, pero diré que son fundamentales en las casas si quieren mantener un aspecto tradicional; siempre tiene que haber una sala o *washitsu* con este tipo de pa-

redes que podríamos considerar parientes de puertas o ventanas, un tatami bien diseñado y quizá un *tokonoma* que es un cubículo o pequeño espacio elevado en donde se cuelgan rollos desplegables decorativos con pinturas o caligrafías verticales o *kakemono*. Los arreglos florales o *ikeban,* junto con algún bonsái, también pueden encontrarse normalmente en estos espacios.

A nosotros nos gusta mucho el *shoji*; en esta casa tienen un *washitsu con* nada menos que tres *shojis* y un tatami*;* si bien el lugar del *tokonoma* lo ocupa una mesita baja con televisión que representa el obligado tributo a la modernidad, sobre todo cuando hay niñas.

Los *shoji* son resistentes y delicados a la vez, pues la estructura de madera está recubierta con *washi* o papel de arroz (o de trigo, bambú, cáñamo...); uno de los últimos días de nuestra estancia, Lola rompió uno de ellos atravesándolo con el dedo al ir a cerrarlo; mientras se reparaba procuré disimular el agujero con papel celo de color blanco, pero no quedaba igual ni mucho menos.

Me gusta el sonido de madera contra madera que se produce al deslizar o abrir los *shojis* en una suerte de juego del escondite con las nietas que, al parecer, solo me divierte a mí.

¡MÁS MADERA!

Monte Fuji desde las montañas de Tōtōmi

Recién llegados vimos iniciar la construcción de una casa de varias plantas en el vecindario, al lado de la estación de tren, toda ella hecha de madera por supuesto.

Nos comentaron «cuando os vayáis seguro que ya la habrán terminado», así que a diario comprobábamos su grado de avance; es increíble el perfecto dominio que tienen sobre los materiales de construcción naturales a base de madera, bambú, etc.

Exceptuando los modernos y sólidos edificios de pisos que son capaces de resistir terremotos, las casas del barrio son en su mayoría de madera, de uno o dos pisos y bastante parecidas entre sí.

Delante de la puerta suele haber al menos una plaza de aparcamiento para dejar el coche (quien tenga), las bicicletas y los paraguas; sobre el murete exterior se alojará el necesario buzón de correos.

La distribución del interior es bastante común, en el piso inferior se sitúan el zaguán para cambiarse de calzado, las tres estancias dedicadas al aseo personal, la cocina, la zona de comedor y el consabido *washitsu* con probable doble función, sala de estar durante el día y dormitorio por la noche.

Una empinada escalera de madera conducirá a las habitaciones del piso superior, todas son igualmente espacios multifuncionales que por la noche se transforman en dormitorios gracias al despliegue de futones, por lo que están dotadas de armarios enormes en los que guardarlos durante el resto del día una vez hayan sido aireados.

Las casas mantienen siempre una pequeña separación o pasillo perimetral con todas las colindantes como norma de seguridad ante posibles terremotos, ya que evitarán el efecto dominó; en estos espacios y dependiendo del tamaño disponible que suele ser pequeño pueden ubicarse jardines minimalistas, pequeños huertos, esculturas, bonsáis, las bicicletas…

Antes de volver vimos terminado el edificio que estaba en construcción y en sus tres pisos ya se habían instalado y estaban en funcionamiento los primeros negocios.

TECNOLOGÍA

Lago Suwa en la Provincia de Shinano

Viajamos asumiendo el estereotipo de estar visitando uno de los países más tecnificados del mundo; nada más llegar nos encontramos con el pequeño robot parlanchín del metro al que abrumé con mi cháchara, tan ininteligible para él que no tuvo más remedio que quedarse callado sin poderme soltar la retahíla comercial que tuviera programada.

A pesar de que la tecnología subyace en casi todo lo que ves, en ningún momento llegas a tener la sensación de estar dominados por ella, digamos que se aprovechan pero la mantienen en segundo plano sin hacer ostentación, lo cual se agradece.

Claro que aunque no se vea, dependen de la tecnología pasa casi todo, lo exigen la precisión suiza de los transportes ferroviarios, las veloces telecomunicaciones, los modernos rascacielos antisísmicos, la previsión del tiempo, del florecimiento de los cerezos, los sistemas de alerta ciudadana, los semáforos, los anuncios luminosos, los silenciosos automóviles, el video portero, los relojes, las cámaras de fotos, las máquinas expendedoras, el tren bala... por no hablar de los múltiples electrodomésticos omnipresentes en cualquier casa, como el robot que cocina arroz para que esté listo a la hora deseada... yo que sé, la tecnología punta soporta y mantiene en funcionamiento todo su entramado social, pero a simple vista la vida cotidiana sigue pareciendo de lo más natural.

Eso tiene mucho mérito, ¿no?

SEGUNDO VIAJE

Marzo de 2017

VOLANDO VENGO

La segunda visita se desarrolló entre marzo y abril de 2017; por experimentar otras opciones, esta vez probamos el vuelo directo con Iberia que dura entre trece y catorce horas y te deja baldado, una auténtica tortura aérea y corporal salvo que seas contorsionista de profesión.

Literalmente hablando nos hemos ganado el cielo, pero vamos a necesitar una larga tanda de sesiones de fisioterapia relajante para devolver a la espalda y el culo sus aspectos originales.

Tras el larguísimo vuelo por fin aterrizamos en Tokio, mejor dicho en el aeropuerto internacional de Narita, a unos sesenta kilómetros al norte de la megalópolis nipona, la ciudad más poblada de la Tierra con treinta y tantos millones de ajetreados habitantes apretujados en su área metropolitana de influencia.

El inconveniente de aterrizar en Narita es que tuvimos que alargar el viaje por vía ferroviaria para llegar a nuestro destino final y esta parte del viaje la tienes que realizar con el cuerpo hecho unos auténticos zorros.

El inconveniente de hacerlo en el cercano Haneda es que te obliga a una escala intermedia en algún aeropuerto intermedio, la decisión final dependerá de muchos factores así que cada cual tiene que sopesarlos y decidir según sus preferencias.

Les pedimos que no vinieran a buscarnos al aeropuerto para evitarles una paliza a las niñas; en el mismo aeropuerto sacamos los billetes para el Narita Express que en un par de horas (por cuatro mil yenes cada billete) nos llevó a la estación de Ófuna, cerca de Tsujido, en la que nos esperaría la familia.

Se puede viajar más barato hasta Tokio por la línea Keisei y allí cambiar a la JR, pero es un trayecto con muchas paradas que está sujeto a las temidas horas punta japonesas y no tienes el cuerpo para gollerías.

Intentamos llamarlos por teléfono desde una cabina pública (hasta las pequeñas cosas cotidianas pueden complicarse cuando uno las desconoce) para avisar de la hora exacta de nuestra llegada, pero no pudimos comunicar con ellos debido a un problema con los prefijos telefónicos, menos mal que el tren llevaba Wifi gratuita y pudimos contactar con ellos durante el trayecto.

Cuando llegamos a Ófuna no estaban allí pero tras esperar unos pocos minutos los vimos entrar en tromba en la estación; si no les llegamos a avisar hubieran pasado de largo sin vernos, iban camino de los andenes.

Nos confesaron que estaban preocupados por nosotros «creíamos que os ibais a perder por el camino», desde luego qué poca confianza tenían en los abuelos sin fronteras.

El viaje en el Narita Express es cómodo, nada que ver con el avión, y más entretenido; entre el traqueteo, el calorcito del vagón, el paisaje, la ausencia de ruido y el cansancio acumulado casi nos quedamos dormidos, no hubiera pasado nada porque la nuestra era la última parada del tren y seguro que la megafonía del vagón nos hubiera despertado antes.

Del reencuentro familiar en la estación de Ófuna destacaría las caritas de sorpresa de Misato y Kaori cuando vieron a sus abuelos allí de pie, de cuerpo presente, rodeados de maletas y con los pelos de punta.

«Hola, chicas, somos nosotros, los abuelos de España, esos que algunos lunes veis por teleconferencia».

LAS ESTACIONES DE TREN

Hemos tenido oportunidad de profundizar en el conocimiento de las estaciones de tren; en Japón una estación de tren viene a ser una estación normal y corriente, como la de cualquier otra parte, a la que encima le colocan un centro comercial de varias plantas.

Las vías discurren a nivel de superficie como en todas las estaciones del mundo, pero debido a su especial configuración el acceso a la entrada es casi siempre por la planta primera.

Así que para acceder toca subir escaleras o hacer cola en el ascensor de subida hasta llegar a las taquillas y luego bajar por otras escaleras o hacer cola en el ascensor de bajada para llegar a los andenes.

Abordar el tren correcto es todo un arte (y un reto los primeros días hasta que le vas cogiendo el tranquillo)

que conviene aprender cuanto antes; no todos los que pasan se detendrán en la estación y los que paran no siempre van a dónde tú crees que van porque en la siguiente estación pueden cambiar de línea y llevarte a las mismas quimbambas comentadas al principio del libro, si no te fijas bien es allí donde probablemente acabarás.

El trayecto hay que planificarlo a conciencia con tiempo y esmero como hacen los japoneses; en internet encontrarás todas las respuestas necesarias: horarios, recorridos y precios; salvo que poseas espíritu aventurero o no tengas prisa por llegar, no descuides este punto.

Cuando no tengas prisa —si en España el tiempo es oro en Japón ni te cuento, todo va al minuto y funciona como un reloj— date un respiro y aprovecha para visitar el centro comercial que hay encima de la estación, es una experiencia que merece la pena vivir aunque entre ellos se parezcan como una gota de agua a otra.

Verás a pocos extranjeros y miles de japoneses, infinidad de tiendas, aseos públicos de calidad y una planta repleta de restaurantes; entre ellos siempre encontrarás algún italiano o hamburguesería si no eres de complicarte mucho la existencia, pero imagino que no habrás venido hasta aquí para comer lo que puedes comer sin tener que salir de casa, los interesantes son los de aquí, no te quedes con las ganas y entra en uno.

En la entrada tienen expuestas reproducciones hiperrealistas en vinilo multicolor y a escala 1:1 de todos los platos que se ofrecen en la carta; por cada uno se indica el precio por lo que no habrá sorpresas a la hora de pagar.

Las sorpresas puedes llevártelas en la mesa cuando llegue la hora de pedir y te entren las dudas del directo, pero nadie ha dicho que disfrutar de la gastronomía oriental sea sencillo. Si fuera necesario suelta «*arigatos*» a mansalva y haz varias reverencias para salir del paso mientras con el dedo señalas tu plato en la carta gráfica.

Personalmente me intriga el tema del café, cuando toman nota de la comanda te preguntan si lo quieres beber antes, durante o después de la comida; por supuesto dirás que después y añadirás «con leche», lo cual producirá en el camarero un cortocircuito mental absoluto, el pobre se irá compungido por no saber cómo atenderte mientras piensa «mira que pedir leche con el café, qué raros son los *gaijines*»; sin embargo, si pides té traerán una jarrita de leche sin tú pedirla. En estos casos, Lola pide café y yo té para resolver el problema y los dos tan contentos. He vuelto de allí sin resolver la incógnita, algunas de nuestras costumbres los desconciertan.

Pero bueno, me estoy saliendo del tema ferroviario.

Volvamos a la estación, máquinas y personas parecen estar perfectamente sincronizadas; todos saben colocarse en el lugar adecuado en el momento preciso; los extranjeros siempre estamos mirando de reojo a los autóctonos para ver qué hacen, si se suben o no al primer tren que pase y ante la duda los copiamos.

Se nota a la legua que estamos más perdidos que un pato en un garaje; en ocasiones, las menos a decir verdad, alguna persona observadora y con ganas de ayudar se te acercará lo justo y, sin invadir tu espacio vital, te preguntará en bajito y en inglés que a dónde vas.

Si te ocurre no hace falta que saques tu librito de bolsillo para practicar la conversación en transporte público, bastará con que le digas sin más tu destino, por ejemplo sueltas «¿Yokohama?» mientras señalas con un dedo la posible dirección del convoy y el amable interlocutor te indicará con un leve gesto de cabeza si puedes subirte o te conviene esperar al siguiente tren; tranquilo porque no son partidarios de gastar bromas, puedes fiarte por completo de lo que te indique porque quieren ayudar, si te indica que el tren va a Yokohama es que va a Yokohama.

Otra cosa es lo que tú lo entiendas y no acabes en… las quimbambas.

LAS CUATRO Y MEDIA

No se trata de nuestro conocido juego de cartas venido a menos, sino la hora del toque de queda vespertino para que los niños japoneses se vayan a casa.

Aunque no se vean siempre están ahí, vigilantes, situados en altos postes o farolas, a veces incluso con cámaras de vídeo, o en el alero de algún tejado cercano; no hablo de los niños, sino del sistema público de altavoces para avisar a la población cuando ha falta, ya sean alertas por terremoto, tsunamis, tifones, fugas nucleares, misiles norcoreanos, Godzilla o lo que sea menester.

A las cuatro y media exactas, algunos meses a las cinco, el medio ambiente se inunda de música oriental; el primer día miré hacia el cielo sin entender nada, «debe ser como el Angelus de las doce pero por la tarde y en versión sintoísta», hasta que acabé descubriendo su origen.

Llegada la hora citada suena música de fondo para indicar a las familias que ya es hora de volver a casa con los niños, que vean un poco la tele, bañarlos, cenar y acostarlos; obedientemente y sin rechistar abandonan parques y jardines y vuelven al hogar; como anochece tan pronto no querrán que los pille en la calle.

El hecho de que la música suene suave y melodiosa, contrasta con el culto al más absoluto silencio que impera en los lugares públicos, no puedo siquiera imaginar algo parecido en España.

Para empezar, los amigos de lo ajeno habrían robado los altavoces y las cámaras y los ayuntamientos se negarían a sacar la Banda Municipal en su sustitución; además tendríamos un encendido debate nacional para decidir qué tipo de música es la que debe sonar en cada Comunidad Autónoma.

¿El sitio de Zaragoza, una sardana, los pajaritos, el oriamendi, La verbena de la Paloma, ¡Que viva España!? No nos pondríamos de acuerdo ni en cien mil años; tampoco en el horario de queda, para unos las cuatro y media sería tarde, para otros demasiado pronto, mejor a las seis y cuarto, a las cinco y diez, a las nueve...

En algunas ocasiones en las estaciones de tren reproducen el piar de pajaritos, te pasas un buen rato buscándolos volar hasta que comprendes que solo se trata de un trampantojo sonoro, una grabación, digo yo que será para imitar a la Naturaleza y relajar la espera. Tendré que preguntarlo en el tercer viaje.

ORIGAMI

El *origami* —o cocotología para la RAE, es el arte sublime de hacer barquitos o pajaritas de papel, aunque la definición se quede algo corta para Japón porque con el origami son capaces de construir un zoológico o la Sexta Flota— es un tipo de papiroflexia de origen japonés que incluye ciertas restricciones de uso como la no utilización de tijeras, por ejemplo.

Desde pequeños los japoneses son muy aficionados al origami y en cualquier papelería de barrio puedes comprar todo el material necesario para iniciarte en su (compleja) práctica.

Misato se estaba iniciando en su laborioso aprendizaje este año en el colegio y su especialidad es hacer zorros (*kitsunes*), un animal de la mitología local muy valorado por la población porque representa al espíritu del bosque, una hada protectora de las aldeas y su entorno.

La niña llevaba varios días reclamando insistentemente nuestra atención «abuelo Santi, abuela Lola, vamos a la tienda porque quiero comprar origami», al principio pensamos que querría un chupachups o chucherías hasta que nos explicaron lo que en verdad pedía.

Enseguida fuimos con ella a comprar un sobre a la tienda, la niña quiso uno de cincuenta hojas tamaño cuartilla y distintos colores y nada más llegar a casa hizo una docena de *kitsunes* de una tacada, mientras nos explicaba con todo lujo de detalles el proceso papirofléxico a seguir como si fuésemos abuelos de otro planeta.

Yo, viendo el reto medianamente asequible, quise reproducir el animal cuya construcción venía esquematizada con meticulosos dibujos en una de las hojas, nada menos que un caballo. Como me gustan tanto los caballos, me lancé a la cosa origámica.

Era de todo punto imposible seguir las instrucciones, hasta las de Ikea me parecen más fáciles, entre que estaban en japonés y tenía que leerlas con ayuda de una lupa de aumento, no conseguía pasar del cuarto dobladillo y empecé a ponerme de los nervios.

Asumiendo mi incapacidad papirofléxica me concentré en hacer al menos un *kitsune* y cuando al fin lo conseguí sentí mucho alivio; entre sudores fríos casi había logrado ponerme al nivel de una preescolar japonesa y solamente

había necesitado una hora de clase personalizada de mi nieta.

Cuando estuvo segura de que podíamos hacer zorros sin su ayuda cambió de figura y nos enseñó a hacer corazones; ¡dónde va a parar!, mucho más sencillo, alguno que otro nos hemos traído de recuerdo en el equipaje.

Durante los días siguientes siguió construyendo obsesivamente *kitsunes* y corazones sin pausa, que digo yo que debe ser el equivalente a hacer los deberes en casa, ¡niña, descansa un poco y deja algo para el colegio que te va a dar algo de tanto estudiar!, pero no había manera.

Con tiempo por delante hasta que podamos planificar y emprender nuestro próximo viaje, es probable que intentemos aprender alguna figura nueva para sorprenderla la próxima vez que nos veamos, lo típico sería un cisne pero mejor no ser tan chulos.

Aunque veo inútil el esfuerzo porque para entonces la niña será una virtuosa origámica sexto dan y quedaremos a la altura del betún hagamos lo que hagamos.

SAKURA / HANAMI

Son dos palabras íntimamente relacionadas entre sí que en Japón adquieren rango de primera categoría. *Sakura* significa cerezo y *hanami* identifica la temporada de floración de los cerezos, un acontecimiento botánico anual sin igual que se vive religiosamente, es su forma de vivir la explosión primaveral de la naturaleza.

Cuando se acerca la época del *hanami* se consulta a diario el calendario de floración en las diferentes prefecturas; normalmente coincidirá con el inicio de la primavera, aunque este año se ha retrasado mucho porque ha hecho bastante frío y al final nos hemos quedado con las ganas de disfrutar del espectáculo.

Japón es un país larguísimo por lo que las fechas de floración serán diferentes según dónde te encuentres, el *ha-*

nami empieza en el sur en la isla de Okinawa y va ascendiendo por sus 6.852 islas hasta llegar a Hokkaido, la isla grande del norte que es la zona más fría con diferencia del país.

Nosotros estábamos dónde teníamos que estar en las fechas previstas, pero el *hanami* no se produjo en Kanagawa durante nuestra estancia, ¿será posible?

Cuando se acerque el momento de la floración, la gente acudirá en masa a contemplarla antes de que las flores caigan empujadas por el viento, evidenciando con ello lo efímero de la vida. Destila filosofía pura.

Se preparan excursiones a los lugares con cerezos, sobre todo en parques y jardines para celebrar un picnic familiar debajo de los árboles.

En broma decía Pablo que se sabe cuándo un cerezo ha florecido porque bajo él habrá una multitud de personas contemplándolo y sacando fotos del proceso.

La época de nuestro viaje se suponía que nos iba a permitir ver el *hanami* sin problema; la excursión prevista a Kioto, que tiene uno de los más valorados, la cancelamos porque el *sakurazensen* (pronóstico de floración por prefectura) avisaba que empezaría justo hoy, 5 de abril, día en que estoy escribiendo este capítulo pero ya en Madrid, bueno y también porque el viaje costaba un pastizal y si no íbamos a poder disfrutar del gran acontecimiento floral anual mejor dejarlo para otra ocasión.

A pesar de todo conseguimos ver algunos cerezos en flor en el Jardín Nacional Shinjuku Gyoen en Tokio el día que fuimos de excursión con los consuegros; hice tantas fotos que podría haber pasado por japonés, muchos de los ce-

rezos estaban a punto de caramelo, pero no terminaban de florecer; nos impresionó la cantidad de gente que se puede concentrar debajo de un árbol sin molestarse entre ellos para disfrutar lo más cerca posible del espectáculo gratuito que les ofrece la ocasión.

En algunos locales de la ciudad los hemos visto de plástico por si, como ha ocurrido este año, el intenso frío retrasa el *hanami*; estaremos de acuerdo en que no es lo mismo, pero menos da una piedra.

Lo que digo, se vive como fiesta nacional con su liturgia protocolaria y millones de entregados admiradores entre los que me encuentro, por algo es la flor decorativa representativa de Japón.

A poco que nos acompañe la suerte esperamos que a la tercera vaya la vencida.

LIMPIEZA DE BAJOS

Aunque el tema roza un poquito la escatología no tengo más remedio que hablar de los baños públicos, no me refiero a los baños termales sino a los cuartos de baño, lo que nosotros llamamos lisa y llanamente el «váter» a pesar de tener a mano una palabra más fina, elegante y nuestra como pueda ser inodoro.

Conocía su existencia pero no reuní el valor necesario para enfrentarme a la prueba de la verdad, más por falta de conocimiento que por vergüenza; con tantos botones

temía meter la pata pulsando el equivocado y acabar provocando un incidente diplomático.

Este año me atreví en el Hamagin Space Science Center de Ófuna, un museo interactivo sobre el espacio en el que las niñas, sus padres —y los abuelos también—lo pasamos en grande experimentando y aprendiendo.

Después de comer me entró una urgencia digestiva, así que me fui directo al servicio a presentar mis respetos al señor Toto; estando allí sentado me fijé en el tablero de mandos situado a mi derecha, sus coloridos botones me miraban retadores como diciendo «aquí estamos, no te cortes y apriétanos», así que me armé de valor y ataqué, «sus y a ellos».

Primero tiré de la cadena no fuera qué... la cadena era un botón de color naranja, lo apreté y trámite resuelto. A continuación había dos botones parecidos, elegí el primero, entonces un chorrito de agua caliente impactó súbitamente en mi ojete, ya he dicho que rozaría la escatología pero no pienso decir orto, y de la sorpresa casi salto de la taza; procediendo circularmente, el chorrillo realizó una esmerada limpieza anal mientras con las teclas + y – regulaba la presión del surtidor porque la primera sensación fue peor que ponerme un supositorio a palo seco. Pulsé la tecla de Stop cuando consideré bien aseada la zona y el invento se detuvo de golpe.

Al lado de ese botón había otro que parecía hacer las funciones de bidé, pero dejé la probatura para otro día. Como me habían dicho que algunos incorporan secado por aire, prudente que soy decidí esperar a que se secase solo, pero finalmente caí en la tentación recibiendo un cá-

lido soplido de aire con puntería digna de elogio; fueron demasiadas emociones para un primerizo.

Como dato curioso, mientras regulaba el intestino pulsé un botón que tenía impreso un signo musical; como no entiendo de notas me daba igual la que sonara, al momento se reprodujo por un altavoz incorporado al invento el sonido de tirar de la cadena, pero sin emisión de agua. Sin duda se trataba de una maniobra de distracción para despistar a otros posibles usuarios que se mantuvieran a la escucha.

El simulacro sonoro trata de enmascarar, imitando el sonido que produce el agua cayendo en cascada, a otros ruidos corporales que los más tímidos no quieren que sean oídos por los que esperan pacientemente su turno de uso guardando la reglamentaria cola.

Desde ese día le cogí afición a la limpieza automática de bajos y aprovechaba cuantas ocasiones se presentaban en lugares públicos; aun sin ganas de hacer *unchi* iba comparando las prestaciones y diferencias técnicas entre unos y otros, porque la industria de estos inventos lavatorios no para de lanzar novedades al mercado cada temporada.

Por ahora mis preferidos son los que están situados en centros comerciales por su indudable liderazgo en I+D; aunque a priori pueda daros repelús el uso de tan refinado servicio higiénico, garantizo su utilidad y defiendo la necesidad de probarlos aunque solo sea una vez para poder opinar con propiedad; la limpieza es esmerada, indolora, práctica, rápida y la satisfacción final del cliente está muy conseguida.

Además se evita el riesgo de que, una vez sentado en el trono y aliviado el aparato digestivo, veas con horror que se ha acabado el papel como suele pasar en los mejores aseos públicos y a saber como se pide un rollo en japonés y a quién se lo pides, aunque lo mismo existe un botón diseñado al efecto que envía una señal al empleado encargado de traértelo.

En futuros viajes quisiera explorar las novedades higiénicas que sin duda se habrán incorporado a las actuales, porque esta gente no para de inventar cosas útiles para mejorar las ya existentes.

ASCENSORES

Como preparación básica del viaje hemos comentado la utilidad del seguro, llevar dinero, etc. pero no quisiera dejarme en el teclado un documento de enorme utilidad: el carné de ascensorista.

Si estás en buena forma física y/o no vas cargado con las maletas ni carritos de niños (o perros), el carné no te resultará útil porque subir y/o bajar escaleras a pie es una opción muy saludable.

En caso contrario, o tienes este carné o deberás aprender sobre la marcha su manejo porque, en tiempo acumulado, vas a pasarte horas y horas metido en ascensores o haciendo cola para utilizarlos.

En aeropuertos, estaciones, centros comerciales, incluso en la vía pública, para salvar los desniveles han instalado ascensores; Japón, aparte de ser el origen del sol, se ha convertido en el paraíso de los fabricantes de ascensores.

En cuanto veas uno cerca te pones a la cola y cuando sea tu turno entras —suponiendo que quepas porque en general son de poca capacidad y hay muchos usuarios esperando plaza—; calma, si no es a la primera será a la segunda o a la tercera intentona.

Suelen tener dos puertas opuestas debido al diseño del artilugio para adaptarse al entorno, se entra por una y se sale por la de enfrente, cuesta un poco acostumbrarse al principio pero la regla de oro es que si no ves cogotes es que te has colocado al revés, procura darte la vuelta (si hay espacio) antes de salir o lo harás marcha atrás.

Una vez dentro alguien pulsará el botón de subida o bajada, alguien apretará el botón verde para mantener abierta la puerta hasta que pase el último y alguien accionará el botón negro para cerrarla cuando el ascensor esté lleno o listo.

Para salir alguien apretará los mismos botones en orden inverso, son muy considerados cuando no tienen prisa pero cuando la tienen no se cortan y te achuchan; por supuesto, dentro del ascensor hay que mantener absoluto silencio para no interrumpir los insondables pensamientos de tu vecino de montacargas, de quien durante el corto trayecto pensarás que haya entrado en algún estado emocional zen desconocido para ti.

Y así cada vez, sin desmayo, haces cola, entras (si puedes), sales (o te sacan) y a por el siguiente ascensor; llega-

rá un momento en que habrás asimilado todo el proceso y creerás llegada la hora de asumir tus propias responsabilidades cívicas apretando personalmente los botones negro y verde; no te preocupes si le das a alguien con la puerta en las narices, todo nuevo conocimiento requiere de entrenamiento hasta adquirir la pericia necesaria.

Lo anterior no vale en todos los casos, los rascacielos y edificios oficiales tienen ascensoristas de plantilla a jornada completa porque el número de pisos, botones y opciones de meter la pata aumentan considerablemente; cuando entres en ellos no pretendas fardar dándotelas de experto y deja la conducción en manos de los auténticos profesionales.

Lo realmente increíble de este sistema de transporte vertical es que no hayamos visto el cartel de «No funciona» en ningún ascensor y a mí esto sí que me parece un misterio digno de investigación en Cuarto Milenio, aunque a lo mejor existen y el problema es que no sabemos leerlos.

ESCRITURA

Taller de escritura

Sin querer echar tierra encima de buenas a primeras sobre la, a mi particular entender, enrevesada psicología japonesa, lo que parece realmente difícil de asimilar en tan poco tiempo es su lenguaje escrito.

No conozco lo suficiente como para hablar de estas cosas pero voy a atreverme a comentar lo que he entendido a quienes han intentado explicármelo, con escaso éxito a juzgar por lo que voy a escribir a continuación.

Se combinan tres sistemas de escritura: los kanjis que son ideogramas para expresar conceptos y dos silabarios para construir frases, el *hiragana* y el *katakana* (con cuarenta y seis sílabas cada uno). Para terminar de complicarlo también se utiliza el *romaji* (caracteres latinos) para adaptarse al mundo exterior y poder expresar en formato occidental los sonidos originales japoneses, una solución francamente útil para la comunicación escrita con extranjeros.

El hiragana es utilizado en primer lugar por los más pequeños cuando están en fase de aprendizaje escolar, una vez dominado van pasando a los kanjis que permiten mayores y mejores posibilidades creativas; el katakana se utiliza para escribir palabras de otras lenguas, pero ambos parecen ser una simplificación de caracteres más complejos procedentes del chino y no expresan conceptos sino que su utilidad es meramente fonética.

Los niños en edad preescolar (hasta los seis años) tienen que aprenderse ochenta kanjis de memoria (por comparación la lista de los reyes godos sería para ellos coser y cantar), algunos pueden resultarnos chocantes como almeja, justicia, persona, montaña, flor, insecto, ojo, mirar, vida, escuela, lluvia, sonido, estudiar, bambú, cielo, libro, campo de arroz, espíritu, perro, firmamento, árbol, bosque, piedra, ponerse de pie, rey, madeja, vida, los números o fuego. Seguro que son útiles pero yo no me veo construyendo frases elaboradas con estos vocablos, aunque lo mismo solo es cuestión de practicar porque los niños son capaces de hacerlo.

La lista completa está en internet y te animo a consultarla aunque solo sea por curiosidad, con esos primeros kanjis y su expresividad gestual ya pueden empezar a caminar por la vida con cierta soltura y altura de miras.

En los siguientes años de colegio, hasta acabar los seis de la enseñanza primaria, tendrán que aprender y memorizar otros mil seis kanjis más hasta llegar a sexto grado; aun así les quedará por aprenderse el resto hasta los cerca de dos mil utilizados en el lenguaje corriente, extenso conocimiento ideo-gramático que les permitirá expresarse

en lengua japonesa con fluidez y precisión; solo de pensarlo me entra dolor de cabeza pero me parece fascinante.

Al conjunto de los mil seis primeros kanjis lo llaman «*gakunenbetsu kanji haitōhyō*» o «lista de kanjis por año escolar», por supuesto lo he tenido que mirar en la Wikipedia.

Sin olvidarnos de los kanjis especializados de los diversos campos profesionales como la medicina, ingeniería, ciencia, cocina, deportes, etc., lo cual representa un grado de conocimiento superior.

De vuelta en Madrid estábamos cenando con unos amigos cuando, al escuchar todo lo anterior, uno de ellos comentó «entonces, ¿cómo puede leer y entender un libro de Haruki Murakami un chico de catorce años?».

Le contesté con un razonamiento de lógica imbatible: «Fernando, para mí que a Murakami no lo entiende ni la madre que lo parió».

EL TIEMPO

Una de las obsesiones niponas es conocer el tiempo que va a hacer en cada momento y lugar; es importante para saber si tienen que coger un paraguas o no, salir más o menos abrigados y ese tipo de cosas, en fin que pudiendo evitarlo no hay por qué dejar que una lluvia torrencial te arruine el día por falta de previsión.

Aparte de saberlo con antelación y exactitud les gusta hablar de ello con sus semejantes a la menor ocasión, «mañana tendremos 13,5 grados a las dos y cuarto y sobre las seis menos diez hay un 64% de posibilidades de que llueva»; partiendo de tan preciso conocimiento meteorológico pueden planificar tranquilamente las actividades de la jornada sin temer a los imprevistos y sintiéndose plenamente a salvo. Aquí los imprevistos no están

bien vistos porque denotan dejadez personal y carencia de previsión, por lo que todo debe estar planificado.

En vez de sacar la mano por la ventana para saber si hace frío o asegurar que va a llover porque te duele el juanete, consultarás el pronóstico del tiempo en la televisión o en alguna de las muchas páginas web especializadas; tiene la ventaja de que puedes conocer el tiempo que hará mañana en la región de Osaka aunque no tengas previsto ir, pero nunca se sabe y el saber no ocupa lugar.

El pronóstico del tiempo en los programas de televisión es digno de verse, se entienden bastante bien porque los muestran con sencillos símbolos superpuestos sobre el plano de Japón, la larga duración de estos programas es consecuencia directa de la importancia que tiene conocer la climatología para el personal.

También quieren conocer el índice UV, un indicador de la intensidad de radiación ultravioleta proveniente del Sol en la superficie terrestre en una escala que comienza en cero y no está acotada superiormente. El índice UV señala la maligna capacidad de la radiación solar de producir lesiones en la piel, algo que les aterra.

Puede que este sea el quid de la cuestión, evitar la posibilidad de que una insolación les provoque lesiones o enfermedades en la piel; quizá sea la razón por la que una mayoría de personas salga de paseo protegida con sombreros, guantes y mascarillas, cremas de factor 50+, paraguas o con cualquier cosa que los resguarde de los dañinos rayos solares.

En cuanto a los sombreros la variedad de modelos es enorme, si bien a mí me ha llamado mucho la atención el

modelo militar de lona con orejeras y calado hasta las cejas, sujeto con el barboquejo no sea que se vuele y con faldilla protectora en la nuca en plan Legión Extranjera.

Me quito (aunque sea un momento) el sombrero ante tamaña preocupación colectiva por la temperatura, el clima y la solana, en eso demuestran mucho más sentido común y preparación que nosotros ante los más que posibles efectos nocivos de la naturaleza, tan esquiva e impredecible ella.

BAJO CONTROL

¿Y qué decir ante su proverbial y comprobada capacidad de planificación?, a sus recelos climatológicos añaden la permanente necesidad de mantener bajo control estricto todas las actividades que tengan previsto realizar a lo largo del día.

Como ya he comentado antes, la improvisación está mal vista, no habla bien de quién la pone en práctica; siempre hay que elaborar un plan A, B y C para tenerlo todo previsto y saber cómo reaccionar ante cualquier circunstancia exógena que pueda hacer peligrar el plan original o desviarlo del objetivo.

El control del tiempo cronológico es básico y fundamental, por lo que las actividades se planifican al minuto, un retraso de sesenta segundos en alguna de ellas podría echar por tierra toda la planificación posterior.

Nos comentaba Pablo, entre divertido y sarcástico, que preparando una excursión nunca podrás ser un auténtico japonés si antes de emprender viaje no eres capaz de dibujar un plano a mano alzada de la zona a visitar, inclu-

yendo el horario de los trenes, de las visitas, lugar de la comida, coste estimado, previsión meteorológica, plan de evacuación y otras cuestiones imprescindibles que soy incapaz de enumerar porque de hacerlo algún despistado podría confundirme con un auténtico japonés.

Sin entrar a valorar la utilidad de tenerlo todo pensado sin dejar resquicios al azar o a la improvisación, virtud española que tanto nos gusta para algo tan normal o intrascendente como pueda ser salir de excursión, tampoco veo mal su afán organizativo. Como suelo decir, no me gustan los que se quitan los mocos con las mangas, pero ni tanto ni tan calvo.

Lo que me cuesta un poco más entender es que se bloqueen de esa manera cuando los planes (A, B o C) no salen como lo tenían previsto; psicológicamente hablando ahí tiene que estar fallando algo, no tienen suficiente flexibilidad y seguro que la intolerancia al fracaso les genera frustración. Si pudiera y sirviera para algo les hablaría por encima de las bondades de la resiliencia (capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos).

Los japoneses son tan exigentes en general consigo mismos, y por ende con los demás, que la mencionada resiliencia es el eslabón más débil de su compleja, y a veces poco entendida por el foráneo, cadena de procesamiento mental.

LA PAPELERA

Durante todo el viaje he estado buscando una papelera, me daba igual su forma, tamaño o color pero ha resultado una búsqueda infructuosa, por lo que puedo deducir que es un objeto del mobiliario urbano casi inexistente en el país; pura leyenda urbana, todo lo más puedes ver alguna olvidada y vacía en un centro comercial o en los aeropuertos internacionales.

Cuando por casualidad encuentras una, estás ya tan acostumbrado a llevar contigo toda la basura que generas que no te atreves a utilizarla no sea que sirva para un tipo de reciclaje desconocido por ti, suene alguna alarma y te llamen la atención.

Al principio las echábamos de menos a todas horas, para tirar un papel, chicle, envoltorio, el tique de la compra...

pero pronto fuimos asumiendo que no las íbamos a encontrar y nos olvidamos de ellas; es mejor seguir el ejemplo de los demás y comportarte con la debida urbanidad que tampoco cuesta tanto.

A pesar de su significativa ausencia no verás un solo papel, envoltorio, ni cigarrillo por el suelo en ningún sitio (excepto en algunos tramos de vía de las estaciones en los que parece imperar la ley de la selva), la educación cívica que reciben debe ser excepcionalmente eficaz, es que ni escaneando las aceras vas a encontrar suciedad con una antigüedad superior a media hora.

De nuevo en nuestra ciudad las miro de otra manera, como con más cariño; al menos en Madrid tenemos montones —aunque a veces (salvo en períodos electorales) estén llenas durante varios días por el insuficiente mantenimiento municipal—, pero ahora me lo pienso dos veces antes de usarlas, no me cuesta nada guardarlo en una bolsa o en la mochila y esperar hasta llegar a casa para reciclarlo convenientemente.

HANKO

Un día, casi a punto de volver al terruño patrio, a la hora de la comida Pablo y Yukiko me sorprendieron regalándome el *hanko* cuya huella tintada ilustra este capítulo. Era la primera vez que oía hablar del invento y desde luego el primero que he tenido en mi vida.

Resulta que los japoneses utilizan un sistema de firma especial y diferente, que consiste en un sello de caucho personalizado y entintado en lugar de la firma o rúbrica manual que utilizamos los occidentales.

Hay diferentes categorías: el sello registrado (*jitsuin*), el bancario (*ginkōin*) y el sencillo (*mitomein*).

Sus nombres no importan demasiado porque se me van a olvidar en cuanto pase de página, lo que impacta es que

hasta para algo tan rutinario como pueda ser echar un autógrafo en un papel sean tan organizados; va a ser cierto que somos distintos.

Los *hankos* formales son los oficiales, sirven para abrir una cuenta bancaria, comprar una casa o un coche (siempre que acredites que tienes una plaza donde aparcarlo); para operaciones menos trascendentes como recoger un paquete o un certificado postal se sirven de *hankos* sencillos como el mío; los primeros se registran en la ciudad de residencia y pueden solicitarse a partir de los quince años de edad.

Los sencillos se compran en las tiendas del ramo de papelería y puedes llevar tu propio diseño, como es el caso del que yo tengo, para personalizarlo al gusto.

El color de la tinta tiene que ser bermejo y la marca que queda al estampar nuestro *hanko* es conocida como *inkan*. En mi caso la huella que deja es de color azul porque lo he utilizado en Madrid y la cajita de entintado que tengo es de ese color; es un recuerdo turístico del viaje que seguramente no podré usar en ninguna gestión española, pero siempre puedo encontrarle alguna utilidad.

Lo llevan guardado en un estuche especial o en una bolsita protectora y para ellos es tan importante como para nosotros pueda serlo el DNI; en cierta ocasión que estábamos esperando la llegada de un paquete de amazon, Yukiko me había dejado el suyo para estamparlo si acaso me lo pedía el mensajero.

Cuando vino me pidió que firmase la entrega, saqué ceremoniosamente el *hanko* de su funda y me estrené estampándolo con garbo y salero en el albarán; el mensaje-

ro ni dijo ni pío (si llega a piar tampoco habría entendido nada) pero, más tarde y con la debida confidencialidad, seguramente revisaría el *inkan* por curiosidad para saber quién era el firmante.

Me pregunto cómo firmarán en estos tiempos modernos en que los negocios utilizan tabletas y maquinitas parecidas, supongo que al primer *inkanazo* se romperá la pantalla en mil trozos; bueno, seguro que ya lo han resuelto de alguna manera prodigiosa, a ver si me entero de algo y lo cuento en la próxima edición.

Particularmente me gusta mucho el sistema del *hanko* porque, debido a la puñetera artrosis, cada vez llevo peor lo de la firma hológrafa, a veces ni siquiera puedo sujetar bien el bolígrafo y a la hora de estampar la firma me sale un churro, el caso es que suele colar porque casi nadie comprueba la autenticidad del trazo.

USAGI CHAN

Sin tener que exagerar demasiado podríamos hablar de una auténtica invasión de estos mamíferos lagomorfos, contra los que no hay mixomatosis ni cacerías menores que valgan, se reproducen como conejos.

Con ellos pasa como con sus enemigos naturales los *kitsunes*, recuerdo se trata de otro animal sagrado. Ōkunoshima, a la que llaman la isla de los conejos, tiene una historia bastante desagradable al respecto así que me la saltaré, solo me interesa hablar sobre los *usagi* y no de su titánica y denodada lucha por la supervivencia.

La leyenda del conejo de la Luna se utiliza para inculcar en los niños el espíritu de entrega y compromiso, aquí (en

España) sería complicado hacerlo porque siempre que se puede nos los comemos al ajillo o con tomate y así no hay enseñanza que cale lo suficiente.

Me centraré en los conejos que se representan por todas partes y con todo tipo de materiales, los de adorno; los de la imagen eran de trapo y daban la bienvenida a los clientes de la cafetería Lepus en Odawara; la decoración del local, la vajilla, la mantelería y la carta estaba dedicada en cuerpo y alma a los conejos, confieso que tanta representación simbólica me resultaba un poco cargante pero no he venido aquí para criticarlo.

Aunque me han entrado dudas tardías sobre si serían realmente conejos o liebres, porque, etimológicamente hablando, «lepus» quiere decir liebre y lo mismo estoy haciendo un ridículo biológico espantoso desde el punto de vista exclusivamente zoológico.

Los más creyentes están convencidos de que el conejo les traerá buena suerte y fertilidad, sobre esto último no tengo dudas ¿verdad?; ellos lo aplican al conejo en su integridad corpórea, no los cortan en trocitos pequeños como nosotros, que además nos quedamos con las patas para convertidas en amuletos o llaveros, porque el resto del animal lo preferimos cocinado con patatas.

Nuevamente va a ser cierto que somos diferentes.

DOLCE VITA

Por enésima vez hemos comprobado el entusiasmo del japonés medio por lo dulce.

Cuando la boda de los chicos, los padres de Yukiko viajaron a Madrid y quisimos tener un detalle con ellos, me acerqué a Casa Mira por sus famosos mazapanes y compré una caja de regalo; en la enorme cola que se había formado a las puertas del local en plena Carrera de San Jerónimo había muchos japoneses tapados hasta las cejas, porque aquel día de septiembre caía plomo derretido sobre Madrid.

Acostumbrados como están a las colas y bien protegidos del implacable sol madrileño, esperaban en paciente si-

lencio su turno de compra, admirando y fotografiando el bien surtido escaparate antes de entrar.

Cuando les entregamos la caja de mazapanes nos confesaron que ya habían hecho cola el día anterior para comprarlos y no una cajita simbólica como la nuestra, sino un par de cajas de las más grandes.

Paseando por centros y calles comerciales destacan especialmente los escaparates de las pastelerías, es tal el colorido e imaginación que le ponen que resulta poco menos que imposible no pararse a disfrutar con su contemplación y sacar unas fotos para la posteridad; es una pena que esto sea solamente un libro, si fuera un álbum de fotos...

En Chigasaki hay una pastelería que se llama «Ile du chocolat», de inspiración francesa quiero suponer, en la que siempre compran alguna delicatessen con la que agasajarnos a la hora de tomar el té.

Cualquier alimento que incluya una buena dosis de dulce y chocolate hará las delicias de niños y mayores, es una apuesta segura para merendar. El botánico Carlos Linneo lo llamó «teobroma», alimento de los dioses, llegando hasta el punto de ser objeto de culto para mayas y aztecas y, posteriormente, también para los japoneses en cuanto supieron de su existencia.

Hemos descubierto que Pablo ha aprendido a preparar chocolate casero a la taza, algo se le debe estar pegando de la repostería local porque le sale buenísimo y resulta imposible no repetir.

OBENTO

Para no extenderme demasiado explicándolo, el *obento* (también *bento*) es la versión japonesa de usar y tirar de nuestra clásica tartera, que me perdonen los puristas gastronómicos si tan pobre definición los espanta.

Aclarado el concepto las diferencias son muchas y notables, no solo por la presentación de la comida, que en Japón siempre alcanza altas cotas de orden y originalidad, sino por su contenido alimenticio.

Nosotros también somos prácticos, pero lo cierto es que la presentación nos importa menos; no utilizamos cajitas de madera lacada, preferimos lo rústico, las metálicas de toda la vida con dos compartimentos superpuestos que podían llevarse colgadas en la mochila y que hoy estarán prohibidas por la Organización Mundial de la Salud, o directamente utilizamos un táper resistente al microondas.

En cuanto a su contenido, mientras nosotros apostamos por tortilla de patatas, filetes de pollo empanado, pimientos fritos y tomates, ellos basan el contenido nutritivo en

algas, setas, arroz blanco, trozos de carne o pescado, verduras cocidas y que nunca falte salsa de soja.

De todas formas el obento no es simplemente una comida para llevar, eso sería simplificar un poco las cosas, sino un buen ejemplo de la afición japonesa por disfrutar de la comida con los cinco sentidos, en comunión con la madre naturaleza; si puede ser debajo de un cerezo en flor eso ya sería el no va más.

Investigando sobre el *bento* (la «o» es una letra de respeto) resulta que en su cultura la comida tiene que entrar por los ojos antes que por la boca y, además de rica y nutritiva, tiene que ser equilibrada; desde luego todos los obento que hemos probado cumplen a la perfección con estas premisas.

Si vas a salir de excursión y no te apetece perder el tiempo comiendo en el restaurante de la estación, a pesar de que las comidas se despachan en menos que se canta el *kimigayo* (himno japonés), ni estar preparando una tartera con comida casera, la mejor opción es comprar directamente una cajita de *obento*.

Las venden en muchos comercios a precios asequibles incluso para los jubilados, desde luego bastante inferior a la cuenta de un restaurante y aunque sea comida preparada no debe confundirse con la rápida porque no tienen nada que ver.

Si es necesario y lo pides en la propia tienda la pueden pasar por el microondas para que puedas comértelo calentito en dónde prefieras, ya sea dentro o fuera del establecimiento.

Esta forma de comer sin complicaciones ni protocolos me parece muy práctica, teniendo en cuenta que la comida más importante para ellos es la cena; a media mañana compras tu cajita preferida de *obento*, buscas un sitio tranquilo y en menos de quince minutos habrás zanjado el trámite alimenticio del mediodía; al acabar de comer metes todo lo que sobre en la mochila, porque no encontrarás en kilómetros a la redonda una papelera dónde tirar los restos, y podrás seguir con tu vida de turista sin más preocupaciones como si nada.

Por los cubiertos tampoco hay que preocuparse, cada *obento* viene con su dotación de palillos correspondiente, si bien con el auge del turismo internacional también ofrecen cubiertos de plástico a quién los pida.

EN EL HOTEL

Tenía ilusión por probar uno de esos hoteles llamados «cápsula» de los que tanto se habla, seguro que algo habrás oído sobre esta nueva, y posiblemente agobiante si sufres de claustrofobia, modalidad hotelera que se ofrece en el país del Trono del Crisantemo.

Me lo desaconsejaron totalmente, «es lo más parecido a los nichos de un cementerio», «hay poco espacio y es incómodo», «solo lo utilizan los borrachos que van a llegar tarde a casa y no quieren que les echen la bronca», «es para los que han perdido el tren y no pueden volver a casa», «no hay intimidad»... en fin, ante semejante aluvión de opiniones negativas, finalmente renuncié a realizar la prueba.

En vez de eso, la noche previa a nuestra vuelta la pasamos en el Apa Hotel Keisei Narita Ekimae, lo escogimos a propósito porque «*ekimae*» quiere decir «cerca de la es-

tación» y también porque el precio era asequible, diez mil yenes la noche incluyendo el desayuno y el traslado matinal gratuito en autobús al cercano aeropuerto.

El APA no es un hotel cápsula, pero nos lo recordaba vagamente; la habitación era tan estrecha, con la cama a un lado ocupando prácticamente todo el espacio disponible, que tuvimos que entrar de lado al estilo de los egipcios.

Lo único grande que había en la habitación eran la televisión panorámica y la ventana; tuvimos que poner las maletas en fila india en el exiguo pasillo de entrada para poder movernos con cierta libertad, sin necesidad de tener que saltar por encima de ellas ni torcernos un tobillo para ir al baño.

Primorosamente dobladas sobre la cama (casi una desconocida tras varias semanas de futón) había dos batas tradicionales por si queríamos bajar a los baños públicos de la segunda planta; si por Lola hubiera sido... pero yo solo quería descansar un poco y salir a la calle a comprarnos nuestras cajitas de *obento* para la cena y dar un paseo vespertino por el pueblo de Narita.

En el estrecho ascensor (sin conductor) nos cruzamos con un huésped bajito, fuerte, algo barrigón, rapado al cero, tatuajes y en bata, con pinta de ser luchador de sumo y pensé «yo no bajo con este señor a la bañera comunitaria ni harto de copas», nunca se sabe y con el lavado de bajos ya había tenido suficientes emociones.

Al llegar al hotel, el enigmático recepcionista escribió en un papel «10-13», pensé «si no es un mini sudoku será el número de habitación», pero nos estaba dando a elegir la altura de la planta; levanté hacia arriba el dedo índice pa-

ra preguntarlo y él interpretó por mi gesto que queríamos el piso superior, así que nos mandó a la décimo tercera planta tras estampar con alivio su *inkan* profesional sobre la factura.

La vista nocturna desde lo alto del edificio era estupenda, el pueblo, sus gentes, lucecitas, trenes, coches, etc., una planta más y seguro que se vería la bahía de Cádiz; no obstante, no pude disfrutarla del todo por mi reconocido sentido del vértigo, en cuanto me asomaba a la ventana no podía dejar de pensar «madre mía, como esta noche haya un terremoto…».

Al día siguiente, tras un prescindible desayuno, tomamos el autobús del hotel que en veinte minutos nos dejaba en la terminal 2 del aeropuerto internacional de Narita.

Al llegar a los mostradores de Iberia tuvimos sensaciones encontradas, por una parte alegría por el éxito del viaje y por otra tristeza por la partida sin saber cuándo volveríamos a verlos.

TERCER VIAJE

Marzo de 2019

POR EL CAMINO...

En el futuro, suponiendo que cuando llegue ese momento todavía estemos aquí para verlo, nuestro tercer viaje al Lejano Oriente podremos asociarlo con el inicio de la era Reiwa (Bella Armonía) ya que a primeros de mayo el emperador actual Akihito (la suya ha sido la era Heisei, Mantenimiento de la Paz) abdicará en su hijo Naruhito, convirtiéndose este a su vez en el 126º emperador de Japón y de paso estrenará su propia era en la monarquía más antigua del mundo.

No parece que esta antiquísima dinastía se complique demasiado con los nombres, añaden la palabra «*hito*» (que significa persona) a lo que sea y al unirlas les aparece un emperador; en esto mi familia demostró desde antaño una afición temprana e inexplicable hacia lo oriental

que no termino de entender siendo andaluces de pura cepa, pues de pequeño me llamaban Santiaguito que no deja de ser la verbalización sevillana de mi nombre de pila adaptado al imperial gusto japonés.

Al acabar nuestro viaje a Kioto y Nara fuimos a la estación para coger el tren bala de vuelta a casa; tanto en los aledaños de la estación como en su interior, un enorme gentío agitaba frenéticamente banderitas japonesas formando una tremenda muralla humana que impedía ver la causa de semejante alboroto, digo alboroto por decir algo que se entienda porque, a pesar de la colosal concentración humana, en el vestíbulo ferroviario no se oía ni el aleteo de una mosca, el silencio solo era roto por los clics de miles de móviles inmortalizando compulsivamente lo que fuera que hubiera al otro lado de la muralla.

Naturalmente tuvimos curiosidad por saber a qué podría deberse semejante concentración de personas y, ante la imposibilidad física de preguntar a alguien debido a que todos estaban de espaldas a nosotros para no perderse detalle, dedujimos que se trataría de un cantante famoso, el campeón mundial de sumo o incluso Andrés Iniesta; por nosotros no era desde luego porque como digo miraban para el otro lado, pasando de todo lo que no estuviera enfrente de ellos.

Al final quiso la casualidad que en ese preciso momento llegase a la estación el emperador saliente para participar en una de las nueve ceremonias previstas en el protocolo de sucesión que se celebraba en esta antigua capital japonesa, porque lo fue durante mil setenta y cuatro años hasta que en la era Meiji se trasladó la capitalidad a Tokio; con la boca abierta y sin ver al emperador ni a su cortejo,

pudimos comprobar in situ el respeto, cariño y devoción que la gente de a pie (no había nadie sentado) profesa por su soberano, nada que ver con lo nuestro por supuesto, dicho sea con algo de envidia y sin querer establecer odiosas comparaciones monárquicas para no dejarme arrastrar por el desánimo que me genera el creciente desapego patrio de la ciudadanía tal como yo lo entiendo.

Personalmente recordaremos este viaje porque hemos seguido aprendiendo y profundizando en la sutil complejidad del alma japonesa, que es otro decir porque el espíritu nipón es un profundo océano, inmenso y revuelto de sentimientos cuya comprensión queda fuera del alcance de un pueblerino como yo, y asombrándonos con sus ritos, usos y costumbres; creo que aunque volvamos mil veces siempre encontraremos alguna novedad que nos sorprenderá.

En este complicado entorno social, nuestras preciosas nietas siguen creciendo y progresando como personas; se manejan bien en ambos idiomas —mucho mejor en japonés lógicamente— por lo que podemos comunicarnos fácilmente con ellas en todo momento sin precisar de ayuda externa y sin necesidad de rompernos la cabeza en el proceso de consolidar otro poco más nuestros lazos familiares, que es de lo que se trata y a lo que venimos. No hay que dejarlo todo en manos de lo racional, afortunadamente no necesitamos traducir nuestro amor por ellas ni el suyo por nosotros.

Como ejemplo de comunicación no escrita confesaré que una tarde, ya casi a punto de volvernos a Madrid, le pregunté a Kaori si le gustaban más los perros o los gatos y con su respuesta ella terminó de conquistarme para siem-

pre al decir «me gusta mi abuelo Santi», ¿acaso cabe orgullo mayor en el corazón de un abuelo?

A mayor abundamiento, de vuelta a España he descubierto medio escondido entre las páginas de un cuaderno de autodefinidos un dibujo que me regaló Misato, al darle la vuelta he descubierto un mensaje secreto escrito a lápiz que pone «Te quiero, abuelo» con letras desiguales pero grandes, casi lloro de la emoción.

A la hora de la despedida Misato no quería que nos fuésemos y le dijo a su padre con carita de pena que quería irse con nosotros a América; en fin, el concepto geográfico puede que lo tenga que aprender mejor ahora que ha empezado la Primaria, pero es que en esta familia globalizada es bastante difícil geolocalizar a sus miembros; por ahora no es preocupante, es algo que irán aprendiendo con el tiempo y una caña.

Bien, una vez puestos en situación, pasemos a seguir revelando nuevos secretos ancestrales del país del sol naciente, y lo del sol naciente no es otro decir porque durante nuestra estancia el astro rey nacía diaria y puntualmente en torno a las cinco de la madrugada (el muy cabrito), pero media hora antes el crepúsculo luminoso que lo precede, anunciando su inmediata llegada, iluminaba el amanecer (y nuestra habitación) con una explosión cegadora de luz natural a la que no estamos acostumbrados por nuestros lares.

Ni corriendo las cortinas podíamos dejarla fuera de la habitación, y así no hay quien pegue ojo.

BOLSOS Y BOLSAS

Aunque debido a nuestra mentalidad, por lo menos a la mía que en ocasiones puede parecer arcaica, lo veamos extraño, en Japón es moneda corriente que los hombres lleven bolsos de señora; me dice Lola que no, que son bolsos de hombre pero para un ser como yo que no entiende las diferencias sutiles, un bolso es un bolso.

De toda la vida los hombres hemos llevado bolsa (de deportes, de la compra, de la basura, de pipas...) y las mujeres indistintamente bolsas y bolsos; son ganas de mezclar

conceptos tradicionales que, en lugar de ayudar, confunden todavía más si cabe la encarnizada lucha de géneros (que no la lucha intergeneracional que eso debe ser otra cosa) que estamos viviendo en la actualidad.

Los ves (a los hombres) por todas partes caminando deprisa, inclinados hacia delante como si llegasen tarde a una cita, vistiendo un estrecho y normalmente oscuro traje de chaqueta que parece imposible que dentro quepa alguien con un IMC superior a 20, una corbata generalmente oscura, zapatos negros de cordones y al hombro un enorme bolso de señora, de Hermes, de Yves Saint Laurent o de Nisupu, pero siempre grande y con muñequitos y figuritas de colores colgando de asas y cremalleras, bien visibles como para darle un toque naif al conjunto; no he tenido ocasión de fisgar dentro de ningún bolso masculino (ni femenino) porque lo mismo está mal visto y si me pillan cotilleando es posible que me lleve una toba o mucho peor que me arreen una precisa patada voladora en plan kung-fu, pero la curiosidad por conocer su contenido no me la quita nadie, ¿qué llevarán dentro?

Se me ocurre que, básicamente, no puede faltar una cajita de *obento* para el almuerzo, unos pañuelos de suave tisú, un lote generoso y variado de mascarillas quirúrgicas, quizás un casco por si se produce un terremoto de camino al trabajo, una potente linterna por la misma razón, no pueden faltar el gorro ni los guantes para que el medio ambiente no los pille desprevenidos, puede que una botellita de agua mineral, un ordenador cuántico o una tablet, unas zapatillas de andar por casa para cuando se tengan que descalzar, las llaves de la bicicleta, de la casa... en fin, otro misterio sin resolver.

Lo que no suelen llevar dentro es el móvil porque ese lo llevan siempre en la mano y se va consultando y trasteando continuamente no sea qué cambie de repente el pronóstico del tiempo y los pille sin paraguas, ¡anda, lo mismo también llevan un paraguas!

Como vivo inmerso en un proceso permanente de modernización y adaptación a la nueva realidad social debido a que por mi avanzada edad (en julio entraré en la tercera si Dios no lo remedia), tiendo a clasificar a la ligera ciertos comportamientos ajenos sin la necesaria reflexión previa, lo cual me lleva a ser considerado por el sector más evolucionado de la sociedad como el último ejemplar vivo de tiranosaurio Rex sobre la Tierra, enseguida he aprendido a darle un sentido práctico a esto de los bolsos masculinos y ya no lo veo tan raro como antes.

De hecho, me parece práctico y útil para la vida diaria, incluyendo la mía de jubilado sin demasiadas obligaciones (excepto las fiscales, esas no prescriben nunca); tanto que en cuanto vuelva a casa pienso pedirle prestado uno grande a Lola que tiene una buena colección —aunque ella lo negará diciendo que no tiene tantos como le gustaría— y pienso irme con ella (y el bolso) al cine, por poner un ejemplo cualquiera de ocio urbano, aunque quien dice al cine puede decir al supermercado, al médico o simplemente a pasear por el parque, con el bolso colgando del hombro o cruzado en bandolera para provocar a los cavernícolas, a ver qué pasa y comprobar si el supuestamente evolucionado entorno civilizado que me rodea está preparado para aceptar las costumbres modernas.

Algo me dice que tendré problemas.

LA FREGONA

No me refiero a las personas de sexo femenino que se dediquen profesionalmente, o por causas que no vienen ahora a cuento, a fregar suelos; digo que si fueran personas de sexo masculino serían fregones pero no lo tengo claro ni quiero meterme en nuevos líos, además yo voy a disertar sobre un práctico artículo de limpieza casera de nuestra cultura y no sobre alguien en particular.

Anda que ya nos vale, para un invento genuinamente español que podemos exportar orgullosamente al resto del mundo como pueda ser el caso de nuestra famosa fregona, resulta que en Japón no la conocen o no hemos visto ninguna por estar guardada en algún lugar recóndito de la casa para que no la veamos las visitas.

Claro, como ellos tienen esa facilidad innata para agacharse y contorsionarse a las primeras de cambio, sin que se les salten las junturas ni se les salgan los ojos de las órbitas (puede que para evitarlo los lleven siempre apretados y parezcan puñaladas), no necesitan añadirle un palo largo a un trapo húmedo para limpiar el suelo.

Por necesidades de guion pasábamos bastantes horas en casa sin saber muy bien qué hacer, de modo que aprovechábamos los tiempos muertos para echar una mano en las tediosas tareas domésticas que vienen a ser las mismas que en cualquier otra parte y ya que estás allí pues colaboras en la medida de tus posibilidades porque no se trata de incrementar a la ligera el trabajo de la familia que nos acoge; pero claro, no es tan sencillo, no es solo que no encontrásemos la fregona por ninguna parte, sino que el cepillo de barrer tiene un palo tan corto que siendo generoso me llegará a la altura de las rodillas como mucho, la tabla de planchar se coloca casi a ras de suelo y con los futones pasa lo mismo (sin casi), todo lo cual hace que funciones tan básicas y asimiladas en nuestro día a día occidental como fregar, barrer, planchar o hacer las camas se conviertan en un ejercicio gimnástico bajo techo solo al alcance de personas muy preparadas y en buena forma física —como Gervasio Deferr, Manuel Carballo o el mismísimo Joaquín Blume en sus momentos de máximo esplendor deportivo— que lleven años practicando gimnasia de alto nivel o alumnos que dominen una amplia variedad de asanas de yoga.

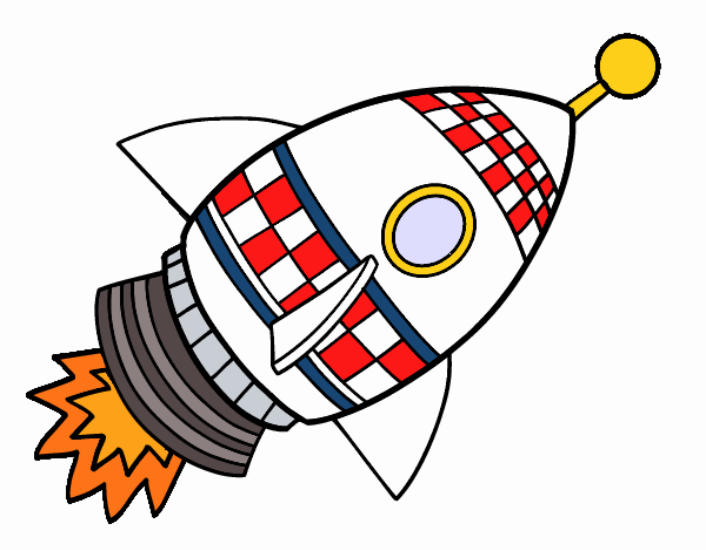
Bueno, si fueras japonés seguro que te convalidarían la asignatura sin necesidad de acudir a una olimpiada, solo ellos se permiten adoptar inverosímiles posturas de tra-

bajo sin esfuerzo aparente y como si nada para abordar los quehaceres domésticos diarios, cuando al resto de la humanidad nos cuesta un esfuerzo supremo solo pensarlo y podemos sufrir un esguince cervical o crujir de huesos en cualquier momento durante la tarea.

De modo que si tienes que fregar la cocina, primero la barrerás casi en cuclillas procurando estirar mucho los brazos y a continuación —si fuera preciso— pasarás puesto de rodillas una toallita de limpieza o un paño humedecido por la superficie barrida hasta dejarla como los chorros del oro.

Puede que debido a las obligadas y retorcidas contorsiones que implica recoger a diario la casa debido a la carencia de herramientas apropiadas (de palo largo), se construyan las casas tan pequeñas, así acaban antes las tareas de limpieza y les dolerá menos la espalda, sería una posible explicación.

PARQUE DE LA BELLOTA



Los parques a los que solemos ir con las nietas cuando terminamos las labores domésticas suelen tener nombres más o menos razonables, por ejemplo el parque de los cohetes que realmente no se llama así ni tiene cohetes, es como lo llaman para no tener que decir Tsujido Seaside Park o Tsujidonishikaigan en lengua local; les preguntas donde quieren ir y ellas te responden que al parque de los cohetes porque si nos respondieran que a Tsujidonishikaigan lo mismo no sabríamos reaccionar.

Este año no hemos preguntado tanto como los anteriores, ya vamos conociendo los parques y podemos elegir a cual ir en función del tiempo disponible, medio de trans-

porte y de quién más venga con nosotros; el más cercano se llama Donguri Park que traducido parece ser parque de las bellotas, no me preguntes por qué porque no he visto por allí robles, encinas, alcornoques ni quejigos; sin embargo algo debo estar haciendo mal porque lo he consultado en internet y cuando escribo Donguri Park aparece el parque de los cohetes, lo mismo no atendí bien a Yukiko cuando nos lo explicó o no entiendo de botánica espacial.

El parque, se llame como se llame, tiene una pequeña edificación regentada por voluntarias que resulta ser el local social de la asociación de vecinos del barrio de Honjukucho, lo importante no es quien lo lleve sino que tiene una coqueta cafetería llamada Pono en la que un buen café te cuesta solamente cien yenes que es un precio estupendo, como de otra época.

Eso sí, pedir un café sigue siendo complicado, Lola lo toma con leche y ya conté que esto ocasiona cierto colapso mental a los camareros; al final hemos aprendido a pedir el café con «*cream*» dicho en inglés y se acabaron los problemas; en mi caso he optado por aprovechar el viaje para quitarme de la leche porque me sienta mal, así que pedir mi café está exento de complejidad.

Mientras degustábamos nuestros cafés (los sirven con galleta de cortesía) las nietas se pedían un «*ice cream*» de chocolate que es su helado favorito antes ponerse a jugar y a ellas las entienden a la primera.

El local alberga instalaciones para actividades diversas como cocina, baile, kárate, música, lectura... y en el exterior hay todo tipo de juegos infantiles en buen estado de

conservación y limpieza, como columpios, toboganes, cuerdas de trepa y equilibrio, etc. y una extensa explanada de hierba y tierra dónde lo mismo juegan al fútbol que al béisbol o tenis.

A las niñas les encanta que juguemos a correr tras ellas sin descanso por la explanada haciendo de lobos y que las persigamos sin descanso por el recinto; hay que ver como corren las condenadas para que no las pillemos. Igual este juego forma parte de un entrenamiento oculto de los niños para aprender a defenderse de ciertos personajes reales.

El local vecinal se llama Yu-Zu Room.

COUNTRY MUSIC

El sábado (*doyobi*) estuvimos en el parque de las bellotas, o como se llame, porque se celebraba una fiesta popular en la Yu-Zu Room; habían montado tiendas en el exterior en plan mercadillo callejero y organizado actividades lúdicas para entretener al personal.

Vimos demostraciones y ejercicios ejecutados por los vecinos, una de kárate, otra de animadoras o *cheerleaders* y cuando menos lo esperábamos aparecieron las Ladybirds, un grupo de desinhibidas señoras de mi quinta que bailan *country music*; todavía se me estaban resquebrajando los esquemas mentales viendo a las señoras vestidas de vaqueras en vez de con kimono, cuando se me acerca una y

me propone que salga a bailar con ellas, algo que un japonés no haría en público en su vida pero a mí me pareció que debía participar para no dejar en mal lugar a los extranjeros en general y a los españoles en particular, por lo que me puse el sombrero tejano que me ofreció y salí a la pista de baile a darlo todo.

Mientras la que parecía la jefa del cotarro nos instruía sobre los distintos pasos que debíamos dar, se me plantó delante una señora muy mayor del distinguido público y estuvo dos o tres minutos plantada delante de mí grabándome con su móvil sin molestarse en disimular; yo la miraba y no daba crédito, pero decidí hacerme el sueco y seguir como si nada para no aguar la fiesta hasta que llegó una chica que parecía su nieta y se la llevó de allí, haciéndome muchas reverencias a modo de disculpa.

Siendo un patoso hice lo que pude sobre la pista porque las instrucciones verbales de los pasos de baile se daban en japonés, así que me dediqué a memorizar lo mejor posible la rutina, fijándome en lo que hacían los demás, y a reproducirla después con este talento para el baile que la madre naturaleza se ha empeñado en negarme desde mi más tierna infancia.

A mi lado se puso un señor de pelo blanco y pinta de jubilado, era el único nipón de la fiesta que se animó a salir a bailar y al acabar la sesión acabamos dándonos la mano repetidas veces y haciéndonos fotos para el recuerdo; como hablaba inglés intercambiamos e.mail para pasarnos las fotos, se llama Hide y puede decirse que es el primer amigo espontáneo que me he echado en Japón sin necesidad de que nos presente nadie antes.

Para hacer la foto elegimos el jardín anexo donde brillaba por su porte majestuoso un espléndido cerezo florido y bajo su protección vegetal inmortalizamos el momento; hacer lo que sea debajo de un cerezo en flor es algo muy de aquí y no podía ni quería negarme por el bien de las relaciones hispano-japonesas que son bastante buenas gracias a gente como yo que somos capaces de integrarnos aunque tengamos que bailar música *country* rodeados de viejas glorias.

Por supuesto al terminar le pedí hacernos juntos una foto para la posteridad a la Lady Bird que me había metido en el lío, a lo cual accedió gustosa puede que en agradecimiento a mi desinteresada y bochornosa colaboración; con ella no hubo necesidad de intercambiar el e.mail ni posar de nuevo debajo del cerezo en flor, quizá hubiera resultado demasiado atrevido para su costumbre, eso sí, en la conversación resultante descubrimos que estábamos empatados a nietos aunque en septiembre le sacaré uno de ventaja.

Aprovechando el tirón acabamos haciéndonos fotos con todas las Lady Birds del grupo, lo mismo ahora somos carne de Facebook en el mundo de las redes sociales y no lo sabemos; por si acaso yo sonreía a la cámara todo el tiempo, aunque se me achinan bastante los ojos al hacerlo y podría pasar por nativo.

Lo que no me pase a mí no le pasa a nadie.

RESTAURANTES, FORMAS Y MODOS

Entrar a conocer nuevos restaurantes no deja de tener su miga por las dificultades que uno puede encontrarse en ellos —al margen del idioma— incluso antes de sentarse, que sería como empezar mal una comida aunque luego se arregle.

Estando en Kioto encontramos un restaurante especializado en *ramen*, una sopa de fideos enriquecida con carne, salsa de soja, miso y cerdo por poner algunos de sus ingredientes reconocibles principales.

En la puerta había una máquina en la que tienes que elegir el plato de *ramen* que prefieras y pagar el importe exacto en yenes y por adelantado; al acabar de pedir im-

primirá un tique con tu elección y a esperar turno. La pobre Yukiko tuvo que elegir por todos porque para nosotros era una prueba insuperable, la cola que se fue montando era para verla.

Al entrar nos sentaron separados unos de otros en taburetes de madera frente a una especie de cabinas o locutorios individuales de madera, muy parecidos a los confesionarios pero sin necesidad de arrodillarse; te ves solo ante el peligro, una cortinilla de tela te separa del camarero a quien, cuando la descorre, solo puedes verle parcialmente las piernas y escuchar su voz gritona, ininteligible para el normal de los humanos salvo que tenga superpoderes; como digo, no entiendes nada y por señas le indicas que pregunte en la ventanilla de Yukiko que está rellenando un complicado impreso con los ingredientes especiales de cada comanda, un lío para ella y una cata ciega para los demás porque al final nos comeremos lo que nos pongan delante sin rechistar.

A un lado hay un grifo para servirte agua y unos vasos de loza para que te sirvas cuantas veces quieras; a mi izquierda un ciudadano chino (resultó que el restaurante era para chinos pero nosotros qué íbamos a saber) poco ducho en el asunto, pulsaba repetidas veces el grifo sin poner debajo un vaso y la estaba liando parda hasta que la jefa de sala le dio un cursillo rápido a gritos cuando lo que se merecía era una buena colleja.

También en Kioto nos pusimos ante otra máquina, esta vez era un sitio especializado en carne, para no variar dejamos elegir a Yukiko la carne que quisiera y nosotros nos encargamos de pedir la cerveza, nos gusta la Asha porque si no te sales del guion no pasa nada.

En la mesa hay incorporada una plancha eléctrica a todo lo largo, con cuidado para no quemarte las manos cada cual se cocina la carne al gusto, mucho más fácil y práctico que tener que decírselo al camarero por señas. Al poco de empezar la temperatura ambiente sube gracias al calor que desprende el invento, pero hay que aguantarse y sudar si quieres comer.

Antes de acabar el viaje nos invitaron a cenar en un *yakiniku*, en vez de explicarlo tiraré de Wikipedia que lo sabe todo «*Yakiniku* es un término japonés que, en su sentido amplio, alude a los platos de carne a la parrilla. Actualmente suele referirse a un estilo japonés de cocinar carne y verdura en trozos pequeños a la parrilla o la plancha sobre ascuas de madera carbonizada por destilación seca, o bien en un grill de gas o eléctrico».

Al entrar hay que pedir turno en una máquina, nada de pedir la vez en alto porque no lo entienden, y obtienes un tique con tu número de turno; cuando te sientas ves que en la mesa hay una parrilla de gas y una tablet.

Una vez que te sientas dispones de 69 minutos, ni uno más ni uno menos, para ir pidiendo todo lo que quieras comer de la carta porque se trata de un bufé libre de precio cerrado; obviamente le dimos la tablet a Yukiko y ella se encargaba de pedirlo todo, no dábamos abasto a comer pero nos esforzamos; según se consume el tiempo aceleras con los pedidos, yo acabé a punto de reventar pero tuve tiempo de pedir tres postres porque soy muy goloso, de perdidos al río.

No estoy seguro pero no puedes pedir algo que no vayas a comerte, tiene un coste adicional que me parece normal

porque si no la gente pediría de más para llevarse a casa el *obento* de toda la semana.

Otra modalidad, aunque dicen que también se hace en Madrid, es el patio común del centro comercial. Pillas una mesa libre al ataque, dejas allí tus cosas sin miedo a que desaparezcan (en Madrid será más difícil) y recorres los distintos restaurantes disponibles para elegir la comida que quieras siempre que la identifiques, hay variedad para todos los gustos, japonesa, china, coreana, italiana, americana... pagas la cuenta y el empleado te da un mando numerado que te llevas a la mesa.

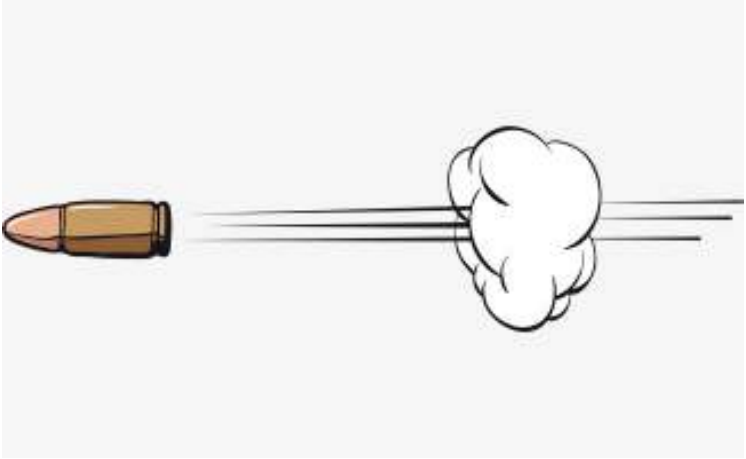
Cuando tu comida esté lista el mando emitirá un sonido intermitente parecido a los programas deportivos de radio anunciando una tarde de domingo que hay gol en Las Gaunas y vas al restaurante elegido para recoger el pedido, te lo llevas a la mesa y a zampar.

Con tanta maquinita para poder comer no me extraña que los japoneses aprendan el manejo de los ordenadores desde pequeñitos, siempre se ha dicho que el hambre agudiza el ingenio.

Claro que si no te quieres complicar y no eres demasiado exquisito siempre puedes ir a un McDonald, hay tantos como paraguas, que por cuatro perras te resuelven el problema del hambre, pero no tanto el de elegir menú porque los carteles se las traen, todo en japonés y al final siempre me equivoco de hamburguesa, cuando la elijo de pollo resulta ser de ternera y viceversa.

En ocasiones, por tener prisa, hemos entrado en alguno, sobre todo por las niñas porque les gusta ese tipo de comida como a todos los niños.

SHINKANSEN



Por fin hemos viajado en tren bala, hasta ahora habíamos probado todo tipo de transportes ferroviarios porque Japón es el paraíso del ferrocarril, pero nos faltaba este; si no tuvieran tan buen servicio sería un caos absoluto.

Por resaltar algo destacaría su precisión y exactitud, ni los más sofisticados relojes atómicos (decir suizos probablemente ya no exprese con exactitud el concepto y menos desde que se ha puesto en marcha la nueva definición del segundo) podrían competir con el sistema japonés, todo un prodigio de organización digno de elogio.

En cuanto al famoso tren balístico hay varios modelos en danza, el nuestro era de la serie N700A, por fuera estilizado y moderno y por dentro un tanto anticuado y estrecho; dónde el AVE tiene cuatro asientos por fila ellos han

conseguido meter cinco, lo cual implica estrechez e incomodidad para el pasajero, se ve que los ingenieros nipones lo diseñaron pensando en el tamaño estándar japonés, sin tener en cuenta que los «*gaijines*», o sea a los que no somos de allí, los extranjeros, los de fuera, solemos ser de mayor tamaño y nos resulta difícil encajar el pompis en el angosto asiento de un tren bala.

Nada más empezar a rodar el tren apareció una camarera uniformada empujando un carrito con bebidas y alimentos, antes de entrar hizo una reverencia ceremonial como está mandado, una especie de brindis al sol pero bajo techo y mirando al tendido a lo Michael Laudrup, antes de musitar algo por lo bajini que por supuesto no entendímos; al pasar por mi lado le pedí un café con leche, fue un impulso, un despiste por mi parte porque no recordé que estaba dejando la cosa láctea y además lo que te dan es crema de leche que encima sabe peor; el mejunje marrón resultante no me gustó demasiado y por si fuera poco me sentó como un tiro, muy en línea con el tren bala; tendría que haberlo desechado sin tocarlo pero me lo bebí sin pensarlo de dos tragos mientras con gestos hacía ascos a un brebaje pardusco y calentón que me soltó la tripa durante dos interminables días, uno por cada trago, no quiero culpar a la Japan Rail pero desde entonces solo puedo beber té, cerveza o agua.

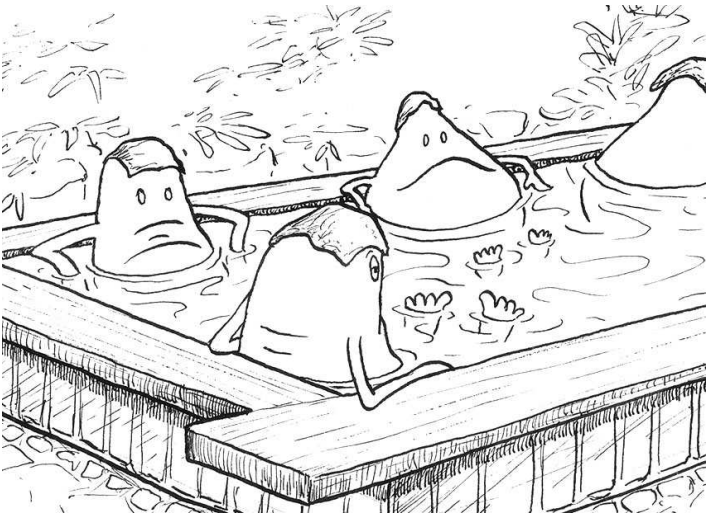
El tren bala (para nosotros) y *shinkansen* (para los autóctonos) hace honor a su nombre porque circula a toda velocidad, como si saliera disparado de la recámara de un arma de fuego; en los paneles informativos no indican a cuanta velocidad circula pero te lo imaginas porque casi no da tiempo para admirar el paisaje, como decía aquel

famoso chiste este tren no lleva cuentakilómetros, lleva cuenta pueblos; lo que si indican son las estaciones intermedias de paso, el tiempo exacto que parará en cada una de ellas y aparte de en kanji lo ponen también en inglés, una atención lingüística que se agradece hacia nosotros los que no dominamos el idioma.

Gracias a semejante precisión horaria, Lola se atrevió a bajarse del tren proyectil al parar en la estación de Shifuji para hacerle unas fotos al cercano monte Fuji que desde la estación lo teníamos al alcance de la mano (en concreto a veintidós kilómetros en línea recta); a mí se me pusieron los pelos de punta pensando que si se quedaba en tierra menudo lío íbamos a tener para encontrarla entre tanta gente, porque además se bajó sin el bolso, solo con el móvil para hacer la foto; «el aviso decía que pararía cinco minutos y eso aquí va a misa» se justificaba al volverse a sentar a mi lado y ver mi cara de espanto.

El código interno de nuestro viaje era el «666» (menuda casualidad, cruzo los dedos) lo cual añadió cierto morbo demoníaco al trayecto, si hubiésemos sido japoneses, con lo supersticiosos que son, seguro que lo dejamos pasar y esperamos al siguiente disparo.

COSAS POR HACER



A las que me faltaban por probar de viajes anteriores (como por ejemplo dormir en un hotel cápsula) tengo que añadir ahora otras dos cosas más que no me he atrevido a cumplir: cortarme el pelo en una peluquería y bañarme en un baño público; no negaré que he tenido ocasión de hacer las dos unas cuantas veces pero no he sido capaz de dar el paso.

En cuanto a lo de cortarme el pelo —sabiendo además que ante cualquier trasquilón que me hiciera el peluquero solo tendría que esperar un par de semanas para volver a lucir tupé porque mi cabellera sigue creciendo con normalidad aunque ahora lo haga canosa—, lo cierto es que

lo estuve pensando muchos días antes de echarme para atrás, incluso analicé las distintas opciones disponibles.

Descartando las peluquerías modernas (supuestamente caras) o de diseño (directamente caras), opté por analizar las de precio único: a mil yenes el corte; a diario pasaba por delante de alguna, hay casi tantas como templos, 7-Eleven o paraguas, pero no me decidía a entrar a pesar de necesitarlo con relativa urgencia porque vine de Madrid sin haberme dado un último repasito.

Leí que hay una máquina a la entrada de cada local, a cambio de mil yenes ella te entrega un tique con el número de orden, porque por supuesto en este negocio también hay que hacer cola, tan solo evitas tener que preguntar «¿Quién da la vez?» que, por otro lado, no sé cómo se dirá en japonés.

Salvado el primer escollo tendría que enfrentarme a cabeza descubierta al peluquero, a ver como le digo que no lo lave, si lo hace que utilice champú anticaspa H&S Clásico, que quiero el pelo corto pero no mucho, que no me haga la raya a izquierda, derecha ni centro, que lo corte a tijera, ojo con las patillas no las subas demasiado porque ando escaso, por detrás que me lo corte en disminución y que la zona del cuello y la nuca la deje natural, no cortada con regla ni al hacha; eso sin contar la obligada conversación, porque a ver de qué íbamos a hablar el peluquero y yo durante el corte de pelo si más allá de saber que hay un equipo llamado Yokohama Marinos y quien es Iniesta no conozco nada del fútbol local, menudo aburrimiento.

Total que, a pesar de lo molesto que me resulta llevar el pelo largo, pasaba una y otra vez por delante sin atrever-

me a dar el paso definitivo, de forma que lo he dejado aplazado para el próximo viaje, hasta entonces intentaré aprender el lenguaje coloquial en la peluquería y las precisiones de carácter estético que sean necesarias o aprenderé a cortármelo por mi cuenta en casa.

En cuanto a lo del baño público me estuve informando a base de bien, a mí no me importa demasiado que haya que bañarse en pelotas, supongo que entre un japonés medio y un servidor no debe haber diferencias anatómicas importantes y que yo no llevo bolso.

Hay de dos tipos, en el *onsen* el agua mana caliente de forma natural, supongo que de algún manantial, mientras que en el *sento* el agua se calienta por medios artificiales; la verdad tanto me da uno como otro, no sería capaz de apreciar las bondades de cada uno cuando se trata de darte un baño calentito relajante.

Claro que no me explico cómo puedes darte un baño relajante rodeado de tipos en cueros a los que no entiendes, a los que es probable les moleste la presencia de un *gaijin* y que se ponen una toalla de bidé encima de la cabeza en vez de taparse con ella sus partes pudendas, para la cabeza seguro que venderán gorros.

En los baños públicos no se permite entrar a quien lleve tatuajes, da igual el tamaño o el motivo de estos, si tienes aunque solo sea uno no te dejarán entrar; parece ser que en Japón las personas con tatuajes se identifican con miembros de las bandas *yakuza* (la mafia local) y están mal vistos por el resto de la población, quien evita la ocasión evita el peligro.

En los hoteles suele haber baños para los huéspedes, en la habitación hay bata, toalla, zapatillas y hasta un bolso grande a modo de neceser para que puedas llevar contigo todos los botes y cremas que quieras; el primer día que pernoctamos en un hotel coincidimos en el ascensor con un señor bajito dispuesto para el baño, como a mí me pareció un luchador de sumo cabreado se me quitaron las ganas de bajar.

Posteriormente he estado a punto de atreverme a bajar al *sento* un par de veces, pero siempre me acuerdo del tipo del ascensor y se me pasan las ganas, habiendo bañera en la habitación son ganas de buscarme líos.

Pero estoy dispuesto a cortarme el pelo y bañarme en un *onsen* —ya que me pongo, que sea en agua de manantial— la próxima vez que vengamos, sobre todo para poder contar con pelos y señales la experiencia en una nueva edición de este libro, más que por disfrutar de la experiencia.

Lo que no tengo claro todavía es lo de dormir en una cápsula aunque no me importaría probarlo alguna vez, un tipo como yo que pasó nueve años internado en orfanatos y que hizo la mili en la fiel infantería, no debería tenerle miedo a nada, ni siquiera a dormir en un tubo de plástico con tele y aire acondicionado.

TARJETA SIM

El frenético modo de vida actual nos exige estar permanentemente conectado al mundo que nos rodea mediante móvil; en Japón también se requiere, incluso con mayor necesidad, para no quedarte solo ante el peligro.

Este año llegué con la firme convicción de utilizar una tarjeta SIM de datos porque en Japón los *gaijines* no pueden tener un teléfono con numeración local; si quieres hablar por teléfono o chatear tienes que utilizar el que

hayas traído y, salvo que te quieras arruinar con tu proveedor de origen, necesitarás este tipo de tarjetas para moverte con soltura por el país, sobre todo si vas a hacer algo de turismo por tu cuenta y riesgo.

Tienes que conocer bien todos los medios de transporte para poder planificar los traslados, la previsión del tiempo local a dos semanas vista, las fechas probables del *hanami*, saber orientarte con Maps, usar traductores online, conocer el horario de apertura y cierre de los lugares públicos... sin olvidar las llamadas de voz o estar pendiente de las redes sociales, porque el hecho de viajar no implica abandonar tus usos y costumbres.

Por hache o por be no encontramos un momento para comprar las tarjetas y así estar intercomunicados, porque no siempre vamos juntos y de la mano a todas partes; puedes utilizar el teléfono sin necesidad de datos pero las tarifas de itinerancia son prohibitivas tanto para hablar por teléfono como para conectarte a internet.

Nosotros tuvimos algún problema, antes de viajar pedí a nuestra operadora que anulase la itinerancia de voz y datos, no quería sorpresas en la factura pero algo hicieron mal y en cuanto encendí el móvil tras el aterrizaje ya recibí un primer mensaje de uso, al volver a España tuve que reclamar y me van a devolver (ya lo han hecho en la factura de abril) 106 euros por haber atendido tres llamadas y usado cinco megas de datos, un auténtico atraco a mano armada, se mire como se mire, por un servicio que se ha vuelto de primera necesidad.

Lo dicho, en cuanto llegues (puedes conseguirlas en España pero son más caras que si las compras por tu cuenta

al llegar) busca alguna máquina expendedora o tienda especializada donde puedas hacerte con una para que llamar no te salga por un ojo de la cara.

Las hay de muchos tipos según prestaciones, duraciones, capacidades, precios... pero te saldrá a cuenta, elige la que te convenga, no lo fíes todo a las WIFI gratuitas y compra una SIM porque salvo cuando estés en casa, hotel o en algunos transportes públicos, es bastante probable que tengas que utilizar algún servicio de telecomunicación y no es cuestión de quedarte fuera de juego sin poder conectar con terceros por culpa del vil metal.

Consejos doy que para mí no tengo, al final no encontramos máquinas de venta de tarjetas (había de todas clases pero no de estas) en nuestra localidad y la tienda más cercana estaba a tres paradas de tren; un día por otro lo fuimos dejando, así que nos pasábamos la mayor parte del tiempo desconectados del mundo virtual, como si viviésemos todavía en el siglo pasado o tuviésemos un Huawei que, desde que los de Google les han hecho el vacío, no levantan cabeza; el móvil solamente servía para hacer fotos (para eso son estupendos) y usar alguna WIFI disponible para compartirlas con familia y amigos.

Casi a punto de regresar, un día paseando por Ófuna, vimos una tienda de Softbank, de la que me había informado en Madrid antes del viaje, y quise entrar a preguntar y comprar las tarjetas, pero a Lola no le pareció buena idea «¿cómo vas a explicarle al tendero lo que quieres?», «pues en inglés, seguro que sabe hablarlo...», «que no, que ahora vamos con las niñas y es un lío», total que tendré que dejar este punto en la lista de asuntos pendientes.

PARQUE JURÁSICO

A ver, estimado lector humano, lo digo porque podrías ser un lector IA, que no cunda el pánico porque solo estoy a punto de exagerar un poco con cierto animal, pero tampoco pasa nada; un sábado decidimos acercarnos a visitar la isla de Enoshima, a pesar del miedo que nos daba coincidir con la más que probable afluencia o invasión popular de cualquier fin de semana primaveral.

Esta pequeña isla está cerca de Tsujido y desde el primer viaje quisimos visitarla; Pablo nos había advertido que aunque es muy bonita hay que tener cuidado con los milanos negros (*tombi*, la primera vez entendí zombi) que dominan su espacio aéreo; no será para tanto, razonábamos nosotros, pero cruzando el largo puente que une a la

isla con tierra firme, que de nuevo es un decir porque en este caso la tierra firme es a su vez otra isla, mucho más grande si se quiere pero isla al fin y al cabo, los vimos sobrevolando amenazadoramente nuestras cabezas.

Las autoridades advierten al turista desprevenido con carteles en los que más o menos dicen cosas como esta «Milanos *tombi*: En los alrededores de la playa están ocurriendo casos en que los milanos (ave rapaz) arrebatan la comida que tiene la gente. Al momento de arrancar la comida pueden herir a la persona con su pico agudo y sus garras. Preste atención en caso se encuentren estas aves volando a su alrededor».

Llevábamos preparados sendos *obentos* para comerlos cuando llegase la hora y nos picase la gusa, de modo que podríamos convertirnos en objetivo prioritario de los milanos en cuanto se dieran cuenta de nuestra llegada.

Desde el puente los veíamos vigilando desde las alturas a la masa de gente que circulaba sobre él, atentos a cualquier descuido cometido para lanzarse en picado y arrebatarle el sustento al primero que se despiste.

Buscamos un espacio libre, protegido de su voracidad y del sol inclemente (hizo un día moderadamente caluroso) por un bosquecillo de cerezos estratégicamente situados, allí ocupamos una mesa de piedra con sus bancos de piedra a cada lado, muy apropiada para sentarnos a comer; nada más sacar las cajas de *obento* de las mochilas ya empezamos a sentirnos observados por estas rapaces, que no tienen nada que envidiar en malas intenciones a los cuervos del templo en Kamakura que ya conté en el pri-

mer viaje pero son mucho más peligrosos, más que aves rapaces parecen de rapiña.

La defensa antiaérea otorgada por los cerezos resultó definitiva, los milanos *tombi* nos vigilaban atentos a cualquier descuido por nuestra parte desde las alturas, pero las ramas de los árboles los mantenían alejados de nuestra comida; al principio las niñas se sintieron algo asustadas, porque en visitas anteriores habían tenido algún percance, pero poco a poco se fueron relajando y pudimos dar buena cuenta de la comida a la sombra sin sufrir el ataque furibundo de estos voraces y atrevidos animales.

En cuanto acabamos de comer aparecieron otras rapaces, alegóricamente me refiero a un grupo de ansiosos japoneses que andaba a la busca y captura de una mesa libre; en cuanto recogimos los restos y nos levantamos para irnos con la música a otra parte, no hubo árboles ni ramas que impidieran su aterrizaje; de los milanos negros *tobis* pudimos defendernos con fortuna, pero ante gente tan hambrienta con ganas de sentarse a la sombra no teníamos defensa posible.

Según nos comentaron posteriormente, este comportamiento oportunista y agresivo, por imitación humana de la voraz técnica milanesa, a la hora de pillar un sitio libre debajo de un cerezo es bastante habitual en Japón, especialmente durante el *hanami*.

Hablando de animales sueltos no puedo dejar de comentar la visita a Nara, en concreto al templo Todai-ji con cientos de ciervos *sika* sueltos por los parques que lo rodean a la caza del sorprendido turista; pero, a diferencia de los pajarracos isleños, estos mamíferos no quieren la

comida que puedas llevar en la mochila sino que les compres unas galletas especialmente preparadas para ellos que les gustan con locura y venden como rosquillas en los puestos circundantes.

Cuando los ciervos te ven con un paquete de sus galletas preferidas en la mano te persiguen por todas partes, incluso te dan pequeños mordiscos en el culo en cuanto te das la vuelta para recordarte que se han quedado con tu cara y son mucho peores que el monstruo de las galletas.

En alguna parte de este parque de Nara, o quizá fuera en Kioto, hay tantos y con nombres tan difíciles de memorizar que no lo recuerdo, leímos que había monos en semi libertad y que estuviéramos al loro por si las moscas.

No vimos a ningún mono en toda la mañana, solo unos letreros con instrucciones de comportamiento por si te encuentras con algún macaco. La más importante era no mirarlos directamente a los ojos porque son muy suyos, pueden enfadarse y atacarte.

MASCOTAS

Escribiendo sobre animales salvajes me han venido a la memoria otros animales, las mascotas; cerca del centro comercial del pueblo hay una tienda de ellas y a falta de zoológico cercano (el de Yokohama nos pillaba lejos) cada vez que pasábamos por la puerta entrábamos un rato para que las niñas disfrutasen viendo cachorros de perros y gatos en venta.

Uno de los días el empleado, que ya nos tenía fichados de tanto vernos por allí, debió pensar que éramos presa fácil y salió con un cachorro precioso para que las niñas pudieran cogerlo en brazos y hacerle carantoñas, por supuesto después de desinfectarse las manos a conciencia en el dispensador de la entrada.

Lo de las mascotas ya lo hemos comentado, aunque de pasada por haber visto a gente por la calle paseando en cochecitos a los perros, comprándoles chucherías o limpiando lo que manchen, pero desconocíamos el negocio que se ha generado a su alrededor.

En la tienda puedes comprarles de todo, por supuesto alimentos especiales, incluyendo tartas de cumpleaños y pizzas con indicación de las kilocalorías de cada ración, correas, collares, colgantes luminosos, vestidos, calzado, juguetes, accesorios... y por supuesto carritos de paseo.

Tan pingüe negocio nos sorprende cada vez menos, tuvimos perros y la moda ya se había instalado entre nosotros, lo que nos ha dejado impactados es el precio de los cachorros, por supuesto de pura raza, nada de callejeros, la media oscilaba entre tres mil y seis mil euros.

Viendo los precios le dijimos a las niñas que devolvieran inmediatamente el perrillo al empleado y no volvimos a pisar la tienda, no fuera que se encaprichasen con algún cachorro y montaran la del pulpo cuando les dijésemos que no podía ser.

Incluso sumando al precio de compra los costes de los accesorios, los cuidados veterinarios posteriores y los gastos de manutención del bicho en cuestión, llegamos a la conclusión de que posiblemente salga más a cuenta tener una mascota que un hijo, aparte de ahorrarte en el futuro los problemas asociados a una paternidad responsable; a lo mejor ese es el problema real de la baja tasa de natalidad y de la evolución poblacional negativa japonesa que, en un futuro no muy lejano, hará que el país sea controlado por un ejército de robots. Al tiempo.

ESTRENO CICLISTA

Como ya hemos comentado hay bicicletas a porrillo y cada año que pasa nos parece que haya muchas más; impresiona al turista desprevenido, probablemente poco acostumbrado a este ajetreo sobre dos ruedas, verse rodeado por un enjambre de ciclistas pedaleando arriba y abajo por calles y aceras sin que se produzcan atascos, encontronazos, atropellos ni agrias discusiones entre ellos ni con los conductores o los indefensos peatones.

Los ciclistas son expertos en el arte de esquivar los problemas sin apenas inmutarse, si fueran ciudadanos españoles podrían ganarse tranquilamente la vida como recortadores taurinos en las plazas de toros.

Desde los más pequeños hasta los más mayores, no verás un solo japonés que no domine la técnica de montar

en bicicleta; hemos visto a gente de edad avanzada que apenas podían andar y de repente se subían ágilmente a una bicicleta y pedaleaban sin esfuerzo aparente camino de donde quiera que fueran.

Yukiko tiene una *mamachari* (es como llaman a la bicicleta de las mamás) eléctrica que le permite llevar a la vez a las dos niñas y la compra sin requerir de una fuerza descomunal aunque derrochando habilidad a espuertas a la hora de circular por la calle.

Pero resulta que Misato ha alcanzado una edad en la que por normativa y legislación vial ya no puede ir de pasajera en la bici familiar y tiene que empezar a independizarse circulando con la suya propia.

Una mañana fuimos los tres a un taller para adaptar la bicicleta que tendría que utilizar; a la ida la pobre Misato iba de lujo en su bici todavía con ruedines pues, aunque sabe montar sin ellos, había llegado la hora de quitarlos definitivamente y saboreaba el último paseo.

En fila india íbamos los tres, Yukiko en cabeza para dirigir la expedición, Misato en medio y yo mismo cerrando el grupo ciclista sin quitarle ojo de encima. Dejamos su bici en el taller para que le quitasen los ruedines, le pusieran un antirrobo en la rueda trasera, un trípode para poder aparcarla sin problemas y ajustar a su altura real la potencia y el sillín.

Aprovechando la espera mecánica nos fuimos a tomar un café (yo pedí un té para no liarla con la leche) en el local de otra asociación vecinal y luego pasamos a recoger a Kaori en el colegio; después de comer volvimos al taller para recoger la bici y de nuevo en fila india regresamos a

casa con Misato tomándole las medidas a su nuevo medio de transporte individual.

Los primeros cinco minutos fueron angustiosos porque acostumbrada a su bicicleta de siempre no terminaba de dominar la nueva y estuvo a punto de caerse dos o tres veces, pero de forma natural acabó controlando la situación y ya podemos considerarla otra ciclista más que sumar al intenso tráfico urbano diario.

Como puede verse, desde niños adquieren una soltura tremenda con las bicicletas, solo así se entiende que con tanto ciclista suelto no hayamos visto un solo accidente ni montonera en todo el tiempo que hemos estado por aquí.

También me extraña que ningún ciclista deportivo japonés haya ganado todavía el Tour, el Giro o la Vuelta, el día que descrubran su potencial no habrá quien los gane.

PRIMARIA

La independencia infantil no solo es cosa del transporte sobre dos ruedas, se aplica en muchos otros aspectos de la vida como, por ejemplo, a la hora de ir al colegio.

Este año Misato ha empezado sus clases en la escuela primaria o *shogakko* (el curso escolar en Japón empieza la segunda semana de abril) y el cambio no solo afecta a la materias que tendrá que aprender durante los próximos seis años hasta que pase a la secundaria o *chugakko* (más allá de aprenderse los mil seis kanjis de memoria), sino que debe empezar a aprender a manejarse por sí misma en las demás rutinas diarias.

Los días previos a la vuelta oficial al colegio la acompañábamos andando desde casa hasta la escuela para que se

aprendiera al dedillo el camino de ida y vuelta, porque resulta que desde su ingreso en Primaria la niña tendrá que hacerlo por sí sola sin la compañía de adultos; los nervios de la parte occidental de la familia estaban un poco alterados por este hecho inusual para nosotros que siempre hemos acompañado a los chicos al colegio hasta que ellos mismos nos pedían ir solos, «cuidado con los lobos» le advertía temeroso su padre, «si ves cualquier cosa rara tira de la alarma»... la verdad es que estábamos un poco asustados teniendo en cuenta que nuestra cultura es sobreprotectora con la infancia.

Como era de esperar la niña se aprendió enseguida el recorrido y sus alternativas, y no solo ella porque Kaori que nos acompañaba en los paseos, igualmente acabó aprendiéndose el camino de memoria.

A la hora de la verdad las dificultades no han sido para tanto, los padres de los niños se pusieron de acuerdo en los días previos y formaron grupos de niños que se iban agregando por el camino hasta formar grupos escolares que se cuidan y protegen entre ellos; además hay voluntarios (normalmente jubilados), bien identificados con brazaletes y provistos de banderas para ordenar el tráfico en los cruces de calles, repartidos por todo el recorrido, con lo que el miedo inicial dio paso a la admiración por la organización social de los japoneses.

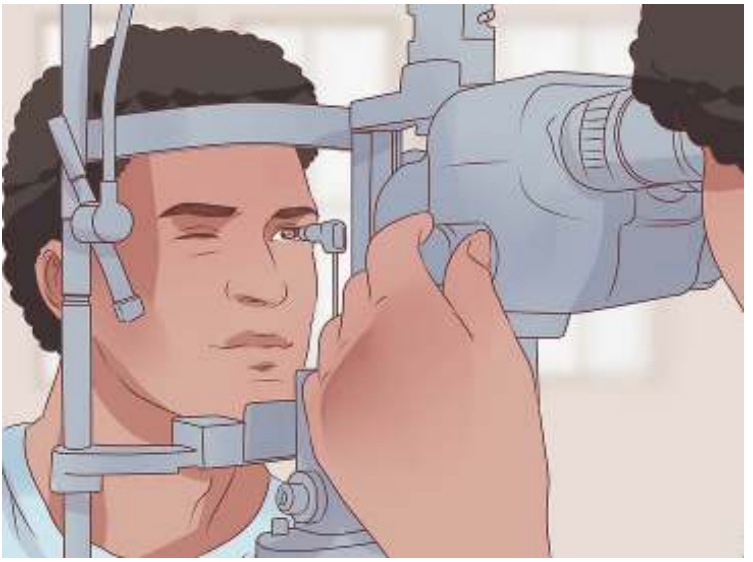
Los primeros días íbamos a un cruce cercano para esperarla, era un punto de reunión previamente acordado en el que nos juntábamos un montón de familiares ansiosos por ver como los niños se iban adaptando a su nueva rutina escolar.

Verlos ir y venir en ordenado grupo con sus gorras del mismo color y carteras enormes a la espalda, mientras los voluntarios los ayudan a cruzar por los semáforos, te da una tranquilidad extra y recuperas en gran parte la confianza perdida, no tiene por qué pasar nada y ellos aprenden deprisa.

Para defenderse de «los lobos», en todas las sociedades hay gente mala, y mientras estén en Primaria, llevan una alarma sonora colgando de la mochila; si algún niño se siente amenazado por uno de estos o cree que corre algún peligro, en el supuesto caso de que vaya solo por alguna improbable razón, solo tiene que tirar de la cuerda y al instante recibirá la ayuda de cualquier persona que oiga la alarma, al momento la zona se llenará de gente dispuesta a defenderlo.

Cómo decía Misato «no te preocupes papá que si no funciona la alarma le meto una patada en los huevos y salgo corriendo» y es que esta niña promete llegar muy lejos ya desde pequeña.

VISITA AL OFTALMÓLOGO



A la tercera ocasión he tenido que utilizar la póliza del seguro para que me viera un médico; me puse en contacto con la aseguradora en Madrid y a las pocas horas recibí la llamada de un agente local, un señor muy amable al que llamaremos señor Tomita, entre otras cosas porque ese era su apellido como pude comprobar en su firma del correo electrónico.

Afortunadamente el señor Tomita hablaba español por lo que el idioma no fue impedimento; tras comentarle lo que me pasaba en el ojo derecho —picores, enrojecimiento, sensación de tener algo metido dentro— confesó que

él no era médico pero que me citaría para que me viera un oftalmólogo cuanto antes.

Al día siguiente me llamó para decirme que ya tenía lista la cita y me dio las coordenadas de la clínica a la que debía ir; se llama Kono Eye Clinic y está justo al lado de la estación de tren de Tsujido «si se da usted prisa y llega antes de las 12:30 le podrían atender ahora mismo».

Salí corriendo de casa en cuanto situé sobre plano la clínica, en diez minutos estaba en la estación pero no conseguía encontrarla; finalmente otro amable señor, de esos que van y vienen deprisa con traje, corbata y bolso de señora, me acompañó hasta la misma puerta y es que el cartel estaba escrito con kanjis y ya podía estar yo dos horas buscándola que no la iba a encontrar.

La enfermera que me atendió hablaba mejor inglés que yo por lo que lo más efectivo fue enseñarle el maltrecho ojo, a esas horas medio cerrado y hecho un guiñapo, «por favor, siéntese ahí que ahora mismo lo atenderá la doctora»; tras esperar sentado en una silla un buen rato mezclado con otros pacientes que me miraban raro, no sé si por verme extranjero o porque también tenían problemas de visión, acabé aprendiendo que «ahora mismo» en japonés se puede traducir perfectamente como «dentro de una hora» o más.

La oftalmóloga chapurreaba algo de inglés, pero con la mascarilla puesta (ella), con un solo ojo disponible (yo) y mi bajo nivel en idiomas no la entendía ni papa; me hizo mirar por un aparato y me enseñó en una pantalla una infección de caballo en el borde interior del párpado; acto seguido intentó darle la vuelta al párpado para curarme,

pero como me eché para atrás llamó a una enfermera y aunque no entendí qué le decía no hizo falta, me sujetó fuertemente con una llave de judo la cabeza por la nuca mientras la doctora volteaba hábilmente el párpado con dos dedos mientras con la otra mano me curaba el ojo en con un palito de algodón impregnado en algo.

Antes de darme cuenta de lo que pasaba ya había terminado la cura, así que no tuve tiempo ni para protestar, su diagnóstico fue «conjuntivitis no contagiosa», me recetó antibióticos cuatro días, una crema toda la semana y unas gotas, le pedí que me lo diera por escrito aunque fuera en japonés que luego mi nuera lo traduciría y eso hizo, por eso sé que tenía una conjuntivitis, etc.

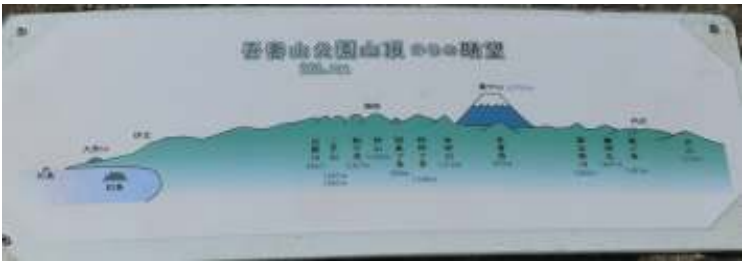
Esperé a que me subieran de una farmacia las medicinas, tuve la suerte de caerle bien a una segunda enfermera que durante la espera me contó que un hijo suyo de catorce años estaba pasando unos días en un campamento de fútbol en Barcelona y se apiadó de mí. O lo mismo pensó que no encontraría nunca la farmacia y quiso ayudarme para evitar el trance.

Solo puedo hablar bien del señor Tomita, del ciudadano que me indicó dónde estaba la clínica, de las enfermeras y de la señora oftalmóloga que supongo tendría un nombre y puede que me lo dijera en algún momento de la consulta, pero no estaba yo preparado para entenderlo viendo que quería meterme un dedo en el ojo.

Todo muy profesional, amable, rápido, preciso, bien atendido, diagnosticado y con un tratamiento que a los pocos días devolvió el ojo a su saludable aspecto anterior a la dichosa conjuntivitis. Un alivio.

Al final le he sacado algo de rendimiento al seguro de viaje, pero hubiera preferido dejar mi expediente inmaculado.

NINOMIYA



Aprovechando que de nuevo podía abrir los dos ojos con normalidad, sin sufrir los molestos picores, nos apuntamos a una excursión en familia organizada por nuestros consuegros al Azumayana Park en Ninomiya.

El motivo de la excursión era doble, que pudiésemos ver el Fuji de cerca y pasar un día al estilo japonés, es decir comiendo un *obento* debajo de algún cerezo.

El parque es una maravilla con acceso casi inexpugnable pues para llegar hasta la pradera con vistas hay que subir cientos de escalones; el tremendo esfuerzo merece la pena porque desde el mirador situado en la cima pueden verse al completo la cadena montañosa que rodea al Fuji y el océano Pacífico, todo a la vista sin necesidad de aparatos ni de girar la cabeza.

Mala suerte la nuestra, aunque el día se había levantado primaveral y soleado, una espesa bruma blanquecina procedente del océano impedía ver el monte; nos tuvimos que conformar con consultar un cartel donde se muestran las montañas situadas ante nosotros que podríamos ver

un día con buena visión y su altura; lo cierto es que se veían casi todas excepto el Fuji, se ve que este monte me la tiene jurada.

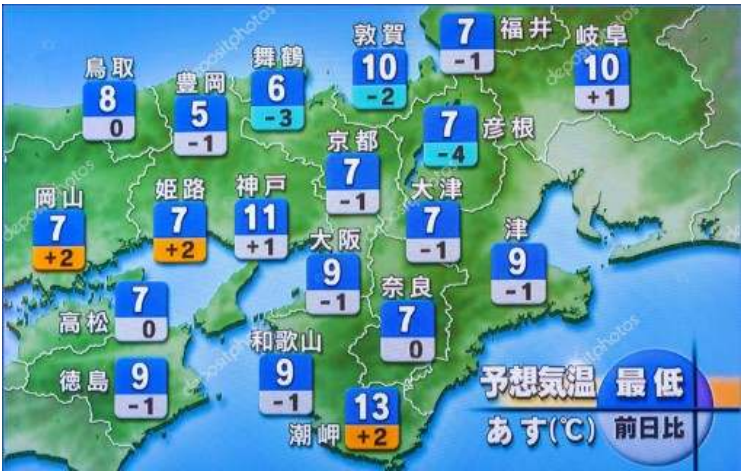
Ya que no podríamos admirar el coloso nevado al natural, buscamos un sitio para montar el belén; sacaron de la mochila un mantel y lo extendieron sobre la hierba, nos descalzamos y sentamos todos encima dispuestos a dar buena cuenta de la comida.

Sentados como mejor podíamos, nosotros incomodísimos (vamos a tener que apuntarnos a yoga) y ellos como en casa, pudimos admirar la explanada que teníamos delante; grupos familiares sentados bajo los numerosos cerezos disponibles, todos reventados de flores, y otros árboles que no terminamos de saber si eran robles, olmos o a que tipo de plantas pertenecían.

No se oía ni el silencio (aunque el líder de Ciudadanos sea capaz de escucharlo en período electoral), algo increíble con tanta gente allí congregada, todos hablando bajito, sentados en posición de loto (*padmasana*) y comiendo arroz con cosas en paz y armonía con la naturaleza, no me extraña que les gusten tanto este tipo de excursiones porque quedamos encantados y con ganas de repetir.

Al terminar de comer saqué mi cámara y con ella al cuello recorrí despacio el entorno haciendo fotos para el recuerdo, lo realmente bonito y relajante hubiera sido dejarse llevar y disfrutar del ambiente, pero el turista curioso que llevo dentro me recordó su condición y me sacrifiqué por el bien de la posteridad.

VER LA TELE



Algunos días se hacen tremendamente largos, empiezas temprano con un buen madrugón y te pasas la jornada entera sin parar de moverte haciendo todo tipo de cosas como compras, colegios, paseos..., así que algunas tardes después de comer nos sentábamos en el sofá con las niñas para descansar del ajetreo matinal, buscando que se quedasen dormidas y aprovechar el rato para echarnos nosotros mismos una cabezadita.

Aunque la programación de la televisión es aburrida y excéntrica en general, yo conseguía sacarle partido a algunos programas mientras cogía una postura cómoda para intentar quedarme frito.

Los infantiles son bastante buenos, con una imaginación desbordante, cantan pegadizas canciones y bailan sin des-

canso; los actores visten ropas extrañas o directamente salen disfrazados de personajes desconocidos para nosotros. Me admiraba ver como las niñas eran capaces de tararear todas las canciones en japonés hasta que de repente caían rendidas.

Los de noticias no hay por dónde cogerlos, es normal porque no hay traducción simultánea y no te enteras de lo que están diciendo los locutores; además yo procuraba ver los noticiarios locales (sobre asesinatos, accidentes y noticias parecidas) con la esperanza de no enterarme de lo que pudiera estar pasando en la península ibérica, ya que he venido hasta aquí aprovecho para olvidar; ni siquiera todo un mes sin tener que aguantar a nuestra clase política en precampaña (la campaña empezó justamente el día que volvimos, parece que nos estuvieran esperando y no la querían abrir hasta que llegásemos) ni saber la última novedad sobre el macro juicio del «procés» consigue hacerte recuperar la fe perdida en la humanidad y devolverte la paz espiritual.

Cualquier día los sufridos votantes españoles imitaremos a los personajes del libro «Ensayo sobre la lucidez» de José Saramago, cuando hartos de todo deciden votar en blanco en unas elecciones. Hasta aquí puedo leer para no revelar detalles de la novela.

La parte más entretenida y entendible de los telediarios es el pronóstico del tiempo, en pantalla un plano de Japón a todo color, medio tapado por imágenes animadas superpuestas que indican la previsión meteorológica en cada una de las regiones; he visto a presentadores salir con paraguas abiertos para que no haya dudas sobre el tiempo que predicen. Otra curiosidad es que siempre sa-

len tres, o más si hace falta, mientras uno de ellos habla, el resto se mantiene mirando en silencio y sin pestañear al que lleva la voz cantante, mientras asienten con inclinaciones repetidas de cabeza a todo lo que este diga.

La opción para cuando estaba solo era poner algún partido de beisbol en directo, les gusta mucho este deporte en el que son bastante buenos y a falta del futbol patrio me servía de entretenimiento. En estos casos no aguantaba demasiado despierto, antes del tercer bateo de la primera entrada ya estaba catatónico en brazos de Morfeo.

En cuanto las niñas se despertaban se acababa la televisión y, lo que es peor, la siesta; ponían en marcha alguna película de dibujos en vídeo, la novedad para nosotros es que las ven en español y así por lo menos podemos entender lo que dicen. El récord lo tenemos con «Frozen» porque si no la hemos visto unas doscientas veces poco ha debido faltar.

Una noche de insomnio persistente debido a mis alterados ritmos circadianos, encendí la televisión y emitían un dramón ambientado en época medieval, tras un buen rato hipnotizado por lo que veía llegué a la conclusión de que aquello bien podría tratarse *kabuki*, teatro en el que todos los papeles los interpretan hombres; era interesante y, a pesar de no entender ni papa de lo que decían, se podía seguir mal que bien la línea argumental, lo de siempre sexo, cuernos, herencias, envidias, dinero, poder, peleas, venganza, como digo todo un clásico de la literatura universal. Sonreía por dentro imaginando que ocurriera algo parecido en el mundo del teatro en España con los tiempos igualitarios que corren, se iba a liar una buena.

De mis sesiones televisivas solo recuerdo un programa interesante por la calidad de sus imágenes, para el que no era necesario hablar japonés porque lo daban subtitulado en inglés y peor que mejor algo entendía; un educado señor mayor, con pinta de estar por encima del bien y del mal, visitaba la ciudad de Hiroshima o quizá era Nagasaki, de primeras no las distingo, y se dedicaba a entrar en restaurantes de postín a comer por la patilla a cambio de hablar bien de la comida que servían.

Luego he sabido que era uno de los programas típicos de Japón dedicados a glosar su gastronomía y parece ser que están subvencionados por el gremio de restauración para auto publicitarse y ganar clientes.

Hay quién afirma que los programas se reducen a tres tipos: los de famosos, los de comida y los de famosos probando comida; mejor leer lo qué añade al respecto el blog de «*gogonihon*» sobre la tele japonesa:

«Lo primero que llama la atención es la cantidad de información que vemos en todo momento en la tele japonesa. Platós recargados, planos imposibles con hasta una docena de tertulianos —a veces más—, textos que inundan el cuadro y que vienen muy bien cuando estudias japonés porque puedes ver cuáles son los kanji de las palabras que se utilizan, elementos visuales como animaciones o caricaturas que de repente sorprenden al espectador y, por supuesto, no faltan recuadros con las diferentes reacciones de los protagonistas.

La audiencia disfruta con las reacciones de los «tarento» —celebridades que no suelen tener ningún talento especial— mientras el realizador ofrece tomas en primer

plano de todos los tertulianos o invitados para comprobar cómo responden ante cualquier comentario: eee? (¿eh?), «sugoi»: (¡increíble!) o «majide?» (¿en serio?) son las expresiones que más escucharás inmediatamente antes de pasar a la publicidad».

Según el mismo blog, el exceso gestual y de primeros planos se debe a que mucha gente ve la televisión en lugares públicos como hospitales, centros comerciales, trenes, salas de espera... en los que el silencio es religión por tradición, educación y respeto.

Tal vez por eso los japoneses dominan a la perfección un lenguaje menos conocido como puede ser el de la expresividad corporal, gracias al cual, para no perder el hilo en los programas de entretenimiento, no es necesario subir el volumen del receptor.

En resumen, si vienes a Japón te recomiendo pasar olímpicamente de la tele salvo que consigas sintonizar algún canal internacional y seas un obseso de las noticias frescas.

RECICLANDO

Separar la basura es un auténtico quebradero de cabeza para cualquier persona que pretenda cumplir civilizadamente con la exigente reglamentación municipal sobre reciclaje, sin aprenderse de memoria los diferentes tipos de basura, días y horarios de recogida.

Sin querer entrar a fondo en la cuestión, entre otras cosas porque me declaro incapaz, lo que recuerdo del tema es que resulta sumamente complicado y hasta los propios naturales, acostumbrados a cumplir a rajatabla la normativa vigente, tienen que consultar lo que toca hacer cada día para no meterse en un lío.

Nosotros nos limitábamos a seguir al pie de la letra las instrucciones familiares al respecto que chocan con las nuestras, con lo mucho que le ha costado a nuestra hija Teresa enseñarnos a separar bien los residuos en Madrid; las botellas por aquí, pero antes hay que limpiarlas por dentro y quitarles las etiquetas, los plásticos y latas por allá, pero retirando antes los posibles restos biológicos, la basura orgánica en esta otra bolsa, el papel y cartón en aquella otra... Todas las mañanas debíamos preguntar qué basura tocaba sacar y en qué lugar de la calle debíamos dejarla porque no había manera de memorizarlo.

Minutos antes de la hora límite de recogida te calzas las *kroger* de maniobra y llevas lo que toque al lugar indicado; al sacar la orgánica hay que tener mucho cuidado con los cuervos que merodean revoloteando y graznando, a la espera de poder aprovechar lo que sea comestible al menor descuido, revolviéndolo todo y dejando la calle hecha un asco; porque en la calle no hay cubos grandes con tapa abatible como los nuestros; bueno ni grandes ni pequeños, es que no hay cubos que valgan, se dejan las bolsas directamente sobre el suelo tapadas con una red de nailon para evitar el ansia de los córvidos pero, como seres inteligentes y hambrientos que son, siempre acaban encontrando una forma de hacerlo.

Los propios y sufridos vecinos salen provistos de escobas y recogedores cuando algún cuervo consigue su objetivo —que suelen hacerlo a menudo– y desparrama la basura. Hasta que no lo dejan todo recogido y limpio no vuelven a sus quehaceres.

La basura tipo cristales, vidrios y latas y todo lo que sea papel o cartón (bien atados con cuerda) se dejan en otra

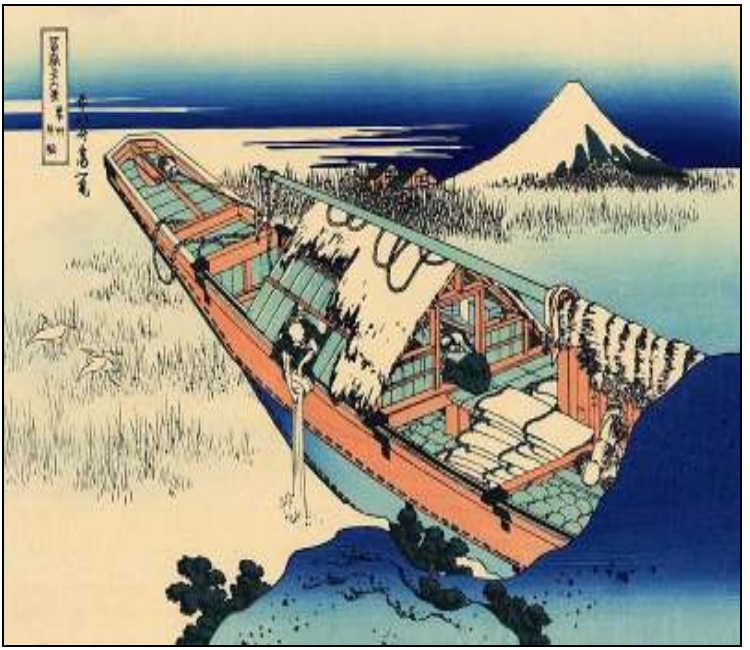
parte de la calle en diferentes recipientes que son a su vez reciclables.

Ni por asomo se te ocurra equivocarte de residuos, lugar, día y hora porque cualquier vecino que te vea se encargará de afearte, airada y públicamente, tu conducta si eres de allí y soltarte un chorreo monumental si eres extranjero para que no se te olvide la próxima vez.

Total que a pesar de ser un país tan avanzado (de hecho viven entre siete y ocho horas por delante del nuestro), todavía tiene margen de mejora en cuanto a la recogida de basura se refiere, pero esta gente aprende rápido y poco a poco irán mejorando sus procedimientos, seguro que no pararán hasta superarnos y conseguir la excelencia recicladora.

En algo sí que nos llevan delantera, al menos en nuestro barrio la basura se recoge siempre de día, cuando se supone que la mayoría de la población está fuera de casa, y no tienes que aguantar a los ruidosos camiones del servicio municipal, como ocurre en Madrid que se dedican a darnos la murga a partir de las doce o la una de la noche sin dejarte pegar ojo.

DESPEDIDA



Ushibori en la Provincia de Hitachi

Doscientas y pico páginas hablando sin descanso sobre Japón y, cuando llega la hora de poner punto final al ensayo, tengo la sensación de que podría haber escrito otras tantas a poco que me lo hubiera propuesto.

Pero en algún momento había que parar, además, como se dice en el mundo taurino, si el tiempo o la autoridad no lo impiden la idea es seguir escribiendo en el futuro cada vez que volvamos de un nuevo viaje.

Sé que probablemente un buen montón de temas interesantes se me habrán quedado en el tintero, de modo que si por mí fuera volvería ahora mismo y continuaría escribiendo, pero si no corto ahora esto se acabaría convirtiendo en la historia interminable.

Tanta es la obsesión que tengo que hoy me he levantado con la firme intención de visitar, antes de que la clausuren, la exposición que el museo Reina Sofía ha organizado en el pabellón de Velázquez del Retiro sobre el artista japonés Tetsuya Ishida y documentándome sobre él y su extraña, por diferente e impactante, obra pictórica me he topado con dos nuevos (al menos para mí que los desconocía hasta hace solo un rato) conceptos existenciales japoneses modernos: los *karoshi* (literalmente muertos por exceso de trabajo) y los *hikikomori* (aislados sociales agudos).

Bueno, de esta última excentricidad la verdad es que algo había oído hablar incluso antes de viajar, pero no sabía que hubiera tantos ni que el fenómeno del aislamiento social extremo se haya extendido tanto que ha llegado hasta España enseñando su solitaria patita.

A ver, por dejarlo clarinete, no es que esté probando en propia carne una o ambas sensaciones, vale que le dedico muchas horas a escribir y corregir lo escrito, pero llega un momento en el que no hay más tela que cortar, la imaginación y el rollo patatero tienen sus límites; antes de correr peligro de convertirme en un *karoshi* o en la versión madrileña del perfecto *hikikomori*, prefiero dar por acabado el proceso creativo y dedicarme a hacer otras cosas que también me interesan y gustan.

Espero que hayas leído el libro con agrado, sin sentirte obligado por la relación que nos pueda unir, no haberte aburrido más de la cuenta y que te hayas quedado con ganas de seguir leyendo nuevas vicisitudes niponas o de ir tú mismo a comprobarlo en persona, que posiblemente sea la mejor forma (aunque también la más cara) de conocer mundo.

Para mí ha constituido un reto a largo plazo, impactado por la experiencia empecé a escribir durante el primer viaje y desde entonces ya han pasado tres o cuatro años, la impresión recibida ha debido ser tan fuerte que todavía me dura.

Dado que mi situación social y personal me permite gestionar la agenda a capricho, la jubilación tiene sus pros (no se me ocurren ahora) y sus contras (si empiezo una lista no la acabaría en un mes), tengo tiempo libre de sobra para repartir entre mis numerosas aficiones.

Hace años edité un libro de estupendos y elaborados aforismos de su propia creación a un amigo y entre tantos había uno que tengo muy presente desde que lo leí que me sirve de motivación para compartir mis experiencias, dice así: «La vida es corta, di algo».

Reconozco que a lo mejor me he pasado tres pueblos diciendo algo, pero por su indudable interés familiar la temática a desarrollar lo merecía, además he pretendido hacerlo ameno y fácil de leer con capítulos cortos o muy cortos para lo que suele ser mi estilo habitual de comunicación, proclive a largos circunloquios.

La forma de abordarlos ha sido desde la ironía y el humor, procurando sacarle punta a todo pero sin pasarme

de la raya; si fuera cierto que el roce hace el cariño, no ocultaré que a mí me ha hecho efecto porque ahora me siento mucho más japonés que antes del primer contacto con su milenaria cultura.

En caso de que me leyera algún nativo de las islas, ajeno o no a la familia, aclararé que en ningún momento he querido criticar nada ni ofender a nadie, como decía don Ramón de Campoamor «en este mundo traidor nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira» y tampoco soy yo quién para hacerlo; simplemente me he dejado llevar por lo que iba pensando ante las curiosidades que iba conociendo.

Por último, quisiera agradecer de corazón a la familia Ossorno Kawashima al completo, incluyendo a la familia Kawashima, su cariñosa acogida y solicitar la generosa comprensión de los lectores que hayan aceptado compartir mediante este ensayo nuestra experiencia japonesa.

Matane!

SOBRE EL AUTOR

A diferencia de algunos seres humanos que ya parecen viejos incluso antes de nacer, el autor llegó a este perro mundo adoptando la apariencia de un ser recién nacido en un precioso pueblo sevillano, en el que normalmente hace mucho calor por lo que es conocido como «la sartén de Andalucía», a orillas del río Genil; por motivos familiares vivió allí tan solo sus primeros cuatro años, pero fueron suficientes para deshidratarse un par de veces, que hubieran podido ser algunas más si no fuera porque sus padres, y con ellos su numerosa prole, se trasladaron a vivir a una lejana, grande y bonita ciudad a orillas del río Turia que es la tierra de las flores, de la luz y del amor, en la que sus mujeres todas tienen de las rosas el color.

A lo largo de su vida ha tenido que renacer varias veces por razones que no vienen ahora a cuento porque alargarían en demasía este, por fuerza, escueto y rápido resumen existencial; una de las primeras y más sentidas fue cuando su padre se subió a la barca de Caronte para cruzar el río Aqueronte en su camino hacia el inframundo; tras el sepelio del cabeza de familia, se trasladaron a otra ciudad, más grande si cabe todavía, a orillas del río Manzanares, que es la cuna del requiebro y del chotis y en la que en México, no te sabría decir por qué, «se piensa mucho en ti», empezando lo que sería un correcalles de once años por distintos orfanatos e instituciones, incluyendo dos en un pueblo gallego a orillas del río Sar, ¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!, gastronómicamente reconocido porque algunos de sus pimientos pican y otros non, hasta desembocar, por razones solo achaca-

bles a su juventud, divino tesoro, y falta de criterio, en la universidad; como era de esperar, dados sus antecedentes, el idilio complutense no cuajó y la abandonó apenas acabado el primer cuatrimestre; no encontrando en ella las apacibles y cristalinas aguas en las que soñaba navegar, su relación no llegó a buen puerto.

Una amistad adolescente con personas de pensamiento radicalmente diferente al suyo le influyó para truncar su supuestamente sólida vocación militar y, en contra del ferviente deseo familiar, se matriculó, para sorpresa de propios y extraños, en la facultad de Filosofía y Letras, hasta que se percató de que ni la una ni las otras eran de su incumbencia; frustrado por su falta de acierto, intentó con todas sus fuerzas formar parte de la milicia en una inmortal ciudad aragonesa a orillas del río Ebro, caudalosa corriente de agua que misteriosamente guarda silencio al pasar por el Pilar porque la Virgen está dormida y no la quiere despertar, pero tampoco esta vez hubo entendimiento, viéndose forzado a buscar su obligado y personal futuro en cualquier otra cuenca fluvial, la primera que le saliera al paso y le permitiera proseguir viaje; de este modo, tras abandonar por voluntad propia la rígida nave militar, probó a sentar la cabeza programando complicados ordenadores en el recién creado departamento de informática de un moderno banco, justo en la orilla opuesta de sus sueños juveniles.

En general los bancos resultan incómodos para sentar la cabeza pero, al tenerla tan dura, aguantó allí tres quinquenios consecutivos intentando convertirse en un bancario de provecho, algo que tampoco consiguió porque, a medio camino, a su naturaleza de carácter inconformista,

le apeteció alejarse del despiadado mundo de las finanzas para plantar la esquiva semilla de la fortuna en otros campos productivos que se perfilaron inesperadamente en el horizonte como posible respuesta a sus inquietudes.

Tras un vertiginoso paso por la consultoría de organización, un inesperado golpe de timón propició que su nave desembocase en el complejo mundo de las telecomunicaciones, pasando los siguientes años encerrado entre las cuatro paredes de amplios despachos que casi siempre estaban comunicando; aquél nuevo mundo tampoco parecía ser el suyo, aparentemente todo iba como la seda pero nuestro autor fue haciéndose mayor sin darse cuenta de su precoz envejecimiento hasta que, a la provecta edad de 52 años, sus despiadados cómitres decidieron que la empresa no era lugar para viejos; le pidieron que colgase la corbata, cosa que hizo con gusto porque le apretaba el cuello, devolviera todo lo que no fuera suyo, lo cual hizo sin apenarse por la pérdida gracias a su escaso apego por lo material, y se retirase a descansar del mundanal ruido a orillas de algún río menos caudaloso y exigente; ¿dónde vas a navegar mejor que en tu casa, eligiendo tu propio rumbo sin tener que darle cuentas a nadie? le sugirieron, los muy cabrones, un viernes a última hora de la mañana antes de ponerlo de patitas en la calle sin contemplaciones.

De forma tan imprevista como poco honorable acabó en insospechado naufragio la larga singladura de su azarosa vida laboral, zambulléndose de lleno en la orilla de las oscuras y procelosas aguas de una siniestra oficina del paro, merced a un masivo expediente de regulación de empleo; sin venirse abajo, agradecido a la suerte, desde entonces

pasa sus temporadas de asueto, que son las más del año, disfrutando ampliamente del cálido sol, la hermosa costa, la huerta feraz y los buenos alimentos en una antigua y luminosa ciudad mediterránea, capital comarcal, cuyo territorio es modestamente regado por los ríos Alberca, Girona y Racons, bajo la imponente sombra protectora del macizo del Montgó, o viajando por el mundo para visitar a sus hijos y nietos que fluyen sus propias vidas en los márgenes de lejanos ríos, como puedan ser el Trinity, el Hikichi o el Aniene; el resto del tiempo discurre plácidamente en su domicilio fiscal a orillas del Manzanares, sin terminar de saber lo que es canela fina ni armar la tremolina, procurando navegar desapercibido, libre de ataduras, en silencio, sin molestar ni que lo molesten.

Mientras aguarda, sin mostrar prisa alguna, la hora suprema de afrontar su inevitable desembarco final en la mar, salpimienta su existencia entregado a múltiples aficiones de todo tipo, entre las que escribir, correr y viajar sin duda ocupan lugares preferentes, sin desmerecer otras muchas actividades complementarias con las que enreda y se entretiene mientras pasa el rato.

Como nuevo miembro de la temida, quizás por desconocida, tercera edad, ya que el tiempo no perdona y pasa para todos, también acude al consultorio médico cuando se precisa y los achaques lo requieren, aunque de momento y por fortuna no lo está necesitando ni es algo que eche de menos, aunque tampoco podría ir a consulta de precisarlo porque la sanidad pública no está para nada ni para nadie desde que se declaró la pandemia del coronavirus, enfermedad que tuvo la mala suerte de contraer a pesar de estar tres veces vacunado.

Por dicha o por desgracia rondo ya los setenta años y soy plenamente consciente de que tarde o temprano los inevitables achaques acabarán saliendo a mi encuentro, presentándome factura y preparándome a poquitos para iniciar mi propio viaje al más allá donde quiera que esté; no los temo especialmente y les diría aquí os espero comiendo un huevo si no fuera porque últimamente los huevos me sientan fatal, serán cosas de la edad.

Como escribió magistralmente el poeta y hombre de armas castellano Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos».

Este libro se terminó de editar
el 21 de abril de 2023

Nadie regresa de sus viajes siendo
el mismo que era antes